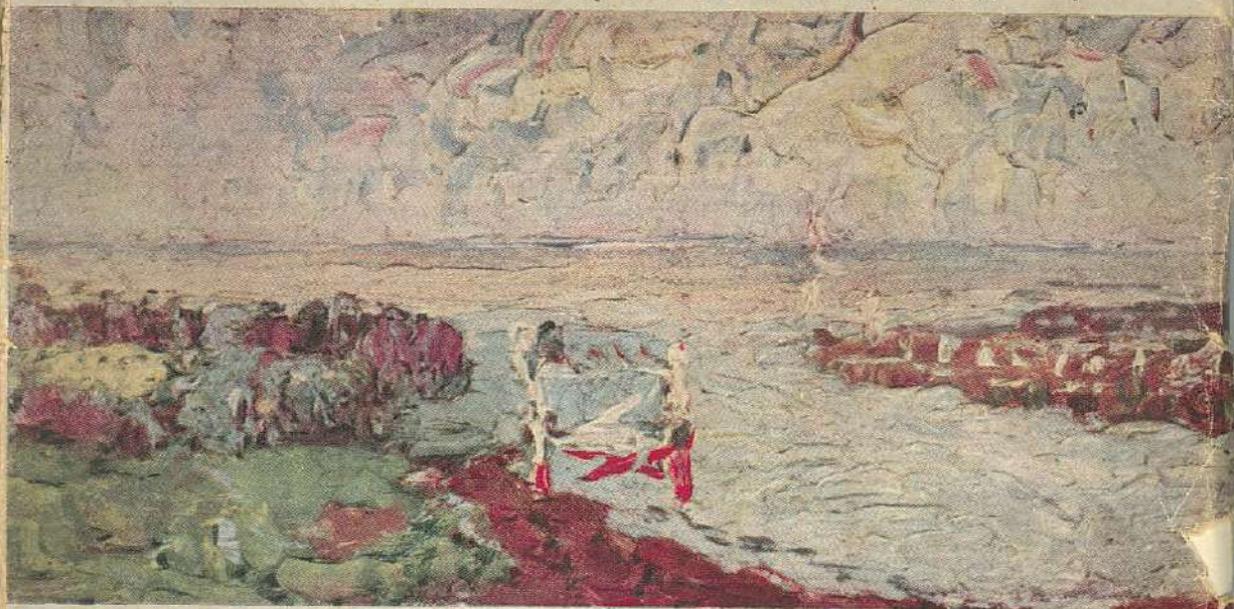


DELFINA MOLINA y VEDIA de BASTIANINI



A redrotiempo

(memorias)

EDITORIAL PELUFFO
BUENOS AIRES
1942

La Brevete 216 de l'Etat
Le 21-11-1915
M. H.

A redrotiempo

(memorias)



Delfina M. de Bastiani

DELFINA MOLINA y VEDIA de BASTIANINI

A redrotiempo
(memorias)



EDITORIAL PELUFFO
BUENOS AIRES
1942

Derechos Reservados
Hecho el depósito que
marca la Ley 11.723

PROLOGO

Desde muchos años atrás ansiaba emprender la tarea que por fin hoy me decido a llevar a término.

Ensayé algunas páginas de memorias en prefacios de mis libros "Por gracia de amor" y "Delineas", en un artículo publicado en el Suplemento de "La Nación", donde referí algo acerca de trastornos nerviosos de mi primera infancia, en mis poesías (autobiográficas), como todas las poesías, pero me detuvo hasta hoy, frente al proyecto de una obra completa, la dificultad de desentrañar entre tantos y tan variados sucesos como los que fueron formando la trama intrincada de mi vida, un hilo conductor que diese unidad a todo.

Estudios en campos tan antagónicos como pueden serlo la Universidad y el conservatorio de música o las academias de pintura, (aunque a estas últimas las haya frecuentado poco), 32 años de ejercicio en la enseñanza secundaria, Liceo de Señoritas y Escuela Normal, 15 viajes al Paraguay y a Europa, muchas horas y días en que perdí el tiempo en vagabundeos de holgazana, para recuperarlo luego con tesonera acción, pereza y actividad alternándose, sumados a las atenciones hogareñas, el trato con mis semejantes, la fundación de la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos y de su boletín "Por Nuestro Idioma", (y lo que más llenó mis horas de esencias imperecederas, la contemplación y la meditación), ofrecíanme tanta, tantísima tela para mis narraciones que no sabía cómo arreglármelas para no pasar de un volumen.

Obligada a expurgar entre el cúmulo de mis recuerdos, —ya que me es imposible abusar de la paciencia ajena— ¿cómo saber si lo que yo estimo de mayor interés? —me dije una y mil veces— ¿es en efecto lo que más puede interesar a los lectores?

Tras algunas tentativas que dejé bien pronto en suspenso, acobardada por el acopio de tantísimos hechos como se fueron amontonando al correr de los años, y tras mucho meditar y cavilar, (casi todo lo que yo he escrito ha sido el fruto de largas cavilaciones, dicho sea de paso), llegué a la conclusión de que lo que yo misma considerase más significativo, o de mayor interés general, tendría que ser, a la postre, lo que al lector le agradara más, y que separando en capítulos, las diversas actividades, desbrozaría la maraña de mis recuerdos, poniendo ante los ojos de los demás, la vida de una mujer porteña, y profundamente americana, confortante y aleccionante como cualquier otra que haya sido contada con sinceridad y sencillez.

Estas últimas palabras tocan lo más recóndito, el nudo o meollo de mis intenciones.

En efecto, si creyera que estas memorias mías no ensamblan de algún modo en las de mis compatriotas o americanos, a quienes les faltó ánimo o tiempo para referirlas, si creyera, repito, que a su contacto no se evocan añoranzas, sentimientos o sensaciones similares, infundiéndoles con su aliento, el calor y aliento que yo misma infundo en mi pasado, no las escribiría hoy, que a punto estuvo de faltarme a mí también vena para contarlas.

Y no es sólo que a cierta altura de la vida el "¿para qué?", nos asalte, como un heraldo de la muerte embozado en las sombras del crepúsculo, susurrándonos al oído su hálido paralizante, es que, además, el mundo atraviesa por los años más trágicos de su historia.

Hoy que jóvenes y viejos, desatados los imperialismos de la fuerza bruta, se preguntan sombríamente: —"¿Hacia dónde vamos?"... y en que ni siquiera el triunfo del derecho y la justicia satisface, tales son los estragos de la horrible contienda, y tan alto el precio que se pagaría por él, el espíritu vacila frente a unas páginas que tan poco pesan, —¡ay!— en el destino de los pueblos.

*Y si a estas reflexiones, se añade que los países salvados del incendio, se dedican preferentemente a frívolas diversiones, cabarets, teatro reidero, (que no obligue a pensar o sentir), cine igualmente ligero, diarios y revistas que fomentan la versatili-
dad de sus lectores con noticias tan pronto leídas como olvidadas, se comprenderá que una mujer se pregunte: ¿Para qué, y para quién? escribe.*

Como respuesta a mis dudas llega en este instante a mis oídos el clamoreo de gentes que se encaminan al corso de Belgrano. Al áspero ronroneo de bobas matracas, únense gritos no menos bobos. Pasará la farándula, pero quedará flotando en el ambiente la disipación sistemática, el afán de goces degradantes o intrascendentes, la ignorancia, la inercia, la despreocupación por los altos intereses del hombre, el veneno mortífero de leer para olvidar, y la música ligera como el cine y el teatro ligero, apenas abramos la radio.

Sin embargo no me dejaré vencer por el desaliento y opondré a estas melancólicas consideraciones, mi anhelo de humanidad, mi esperanza de que algún lector reviva al recorrer estas páginas, memorias suyas sepultadas en el olvido.

¿Quién no añora la casa paterna?, ¿las vívidas sensaciones de la niñez o juventud, cuando íbamos descubriendo el mundo pletórico de fresca savia virginal?

¿Quién no recuerda con emoción simples sucesos cotidianos, como el descubrir en el perfume de los jazmines, o en el titilar de los astros en la noche, la infinita pureza del cosmos?

Pienso, sí, que mis experiencias no son esencialmente distintas de las de cualquier otro, —descartadas las naturales limitaciones que a cada uno de nosotros nos circunscriben dentro del marco personal del propio ambiente— y aquella ansia desenfrenada, que al pasar de la primera infancia me atenaceó, de romper la cárcel de mi yo, y sin dejar de ser yo misma, ser lo demás, aquella rebelión que no sólo quería aunar en mí la existencia de todos los hombres, sino que aún llegaba en su angus-

tiado apetito de eternidad y universalidad a pretender fundirme en las cosas inanimadas, aquella trágica sed, siento que hoy no puede defraudarme.

Palpo, como si las palpara con las manos, mi limitación y a la vez mi universalidad.

Siento, sí, profunda, íntimamente, que aun cuando sólo sea mi yo, una ínfima parcela de la humanidad, ésta me pertenece en la exacta medida en que yo le pertenezco.

EN LA CALLE PARAGUAY

Nací en Buenos Aires el 7 de marzo de 1879, casi frente por frente a la capilla de Nuestra Señora de las Victorias, en la casa que lleva el N° 1257 y que aún subsiste casi idéntica (salvo el haberse convertido en de inquilinato), con dos ventanas de reja a la calle, las mismas de entonces, zaguán de entrada a la izquierda, enfilando a otros dos interiores en arco de medio punto, y la clásica hilera de habitaciones típica de la capital por aquella época, con las más grandes, sala, comedor, y dormitorio de mis padres, recuadrando los tres patios.

Era yo, la cuarta hija de los que más tarde fueron diez, y muchas veces le oí relatar a mi madre que mi entrada al mundo fue cosa de milagro, pues me estrené estrangulada, y más que estrangulada, muerta.

El médico batalló denodadamente para hacerme revivir, golpeándome la espalda, introduciéndome en baños fríos y calientes, balanceándome los brazos con frenético afán, y cuando ya ella decía emocionada tras largo tiempo de lucha:

—¡No hay nada que hacer doctor!... — lancé por fin el llanto con que todos venimos al mundo. La primer protesta.

A poco me cristianaron en la Iglesia de San Nicolás, la que fué echada abajo para la apertura de la Avenida Roque Sáenz Peña, poniéndome el nombre de mi madrina, y tía carnal de mi madre, Delfina de Vedia de Mitre, a quien ella quería entrañablemente, y que no alcancé a conocer más que por retratos.

Fué mi padrino el ingeniero Emilio Mitre, hijo de aquella y del prócer General Bartolomé Mitre, a quien siempre oí llamar en casa familiarmente Don Bartolo, cuñado y además íntimo amigo de mi abuelo el General Don Julio de Vedia, a quien yo adoraba.

A los seis años tenía yo dos hermanitos menores a los que ayudaba a hacer dormir, pues eran muy llorones.

Según lo supe más tarde todos fuimos así. Mi madre contaba que llorábamos tanto, tanto, que a ella le entraban impulsos a veces de estrellarnos contra la pared, tal era su desesperación.

Recuerdo que yo los arrastraba en el coche a los que gritaban como poseídos del demonio durante horas, los lanzaba a lo largo con furia creciente, y corría antes que el coche se estrellara en la pared a alcanzarlo, para volverlo hacia atrás, repitiendo la operación sin resultados favorables.

Lo menos que me imaginaba era que se morían sin remedio.

Desde entonces no puedo oír el llanto de los niños sin sentirme sacudida por honda desolación, por una tristeza infinita; para mí no existe nada más desgarrador que escuchar en el cuarto de un hotel, pared de por medio, por ejemplo, el llanto de un recién nacido.

Piensa una en las mil tribulaciones que el destino le tiene reservadas, y es como si él mismo las presintiera, tal y como en forma angustiosa y caótica se presentan a nuestra imaginación. Se nos antoja que chilla y se desespera resistiéndose a vivir.

Mis hijos, especialmente los dos mayores, también fueron así, lo que contribuyó a reforzar mi sensibilidad a este respecto.

La memoria es una facultad caprichosísima. Recuerda sucesos sin importancia y otros graves, por ejemplo, la muerte de dos de mis hermanos, Octavio, apodado "El tique" y Emilio, mayor y menor que yo, respectivamente, se borran sin dejar huellas. Las dos ocurrieron en la calle Paraguay.

Cierto es que mi madre siempre tuvo la precaución de alejar a los niños en los momentos trágicos, pero así mismo no acierto a explicarme, cómo dos sucesos tan tristes, pasaron sin que registrara mi memoria algún detalle.

Fuera de la muerte de abuelito que aconteció mucho más tarde cuando yo contaba 13 años y que se me quedó grabada en forma indeleble, ni la de mis hermanos ni la de mi tío Julio, el menor de los de mi madre dejaron huellas en mi memoria.

A REDROTIEMPO

En cambio otros hechos sí fueron registrados prolijamente.

Por ejemplo, el raro fenómeno que ocurrió cierta vez que en ajeteos de limpieza se dejó vuelto hacia arriba un espejo bajo la parra del patio.

El azogue quedó atacado como en las fotografías instantáneas, dejando nítidamente impreso el ramaje. El hecho suscitó comentarios animadísimos, y hasta se buscó, sin resultados, reproducir el fenómeno. Que el sol atacara el azogue todos lo admitían, pero que no lo hiciera progresivamente y siguiendo la marcha del astro, (lo que hubiera dado una reproducción borrosa de ramaje) eso era lo inexplicable.

Ese espejo redondo que giraba sobre un eje horizontal, con marco negro y dos candelabros a los costados, aunque ya no era utilizable se conservó muchos años en casa, lo recuerdo perfectamente.

INFANCIA ATORMENTADA

Al último patio le llamábamos del "redondel" a causa de un cantero ovalado con brocal en forma de peldaño que tenía en el medio un árbol sólo, un limonero, y donde preferentemente estábamos jugando bajo la mirada de mi madre o los sirvientes. El brocal llenaba las funciones de un amplio banco, nada mulido por cierto, pero hospitalario, criollazo de ley. Este cantero y el árbol ya no existen y en cambio la parra que estaba en el segundo patio ha sido transplantada a éste, que se ha reducido por construcciones laterales.

En la pared del fondo una hiedra enorme (que jugó en mi vida un papel importantísimo, pues en mis pesadillas, leones, arañas monstruosas, y otras alimañas terribles surgían de allí para aterrorizarme), extendíase hasta dos pisos de altura.

Mi infancia no fué feliz a causa de trastornos nerviosos sumados a un exceso de sensibilidad que magnificaba las más ínfimas reconvenciones de mis padres. Cualquier reprimenda me llevaba a imaginar que no me querían, que probablemente no era

hija legítima, y sí una criatura recogida de quién sabe qué turbia procedencia.

Soñaba con huir de mi casa, entrar de sirvienta, trabajar con empeño y buena voluntad, hasia conseguir un puesto de dama de compañía, en el que me dejaran coser o bordar, no exigiéndome tareas tan agotadoras como lavar pisos o vajilla de cocina, (lo más antipático en punto a trabajos domésticos, esto último), lo que más detestaba, y no porque lo hubiera realizado nunca. Forjábame toda una novela en la que lo más sabroso consistía en no poseer ni un centavo, ni apoyo moral o material de ninguna especie, y en abrirme camino a fuerza de paciencia y tesón. Ideaba los parlamentos con las personas desconocidas a quienes debía convencer de que a pesar de mis cortos años podía pagar con mi trabajo por lo menos casa y comida, preveía las objeciones, y lanzaba mi ofrecimiento de que se me pusiese a prueba.



A los 5 años.

Hasta los 14 ó 15 años, y a fuerza de repetirme la acostumbrada historia de no poseer nada, y a través de grandes penurias, ir mejorando de situación hasta triunfar, soñaba con mi novela de liberación absoluta, partiendo del desamparo, y en la que se mezclaban gitanerías, atorrantismo, noción del deber cumplido, y premio final al propósito de realizar algo a la perfección.

Como la mayor parte de los niños, respetaba y temía a mi padre, el que por sus negocios alternaba menos frecuentemente con nosotros, y cierta vez explicando por qué me infundía temor dije que era porque tenía la mano grande.

—¿Cuándo le he pegado yo?— arguyó él, riendo de buena gana.

—Yo no digo que pegue, pero puede pegar—, le contesté sin inmutarme, y con un acento muy serio y grave, que al decir de mis padres y hermanos mayores, era peculiar en mí.

Esta referencia pone en descubierto mi cavilosidad, heredada de mi abuela materna y de mi madre, la que añadida a perturbaciones de origen nervioso, transformaron mi infancia en una serie casi ininterrumpida de estados angustiosos.

No creo que la primera infancia sea una época feliz para nadie.

El tránsito de la vigilia al sueño era el momento trágico por excelencia. La habitación se agrandaba desmesuradamente, oía sonar un órgano, moverse los cortinados y de entre los pliegues surgir la cabeza de un hombre que me decía:

—¿Quiere jugar a las barajas?...

Aunque el tono era más satírico que amenazante, me infundía un miedo atroz, porque en el deslinde psicológico de realidad y ficción, me sostenía un hilo de conciencia insinuándome que aquello era anormal, enfermizo.

Otra de las visiones era un cortejo con túnicas romanas que cruzaba, llevando una camilla cubierta por un gran cendal blanco y bajo la que se adivinaba el cuerpo de un herido o de un cadáver. Oía los pasos, aunque llevaban los pies desnudos. La marcha era solemne y los personajes pasaban sin que yo interviniera en lo más mínimo, y tal como si nadie presenciara la escena, que sin embargo me aterrorizaba.

Después de noches tras noches sucediéndose idéntica esta visión observé que los pasos coincidían con el latido de la sangre en las sienes, y desde entonces desapareció definitivamente, más o menos a los ocho años.

Según referencias de mi madre que junto al borde de mi cama esforzabase por tranquilizarme, yo sufría mucho, me tapaba la cabeza con las sábanas, unas veces llorando y otras, las más, dialogando con los seres para ella invisibles.

—Dese vuelta para el lado de la pared. Duérmase. Aquí no hay nada.

¿Cómo sabía que esta posición era mucho menos favorable para que se reprodujeran mis aterradoras visiones? Lo ignoro.

Pero además de que dormir con la pared delante no me gustó nunca, yo experimentaba una especie de atracción indefinible hacia estas visitas de trasmundo apesar del miedo atroz que me inspiraban, y el espacio era un elemento generador. Un postigo abierto a medias, los pliegues de una cortina, un cuadro, mezclándose a los ruidos de la calle, por quién sabe qué misteriosas asociaciones preparaban el clima propicio. Sin duda intervenían en el fenómeno malas digestiones, jaquecas.

Alrededor de los 7 años cuando más me acosaron llegué a sufrir esos trastornos en plena vigilia, aunque no eran precisamente iguales a los que me atacaban en el momento de dormir. Al desvestirme, por ejemplo, o al abrir o cerrar una puerta, sentía de improviso como si otra voluntad sumada a la mía acentuara el gesto, con intención diabólica.

No todas mis alucinaciones presentaban carácter terrorífico, a veces oía música, unas melodías de perfiles inciertos, dulcísimas, muy melancólicas pero agradables.

Estos fenómenos auditivos y olfativos se suscitaban en mí por algún ruido u olor que me traían reminiscencias de otros instantes. Recuerdo que un resfrío excepcionalmente agudo que por mucho tiempo me privó del gusto, fué el origen de estas sensaciones olfativas. Los olores reales no los percibía casi nada, y en cambio, sí, percibía perfumes exquisitos irreales. A una amiga mía que a raíz de un golpe perdió un tímpano y estuvo en peligro de muerte, le ocurría lo que a mí, y se alegraba de poder explicarme lo que otros no comprendían, la calidad singularísima de estas alucinaciones de eifiosas en grado sumo, como que en punto a sensaciones físicas representaban lo más próximo a la felicidad perfecta que ella y yo hayamos conocido.

EN LA ESCUELA

Entré en la que dirigía la señorita Amalia Gramondo, frente a la plaza Lavalle en la calle Talcahuano, junto con mi hermana mayor, y allí nos pusieron, a mí en una división que llamaban de las ricas, y a ella en otra que llamaban de las pobres, no sé si con razones verdaderas o caprichosas.

Mi primera maestra fué Rita Agote. Usaba lentes, pues era muy corta de vista y jamás me retó aunque yo era traviesa, y me paseaba por el fondo de la clase deslizándome con suma habilidad. Los últimos asientos no estaban ocupados, y en aquellas incursiones figurábame que las patas de los bancos eran árboles, y el piso un arenal próximo al río.

El choque de la realidad que de pronto me hacía sentir lo inameno del paisaje, mostrándome algún deber roto, una mancha de tinta o las paredes desnudas, por contraste realizaba mis ficciones en vez de apagarlas. Esta propensión a evadirme súbitamente, la conservé hasta hoy, y fué un resorte precioso en momentos de fatiga o desaliento.

¡Cuántas veces, dictando mi cátedra, cuando una alumna tartamudeaba, repitiendo estribillos, (los odiosos estribillos, "esté", "estó" que nunca pude sufrir con paciencia), recurría yo a la rapscdia heroica de Listz, cuyos briosos acordes tarareaba "in mente" para apuntalar mi espíritu, o echaba un vistazo a la copa de algún árbol dibujándose en el cielo, o a la ropa tendida al sol en una azotea, trocándolas en el velamen de barcas en alta mar.

En la escuela primaria, y siempre, traté de no molestar a los demás, de modo que no dí trabajo, al contrario, ayudé en lo que pude a compañeras y profesores.

La primera vez que llevé la libreta a casa, lloraba a lágrima viva, pues me habían puesto "conducta óptima" y yo supuse que óptima quería decir "pésima", (de tal modo me atenaceaba la conciencia de mis travesuras,) como los viajes al fondo. Pero en fin, tanto como para clasificar de pésima mi conducta, no. Eso era una injusticia. Y lo era en efecto, sólo que para el otro lado.

Esta anécdota me recuerda la que contaré aquí, por considerarla sabrosa.

Un señor de Belgrano, amigo de mi familia, tenía a su cargo a un chico, hijo natural, ahijado, o protegido, (que no se sabía a ciencia cierta la relación), y cuando éste le dió a firmar la libreta frunció el ceño y lo increpó de esta suerte:

—¿Qué es esto de conducta muy buena? No quiero que se repita. Ud, a mí se me porta "regular", caballero. "Regular"...

Sin duda le entró el temor de que se le volviese un "marica".

Pero tornando a mis memorias, lo que más recuerdo de la escuela es la plaza Lavalle de enfrente, la quinta de Dorrego que ya no existe, su gigantesco gomero con aspecto de antidiuviana magnolia en la esquina extendiendo las potentes ramas maravillosas sobre la acera y hasta la mitad de la calle Libertad.

Aunque el camino más breve era ir por Talcahuano, yo prefería ir por Libertad a fin de solazarme en la contemplación de aquél árbol magnífico, inolvidable.

Después de dos años de escuela alternados con inglés en casa y algunas diversiones los domingos, circo o teatro de títeres, funciones a las que no iba mi madre, o visitas a casa de la familia de la sirvienta en Barracas, mi padre compró la quinta de Pezzi en Belgrano, por 64.500 pesos si mal no recuerdo.

Pero antes de pasar a mi vida en Belgrano, debo intercalar cronológicamente recuerdos de dos mansiones íntimamente ligadas a mi niñez, la quinta de la calle Araoz, y la casa de Rosas, ambas aureoladas por el amor de mis abuelos.

LA QUINTA DE ARAOZ

Cuando dije en el prólogo, que mis memorias no eran esencialmente distintas de las de muchos hombres y mujeres que por razones diversas callaron las suyas, no mencioné a los abuelos que casi todos los humanos tuvieron la dicha de conocer, experimentando en carne propia el amor sublime que éstos profesan a sus nietos, y que algunas veces alcanza a nacer en nuestros corazones para volcarse en los hijos de nuestros hijos, alumbrando así con luz radiosa, el de aquéllos ya hundido en el pasado.

Como mi padre era 11 años mayor que mi madre no alcancé a conocer los paternos, que desaparecieron antes de que yo tuviera conciencia, pero a los maternos que conocí, nunca los olvidé.

En la quinta de la calle Araoz entre Güemes y Charcas las imágenes de ellos se unen al delicioso perfume de los aromos y alhucemas de aquella mansión querida.

El era un hombre alto y fornido, arco ciliar espeso, ojos celestes y cutis sonrosado. Su barba fluvial, a lo Moisés de Miguel Ángel, ensortijada, el andar majestuoso, a menudo con las manos cruzadas en la espalda, le daban un aire profético y a la vez meditabundo. La vivacidad de su mirada siempre alerta relampagueaba con singulares destellos cuando algún interés especial conmovía su ánimo.

Sólo en Ricardo Strauss el gran músico vienés he observado irradiaciones semejantes una noche en lo lo oí acompañar a Nínón Vallín su famosa "Serenata".

Un centelleo dulce, y enérgico al par, de irresistible simpatía.

Su voz, como suele darse en casi todos los hombres altos y de complexión robusta, era fuerte y de timbre grave. Nunca lo vi beber más que agua, y sus costumbres eran sencillas, demo-

cráticas, enteramente ajenas a la rigidez militar. Afable y generoso en grado sumo con los humildes, condición que heredó mi madre, poseía las virtudes de la raza vasca, austeridad, franqueza y sencillez heredadas de sus antepasados.

Con ser un hombre físicamente espléndido, su mayor atractivo estaba en su a'ma, donde la fusión de virilidad y delicadeza de sentimientos, que se observa en los hombres de verdadera hombría, prestaba a su trato un poder de seducción excepcional. Era absolutamente imposible que alguien lo hallara antipático.

En los hombres de verdadera hombría, ocurre lo que en las mujeres de verdadera feminidad, que como aquéllos virtudes de mujer éstas poseen condiciones de hombre, (espíritu lógico, fortaleza de ánimo, control u objetividad) que sumados a la abnegación propia del sexo, constituyen a la *mujer-varona*, lo más opuesto que pueda existir de la *marimacho*, con defectos de hombre y sin condiciones de mujer.



General Don Julio de Vedia

con la concepción de la belleza en los griegos.

Precisamente en una de mis primeras conferencias, pronunciada en el Ateneo Hispano-Americano, del que fui vicepresidente por los años 12 y subsiguientes, con el título de "¿Cómo ha de ser la mujer?", tuve presente a mi abuelo para definir la verdadera hombría, recalcando que ésta se forma por la fusión de virtudes de mujer, como la delicadeza, el ansia de proteger, la intuición, etc., confrontándola con la verdadera feminidad también fusión de los elevados rasgos del hombre en la mujer. Y otras consideraciones que aquí fuera largo detallar, emparentadas

Por haber heredado de él y de mi madre su profundo amor a las plantas y las flores, (que para mí constituyen una necesidad y no un mero ha.ago del espíritu), es que recuerdo la atención ejemplar que él dedicaba a sus rosales, azucenas y mil variadas especies, incluido el resedá que era la flor preferida de mi abuela, y a quien él le hacía ramos primorosos que ésta colocaba junto al retrato de tío Julio, muerto a los 20 años a consecuencia de una anemia profunda cuyo origen nadie consiguió hallar.

¡Cuántas veces mientras podaba de semillas u hojas secas alguna planta lo oí suspirar y murmurar con los ojos llenos de lágrimas. —¡Pobrecito! ¡pobrecito!... — pensando en él.

Su pena de león herido contrastaba con el sol radioso, las mariposas volando en los canteros bordeados de alhucemas, y el eutórico canto de la urraca. Aquellas diminutas flores azules entre rizadas hojas de gris plata que estrujándolas nos dejaban las manos fragantes por mucho tiempo, y que tanto atraían a los insectos, las mariposas, doradas, negras y amarillas con alas de punta extraña, otras celestes, producíanme un des.umbraimiento de luz y color inenarrable!...

Hace poco recordaba con mi querida tía Lola, (hija del General Don Emilio Mitre, y viuda de mi tío Nicolás, hermano de mi madre, con quien sue.o jugar al chaquete por moneditas) las rosas estupendas que cultivaba abuelito, en la quinta patriarcal.

El arrullo de las torcaces sellaba en la siesta nuestro sueño reparador tras el ajeteo de los juegos infantiles. Aun oigo aquel canto dulcísimo que me estremece el corazón. Reuníanse las paomas cerca del pozo, y algunas veces se juntaba el runruneo, al chirrido de la sogá en la roldana, cuando algún sirviente bajaba o subía el balde rebosante de agua clara y fresca. Entre la vigilia y el sueño yo escuchaba el arrullo de las torcaces y el rumor de otros ruidos cotidianos, la vajilla que se limpiaba en la cocina, y por quién sabe qué sagrado misterio tocaba fondo en lo inmanente de mi ser y en la esencia de la vida misma del universo. ¡Qué deleitosa sensación de plenitud embargaba mis sentidos! ¡Qué purísima gloria!

Mi tía Dolores, que por azares de la vida vive a media cua-

dra de aquella casa, enfrente de la manzana que tanto recorrimos años atrás, se lamentaba conmigo de cómo ha cambiado el barrio, ni siquiera la casa parece la misma privada de espacio, modernizado el frente. Entonces estaba en las afueras de la capital, rodeada de campo y dejando ver a la distancia unos hornos de ladrillo.

También recordaba ella lo que propuso para la quinta Julio Fraga, sobrino de mi abuela, cuando se trató de ponerle nombre: ¡"Fonda... francamente"! Tal era la hospitalidad de aquel hogar porteño.

Las amigas de mi tía Lasthenia, unas señoritas de Dawson, de Echeverría, y otras, los amigos de mi tío Enrique que eran legión, la familia de tía Lola con muchos hijos como la de Mami-ta, y casi de la misma edad, reunían allí numerosos invitados, muchos de los cuales se instalaban por semanas y meses.

Lo que se festejó aquella salida de !"Fonda... francamente"!

Por cierto que espacio no faltaba para albergar amigos, ni menos faltaban afectuosas atenciones por parte de los dueños de casa que se distinguían por su trato campechano y cortés.

Los viejitos Malmierca, llegaron a instalarse tan definitivamente que cuando se mudaron mis abuelos a la calle Coronel Díaz y Beruti se edificó para ellos unas piezas en el fondo, como si se tratara de personas allegadas de la familia y no de simples amigos.

VIRTUD ARGENTINA

Hogares como el suyo debió conocer el famoso Guillermo E. Hudson, cuando afirmó que el argentino en el trato es muy difícilmente superado por otros pueblos, en cuanto a efusiva cordialidad y humanitarismo.

Por algo tenemos una expresión que no sé que exista en otras lenguas. Refiérome a la "gauchada". Que como todos sabemos no es un servicio o simple favor, sino que es un servicio o favor que compromete la tranquilidad y aún el honor de quien lo realiza, infringiendo leyes o reglamentos estrictos, y que para

colmo de generosidad no es menester que se rinda a un conocido o amigo, bastando sólo que se trate de una persona necesitada de especial ayuda, y que su situación nos conmueva.

La "gauchada" es un rasgo netamente criollo, que implica profunda solidaridad y que entraña un matiz de humanitarismo, un desprendimiento, una generosidad, muchas veces lindante con el heroísmo.

Cierto es que la voz proviene de "gaucho", y que el gaucho sentía placer en burlar las leyes tal era su sentido de la libertad, pero no es menos cierto que todo ser en desgracia atrae la simpatía de los argentinos, quizás demasiado injustos para los fuertes, y demasiado sensibles y dadivosos para los débiles. Dicho sea en honor de la verdad.

Mas, volviendo a la quinta de la calle Aráoz que mi tía Lathenia llenaba con el Lento, las Baladas de Chopín que ejecutaba a la perfección, o las rapsodias de Listz, nunca olvidaré el nido de picaflores en el corredor patriarcal, que grandes y chicos respetaron, ni el hecho de que estas aves tan asustadizas se familiarizaron hasta el punto de convivir a escasos pasos de los moradores y aún de los niños.

Años más tarde en Belgrano, nos empeñaríamos en aclimatar a un picaflor, dándole como jaula un dormitorio, renovando todos los días salvia azul, (de las que abundaban bajo la casuarina que tanto me acompañó con el cordaje sonoro de sus ramas). Los troncos prismáticos de esta salvia, preferida por los colibríes, eran maternamente acariciados al ponerlos en los floreros, donde el radioso picaflor libaba su alimento con naturalidad perfecta.

Dicen que como el churrinche, o pecho colorado, la blancaflora y otras aves, no viven enjaulados. Pero como aquello no era una jaula, todo iba a pedir de boca, cuando un buen día por distracción de alguien que abrió una ventana, volvió a ser libre de veras. Mi hermana, que, quién sabe por qué capricho, lo había bautizado con el nombre de "Napoleón", lo llamaba a gritos muy esperanzada en que volviera a someterse al encierro voluntariamente, respondiendo al más que holgado nombre (del iustre cor-

so). Pero él partió como un rayo, y lo que menos pensó fué en darse por aludido.

En esto de bautizar seres o cosas con nombres estrambóticos, recuerdo el ki'ométrico de "elefantita" con que otro de mis hermanos bautizó a una diminuta cotorra.

En la quinta de la calle Aráoz tan genuinamente criolla, la hospitalidad de mis abue'os concordaba exquisitamente con la casa rodeada de corredores de una so'a planta, los grandes canteros, el pozo, el palomar y los enormes aromos hacia el campo.

Casi siempre íbamos en coche, pero cuando lo hacíamos en tranvía de caballos recuerdo que el corto espacio que media desde Santa Fe hasta la entrada me parecía mucho más largo.

Cierto es que la cuadra que va de Santa Fe hasta Güemes es a'í una cuadra larga, "como esperanza de pobre", pero todo incluido no llega a 300 metros. Distancia que mi anhelo de llegar quintuplicaba.

Ese trecho, 20 años más tarde, lo recorrería casi diariamente durante muchos años yendo a dictar física en la Escuela Normal N° 6 de la que fuí fundadora, situada en la otra manzana. Sólo que ya la torre de Garricós desapareció, para dejar sitio a modernos departamentos infinitamente menos poéticos, y ese barrio que apenas saliendo de Santa Fe desembocaba en baldíos a uno y otro lado, y en el campo abierto, cambió tanto desde entonces, se volvió tan melancólico, húmedo y sombrío, que parece imposible, que el mismo sol, sea, el que hoy lo alumbra.

¡Cuánto más radioso y cálido era aquél! ¡Cuánto más fecundante!...

EN LA CASA DE ROSAS

Una epidemia de difteria que costó la vida a uno de mis hermanos, Emilio, nos llevó a pasar una temporada en el entonces Colegio Militar, del cual era rector el General Don Julio de Vedia, instalado en la antigua casa de Rosas el tirano, en el mismo sitio donde hoy se levanta el monumento a Sarmiento de Rodin.

Como aun no se había descubierto el suero, mi pobre madre estaba aterrorizada, y nos dejó allí mientras Julio contagiado, se atendía y salvaba más tarde.

A espaldas de la Avenida Alvear, mirando hacia el río, estaba el frente de las dependencias ocupadas por la familia del Rector, en dos cuerpos de edificio que rodeaban el patio de entrada, o mejor jardín.

La antigua morada de Rosas poseía el hondo encanto de la arquitectura colonial de aquella época, confortable y de sabor austero.

No eran más que 4 por entonces las personas de la familia, mis abuelos, y mis tíos Lasthenia y Enrique, pero en el comedor situado en el ala izquierda, se reunían unas 10 ó 12, contando a amigos y huéspedes.

El comandante Luzuriaga, de carácter muy afable, cutis sonrosado y nariz aguileña los visitaba a menudo. El teniente Comas que era de gran estatura, no sé si por distinguirse en algo, o por ser ayudante de mi abuelo, era nombrado a cada momento.

En la sala, frente a la entrada sobre una antigua mesita y en una bandeja llena de letras blancas escritas en trozos rojos alargados, de hueso o marfil, estaba lo que dejó en mi ánimo más vivo recuerdo, pues mi tía Lasthenia tenía la habilidad de descubrir cualquier palabra apenas se arrojaban las letras en desorden sobre la mesa.

A veces no alcanzaban a caer todas, cuando ya las decía, como por adivinación.

Un periódico sacó un concurso para el que mandara una palabra que contuviese las 5 vocales, y ella instantáneamente escribió una lista enorme que remitió, entre las cuales estaba la palabra "Murciélago", y ¡cosa indignante!, no ganó el premio porque había que decir únicamente, "murciélago".

Otra vez alguien le pregunta por una palabra de nueve letras que no cambie de atrás para adelante, y al momento dice: "reconocer".

Largo fuera enumerar las ingeniosísimas pruebas de este orden que realizaba con perfecta soltura y a la vez inconsciencia de su fenomenal aptitud, que era verdaderamente milagrosa, como la de Inaudi en punto a cálculos numéricos.

Aquel juego de letras, y la prodigiosa habilidad de mi tía, mucho influyeron sin duda, en mi vocación idiomática, pues recuerdo con toda nitidez el simpático ruido de las fichas, y el tacto untuoso que tantas veces jugando con ellas acariciaba mis manos.

Al evocar aquella casa, sahumada por el entrañable cariño de mis abuelos, donde se respiraba tan profunda bonhomía y limpieza moral y material, pienso ahora, en lo mucho menos santa que fué, cuando el Tirano Rosas incitaba a su bufón "Biguá" a fin de que le diera un beso a su hija Manuelita, obligándola a correr como loca por aquellos mismos lugares.

Mi abuela seguía la costumbre porteña de quemar benjuí, y aquel perfume material, unido al otro, nos envolvía en doble bendición, de santidad.

El Jardín Zoológico, estaba entonces repartido en la gran extensión que media entre el Colegio Militar, y la vía del Ferrocarril a vapor, próxima al Río de la Plata, con su estación "Parque" de madera junto al lago.

Grandes jaulas de monos, pájaros tropicales, otras de material para osos, tigres y leones, diseminadas entre lagos románticos, y glorietas, fueron recorridas diariamente, hasta volvernos familiares los últimos rincones del "Parque 3 de Febrero".

Como los niños poseen la virtud de abarcar de una ojeada, lo que tienen ante sus ojos, pronto los animales colmaron nuestra curiosidad, y más nos entretenía juntar coquitos en la avenida, —que ya no luce sus espléndidas palmeras—, o reunimos a escuchar la banda de música, que en la glorieta redonda a pocos pasos de la casa, tocaba dos veces por semana, trozos más o menos insignificantes como la Gavota Stefanía, y que sin embargo hoy no puedo oír sin estremecerme de emoción tales son los recuerdos de mi niñez que afloran al conjuro de sus notas.

Vuelvo a gozar el sol del parque, la brisa de una tarde de fines de invierno, vuelvo a ver a los músicos soplando los trombones con gravedad de muñecos baratos, y enredándose en los árboles, o rizando la superficie de los lagos los acordes de la música volandera a los que se unía el cornetín destemplado de un manisero con escasos clientes.

No son las cosas en sí, sino los lazos que nos ligan a ellas lo que las vuelven fútiles o sagradas.

Y aunque no se me oculta que la Gavota Stefanía es de una pobreza de inspiración, franciscana, a mí me conmueve, y me conmoverá siempre, porque en Palermo cuando contaba siete u ocho años oí sus inocentes cadencias invitándome a bailar una danza pudorosa, de aquellas en que la galantería amable, y el amor, más sobrentendido que expresado, ligaban a las parejas con dulcísimo recato.

¡Tan distintas de las actuales!

No se vea en estas reflexiones, que, (demás está decir, no me las formulaba entonces), mojigatería ninguna. Pues no soy una mujer mojigata.

Pero creo que el amor no se usa hoy, o punto menos, con el carácter contemplativo, con ese matiz de devoción y desprendimiento, que sin excluir la atracción sexual, diviniza el instinto.

No es que piense que el romanticismo, preciosa virtud, haya muerto, pero es innegable que la vida moderna, con sus necesidades urgentes, a las que se suman los placeres fáciles y la disipación, lo han acorralado.

Ya no hay tiempo, ni ambiente para la contemplación nece-

saría en todo gran amor de buen abolenço espiritual.

Mas retornando a los días de mi infancia en la casa de Rosas, cuyo edificio se conservó hasta el año 1899.

En cruz con él existía el cuartel del Iro. de Artillería, donde más tarde se instalaría, hacia 1896 el 6, y luego el 3 de Infantería en el espacio que hoy forman los Jardines que rodean al templo de Flora, y ya derruidos aquellos edificios.

Como coincidiera un 9 de Julio, con nuestra vida en la casa legendaria, abue'ito nos llevó al cuarte' de artillería donde a la salida del sol, los tradicionales cañonazos con que se festeja la fiesta patria me dejaron una impresión tremenda.

Con sólo el estruendo me parecía posible barrer con un batallón.

Y a propósito de cañones, quiero recordar aquí a'go que le oí contar a él, y es que en la guerra del Paraguay, donde guerreó junto con su cuñado el General Mitre, (ganando por iniciativa propia la batalla de Tuyutí), las balas de los cañones se solían ver antes de que llegaran a destino, es decir que permitían hacerles cuerpeadas o gambetas, con tal de no distraer la atención, y siempre que vinieran de frente.

El dato que recogí a los 10 ó 12 años, me llamó vivamente la atención y lo dejo, tal como lo oí, consignado, para que lo contesten los cuerreros de entonces, pues al parecer no se trataba de ver el fogonazo tan sólo y sí las ba'as.

En estas pácinas que escribo con escrupulosa atención trato de no equivocarme, y aunque algunos sucesos que quisiera recordar mejor se han esfumado, por obra del tiempo mi memoria es en general más vívida y fiel que la del común de las gentes, de modo que poco será lo que deba rectificarse.

Además por un fenómeno de apretamiento sinrtular, evocando el pasado experimento las sensaciones del que está a punto de perecer ahogado, según se lo oí referir a uno que pudo librarse milagrosamente en ese trance, y fué que su vida como en una cinta cinematográfica rapidísima, pasó por su memoria en los contados segundos de aconía, antes de perder el sentido.

Tampoco sé si es común el fenómeno en los que se sienten

A REDROTIEMPO

morir, porque pocos son los que vuelven de la muerte, para contárnoslo, o si se da únicamente en los ahogados, pero lo que sí sé es que yo me apresuro a recordar porque me siento morir.

No se interpreten torcidamente estas palabras.

Mi salud es normal, y fué mejorando con los años, al revés de lo que les pasa a otros, pero siempre pensé que nuestra vida vive de la muerte, que los sucesos en que tuvimos participación empujaron a otros hacia la nada.

Y tanto siento la paradógica fusión de vida y muerte, que en realidad mis horas transcurren como de prestado.

Esto que llamaré sentido de polaridad, y que une pasado, presente y porvenir estrechamente trabados en el instante fugaz, sin duda es virtud o rasgo que está íntimamente relacionado con la facultad de recordar, pues introduce un singular mordiente en las impresiones de todo orden que se suceden con el correr de los días.

EN BELGRANO

Casi toda mi vida ha transcurrido aquí en esta parroquia, y próxima al lado más pintoresco, el de las barrancas, (que en mi juventud se denominaba, en singular: "La barranca de Belgrano", porque si bien es cierto que los jardines ocupan tres manzanas, tajeadas por las calles que desembocan en el bajo, y esto desde que tengo memoria, la verdad es que la barranca es una sola).

Los jardines, han modificado con el andar del tiempo la designación, pluralizando el nombre.

También, (y dicho sea de paso) al "Jardín Botánico" se le suele llamar, Botánica en los letreros de los ómnibus que hacen el recorrido. Cosa menos explicable, ya que el cambio de género, por la necesidad acaso de abreviar, no se justifica.

Nunca se llamó, que yo sepa, plaza botánica, y sí Jardín Botánico, nombre, por otra parte mucho más eufónico.

Desde los nueve años, hasta hoy con un intervalo de diez, y descontando los viajes, estuve radicada en el barrio.

La casa, donde vivo 11 de Setiembre 2262, desde hace más de 20, es de aquella misma época y está situada en la manzana colindante con la de mi niñez.

Tuve la inmensa, invaluable, fortuna de habitar una mansión soberbia a la que los vecinos llamaban "El castillo", en los años en que mi corazón se abría al encanto de la naturaleza. ¡Y con qué deleite apasionado!...

Pude unir estudio, y contemplación, en forma tan excepcional, en cuanto a las condiciones de calma, alejamiento de todo bullicio o dispersión de espíritu, como difícilmente se hayan dado para alguno.

Ni cinematógrafo, ni radio, 50 años atrás.

Tampoco fiestas, a las que por suerte los míos no eran nada afectos.

Visitas, de aquellas que entonces se hacían con la costura,

es decir con poca conversación, e intercalando ésta, entre las grandes pausas que requería el trabajo de mano.

Quizás por influjo de aquello, siempre eché de menos las pausas, que desgraciadamente se usan poco, en las conversaciones de hoy.

Josefina Mitre de Caprile, prima hermana de mi madre, y además íntima amiga suya, habitaba a sólo dos cuadras de nosotros con sus hijos, Enrique, Alberto, María Adela, Margarita y Delfina, estas últimas, y especialmente mi tocaya, de estrecha relación conmigo.

Ellas, como Amelia Pezzi que vivía pared de por medio, no eran propiamente visitas, pues la confianza era de tal índole que no modificaban con su presencia el tren diario de la casa.

La última, Amelia, hasta tomaba con nosotras lecciones de bordado.

Recuerdo que un día llegó con un ramo de jazmines para la profesora en el que quedaban algunos secos, y que ésta criticó, en ausencia de nuestra amiga, el que se lo hubiese entregado, sin extraerle antes aquellas flores marchitas.

—En esa forma, —dijo— yo no sé si debo agradecerlo, porque podría ser una muestra de desprecio.

La escena se me grabó, porque me hizo meditar.

Pudo ser por falta de tiempo, pensé, pudo ser por regatearle importancia a su atención... en fin, cavilé acerca del ramito de jazmines, porque en efecto en la actitud de ella, al dárselo, advertí un orgullo y como retraimiento, un tanto singulares, y como si se arrepintiera de su gesto.

Como amiga, en mis primeros años, fué perfecta, salvo en una cosa, en que no podía jugar a la mancha, por hallarse enferma del corazón.

A mí de los 9 a los 11 años, me gustaba correr, jugar a la rayuela con mis hermanos, treparme a los árboles, pero esta última afición me duró más que las otras, y en gran parte contribuyó a hacerme adorar el sauce que me permitía sin necesidad de treparme en él convivir en su seno la sublime hermandad de las aves.

Cómo sería mi afición, que ya moza, hallándome trepada en uno, llegó mi novio a visitarme.

Me quedé más quieta que la mujer de Loth, cuando fué castigada por su curiosidad, ahogada de risa, y sin hacer el menor movimiento, lo ví pasar junto a mí sin advertirme.

Aun hoy, cuando en la casa que habito, hago podar las altísimas palmeras, algún duraznero, o el laurel, envidio al que hace la poda y con la imaginación me comp'azco en ponerme en su lugar, fingiéndome estar allí cubierta por el ramaje oliendo de cerca el fragante laurel, tocando con mis propias manos sus troncos.

LA ANTIGUA BARRANCA

El paseo de la Barranca, en sus líneas generales se ha modificado poco.

En la primera manzana que está frente a la antiquísima estación del tren, existió una casa de baños de madera construída sobre pilares donde pescábamos cada vez que la utilizábamos, anginas, u otras pestes.

Los caminos del paseo, hoy de ladrillo de fábrica, eran de tierra y como en su mayoría eran inclinados, las lluvias los desemparejaban carcomiendo los bordes por la acción de minúsculos torrentes ocasionales.

El plantel, salvo el monumento a Alberdi, frente a Juramento (entonces Lavalle) y la gran rotonda de la tercera manzana, —que trajo como consecuencia la pérdida del ombú centenario a causa del piso de portland que rodeaba sus enormes raíces—, no se ha modificado.

Un minúsculo tranvía con caballo ladero, por Lavalle y la contigua, hoy Echeverría, comunicaba la estación del bajo, con la de Rosario, (que no modificó su ubicación ni su nombre) a poca distancia de la parada del "tranvaicito" en la calle San Lorenzo, hoy Crámer.

La casa paterna, de la que da alguna idea la fotografía adjunta sacada a poco de edificarse y cuando los árboles tenían otro aspecto, que el que yo les conocí infinitamente más frondo-

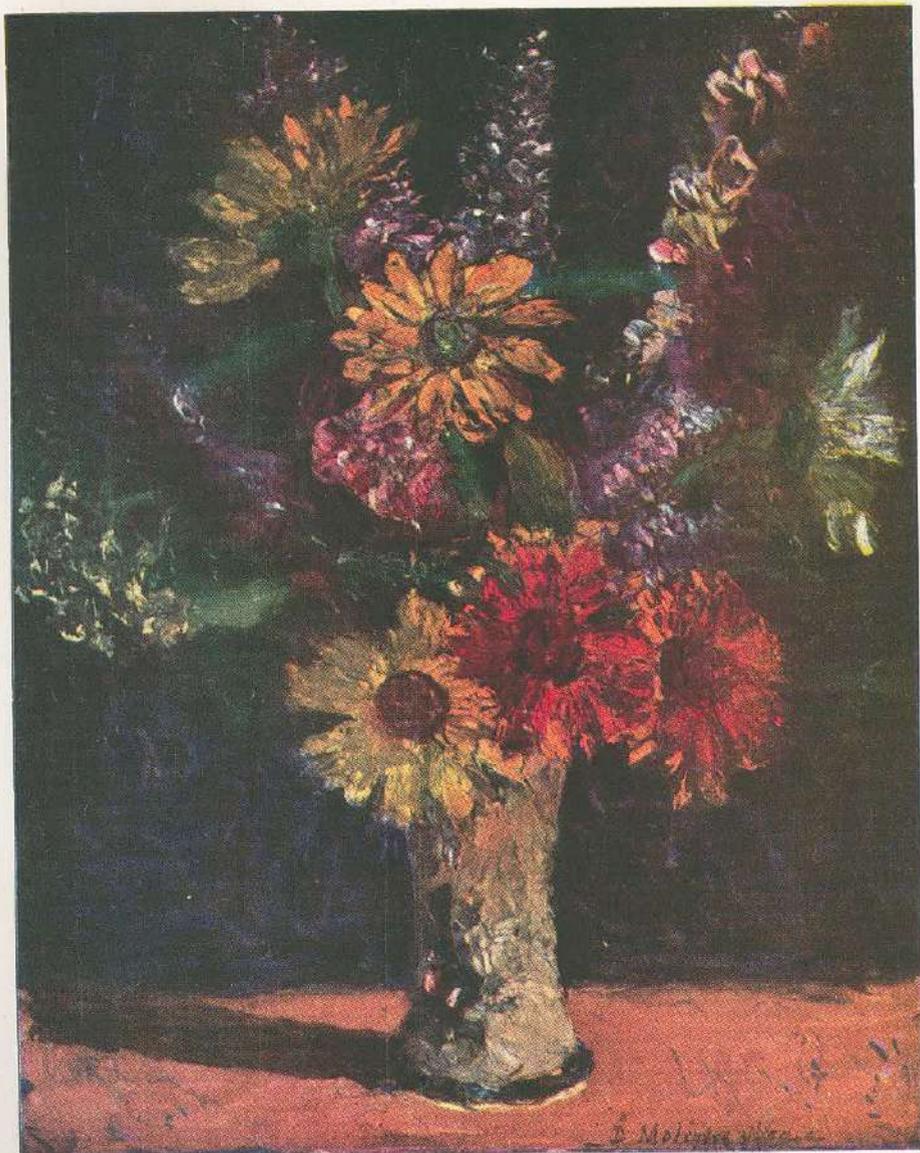
so y desarrollado, en la calle O'Higgins, (antes Chacabuco), entre Mendoza y Olazábal, (antes Pavón y Necochea), estaba edificada en la cima de una pequeña cuesta natural y a un metro aproximadamente de altura sobre el terreno, de modo que era menester subir algunos escalones para entrar en la platan baja.



La casa paterna de Belgrano

Distinguíase por su variedad entre uno y otro frente, el que daba a Chacabuco con porch de entrada en el medio, tenía encima de la escalera un balcón cerrado de vidrio que servía de tocador a mi madre y una terraza. Un gran corredor, con dos escaleras más en los extremos comunicando la sala con el jardín, próxima a la calle Pavón y la opuesta con la cocina y las dependencias del servicio.

Estas, en el ala perpendicular a Chacabuco, eran muy amplias, caballerizas, cochera, cocina, cuarto de plancha, y arriba varios dormitorios, uno independiente destinado a huéspedes con lindo balcón de madera al que trepaba un jazmín del cielo y



"FLORES"

al que se llegaba por una escalera de caracol en el pasillo que separaba la casa principal de sus dependencias.

Dos grandes aromos, en el cantero en barranca con su camino bordeado de tuyas, que venían a quedar casi enfrente del balconcito de la pieza de huéspedes, limitando el costado norte, alegraban con el color gris claro de sus ramas, y con sus flores olorosas aquel rincón recoleto.

En el frente que aquí no aparece, una larga balaustrada de material en el corredor que se prolongaba a todo lo ancho del edificio, con su techo, de pizarra, inclinado, comunicaba la sala comedor y escritorios, que además se comunicaban entre sí.

Tanto la sala como los escritorios y una parte del comedor tenían adosadas sendas terrazas semi-cubiertas, una con jazmín de Chile, la otra con glicinas.

Las columnas que sostenían el balcón abierto de mi dormitorio, y la terraza que unía a los otros en el frente opuesto, la torre con su mirador, todo era de líneas amenas y hasta sorprendivas.

La concepción del ingeniero y escritor, que durante muchos años fué corresponsal de "La Nación", Don Alfredo Ebelot, era originalísima pues los dos frentes se diferenciaban mucho, armonizando sin embargo (*).

La entrada principal del comedor se abría sobre una pequeña terraza, que en parte servía de techo a una caverna que llevaba al sótano, en realidad semi-sótano por hallarse apenas bajo tierra. Esta caverna literalmente cubierta de piedras preciosas, amatistas, topacios, ágatas naturales extraídas de quién sabe qué canteras milagrosas, y que constituían la admiración de los amigos.

(*) Y ya que recuerdo la construcción de nuestra querida quinta de Belgrano, recordaré también un dato que muchos ignoran, y es que mi suegro el ingeniero Egidio Bastianini, construyó tres de los más antiguos teatros de esta capital: "Apolo", "Mayo", y actual "Liceo", trabajando como ingeniero en las obras del Canal de Toma de las aguas corrientes, cuyos talleres estaban instalados donde hoy está el Club de Gimnasia y Esgrima, además de en la construcción de varios ferrocarriles de Mudania a Brusa, (en Asia Menor), de Bari a Tarento en Italia, y de Río Grande a Bagé en el Brasil, donde trabó conocimiento y amistad perenne con su colega Ebelot.

Del costado derecho arrancaba la escalera circular que unía el comedor con el gran parque, iniciándose con el pino rastrero coronado de un juego de aguas.

El cantero de césped inclinado, con algunas dracenas y el camino en pendiente que conducía a la torre y a la sala donde se ve un farol a la izquierda, era casi perpendicular al de la derecha que bordeaba el último cantero en pendiente con los aromos que daban al cuarto de huéspedes.

No he conocido ninguna casa de construcción más movida y graciosa, ni que revelara mayor imaginación, y es que su arquitecto fué un hombre de refinada cultura, un verdadero artista.

El parque en forma de gran medallón con dos simétricos caminos laterales con grandes pitas que llevaban a la gruta, en el centro, (de la cual algo, muy poco, se ve en la fotografía, el puente), el sauce, los saltos de agua, uno de los cuales imitaba a la perfección una cascada natural, la cameliera más al fondo, enorme glorieta de varillas cruzadas, que contaba con valiosas plantas y helechos, y que servía para disimular las piezas del jardinero, la gravilea robusta, los cedros del Líbano, abetos enanos; las casuarinas que daban hacia mi habitación, (tan íntimamente unidas a mis ensueños), todo en fin, cada árbol, cada planta, estaba allí dispuesto con un gusto reflexivo y tierno, que no podía ser superado.

En forma de triángulo frente al portón del fondo, un cantero unía los grandes caminos del parque con los que bordeaban las calles Pavón y 3 de Febrero y en este último un gran nogal, producía nueces riquísimas, que comíamos verdes, que es cuando son más sabrosas.

Cerca de la casa en el costado que recibía el sol de la mañana, mi madre, muy aficionada a las flores, como yo, dispuso de un amplio sitio para cultivarlas, pues los grandes árboles del parque no eran propicios a ese fin, y otro tanto arregló en el jardín que daba a Chacabuco. En esta parte completamente plana, existían perales, damascos, una higuera, y un castaño de la India, de flores rosadas, junto al algibe, (con su bomba de mano) disimulado por laurentinas frente a la escalera de entrada. Pero

hacia la esquina el espacio más despejado y asoleado permitió el cultivo de heliotropos, conejitos, espuelas de caballero y mil flores diversas.

De hecho la entrada principal para coches, por el gran portón de 3 de Febrero, subiendo los grandes caminos, estaba abolida, pues la del otro frente resultaba más cómoda. En aquélla se hubiese necesitado un portero permanentemente pues hallábase a una cuadra de distancia.

Aquí se comprobó una vez más que el lujo tras de ser más oneroso, suele ser menos práctico que el pasar modesto.

Por azares de la vida Don Alfredo Ebelot íntimo amigo de la familia de René, fué nuestro padrino de casamiento, y para como de coincidencia en "El Hogar" de fecha 9 de Julio de 1942 donde el señor Presidente del Instituto de Ciencias Genealógicas Miguel A. Martínez Gálvez publica una nota, "Orígenes y linajes de los Vedia" (*), en la misma página al dorso se recuerda a Don Alfredo Ebelot, ligado a nosotros no sólo por la casa de Belgrano, que construyó sin conocernos, sino por antigua amistad con los Bastianini.

Coincidencia verdaderamente extraordinaria.

FIESTA MEMORABLE

Sofía Emery que poseía una voz de soprano ligera, preciosa, y cuyo timbre al hablar también era muy dulce, niña de gran sensibilidad intervino en una representación con fines de beneficencia realizada en el salón teatro de la calle General Paz, interpretando "La dificultad de la elección", un monólogo de

(*) Donde se refiere que éstos de noble cuna están emparentados a los marqueses de Valderrazo, de Santa Eulalia: del Campo Villar: la vizcondesa de los Antriñes, hoy su A. R. viuda del duque de Montpensier, príncipe de Francia don Francisco Fernando de Orleans, (hermano del duque de Orleans), y otras familias de la aristocracia española.

También allí se da cuenta de las campañas de Don Nicolás de Vedia mi bisabuelo, guerrero de la independencia que acompañó al General Belgrano, y posteriormente al general San Martín en el ejército Libertador de Chile y del Perú.

El escudo de la familia tiene por lema: "Luz van dando". El primero de la rama americana, Joaquín de Vedia, llegó a mediados de 1700, autor o padre del que escribió "El Centauro" relato folklórico impreso si mal no recuerdo en Montevideo.

A REDROTIEMPO

Legouvé, yo toqué en el piano con Margarita Caprile, un trozo de Weber a cuatro manos, y se representó la comedia "Robo en despoblado" bajo la dirección de Enrique García Velloso, haciendo él las veces de mi marido, de hijas Delfina Caprile, e Irene Sagasta, de novios de éstas Ricardo Tarnassi, y un joven Herschell, y de sirviente Heriberto López, que después según referencias ocupó un alto cargo en la provincia de Corrientes.

La fiesta congregó a todo el barrio, y alcanzó un éxito clamoroso.

Quisieron repetirla en el centro, pero mi madre se asustó y negó el permiso correspondiente, por temor de que me fuese a dedicar a las tablas.

De modo que me quedé sin saber si el teatro no sería otra de mis vocaciones.

Aunque me inclino a creer que no.

EPOCA DE MISTICISMO

Al revés de lo que le ocurría a mi hijo Carlos Octavio, que de niño no otorgaba su atención, sin antes preguntar cuando se le iba a referir una historia:

—¿Ha sucedido?... ¿o no ha sucedido?

Resistiéndose a oír relatos de imaginación, a mí éstos me agradaban. Aunque ya moza, preferiría los asuntos psicológicos bien observados, era propensa de niña a las supersticiones y al misticismo, a lo que contribuyó la circunstancia de aquellos frecuentes viajes al Paraguay, donde las gentes y el paisaje ejercen en este sentido un influjo muy poderoso.

Durante una larga temporada quise ser santa. Vigilaba mi conducta, mis pensamientos. No me dormía sin antes hacer examen de conciencia, y llegaba hasta impedir que otros entraran en mi habitación por antojárseme que el ámbito se desconcertaba de qué sé yo que armonía prestablecida.

Andrés Braly y Madame Christofle, teósofos ambos, ejercieron gran influencia sobre mí, incitándome a la lectura de obras indúes del Swami Vivekananda "La filosofía yoga", "El Camino de perfección" y otras, cuyos autores y nombres he olvidado.

Si bien antes de conocer a mis amigos, tuve ocasión de tratar en París a Annie Besant en unas reuniones teosóficas que se desarrollaban cerca del Trocadero por los años 1903 y 1904.

Mi religiosidad innata exigía alimento.

La religión católica, que algo practiqué en la infancia, a pesar del



A los 22 años.

"No me mueve mi Dios para quererte"...

atribuido a Santa Teresa, me parecía un "toma y daca" poco o nada satisfactorio, una especie de negocio ilícito, la eternidad de la gloria a cambio de sacrificios más o menos insignificantes, y que para colmo eran suscitados por el negociador, ya que de no divertirse en ponernos en aprietos: "Dios aprieta pero no ahoga"... dice la popular sentencia, el juego de intercambio desaparecía.

Si bien respetaba a los santos y leía sus vidas que siempre me interesaron vivamente, lo que en ellos me seducía era su religiosidad, que lo mismo hubiera apreciado en un mahometano, budista u otro.

La teosofía que no hace cuestión de dogmas y se funda en el instinto religioso del hombre se avenía más a mi temperamento.

Años después, el lastre que le dí a mi razón en el bachillerato y la Universidad contrapesaría en forma rotunda esta tendencia mística que es, en última instancia apetito de eternidad. Y desaparecerían aquellas tormentas psicológicas cuando no me conformaba con la limitación de mi yo, y quería rabiosamente ser yo, y a la vez, sin dejar de ser yo misma, ser los demás seres y cosas inanimadas fundiéndome en el Universo. Ante aquella pregunta rebosante de rebelión: "¿Por qué yo soy yo y no cualquier otro?", que me sumía en insondable angustia, y cuando mi razón amenazaba zozobrar, las prácticas de ascetismo y renunciamento fueron un lenitivo, una especie de anestésico para mi disconformidad, una especie de distracción, o de olvido.

Contemplado hoy a distancia el fenómeno de mi disconformidad ante la limitación de mi ser comprendo que la teosofía fué un refugio, un modo de calmar aquella fiebre de expansión universal, pero no una fe propiamente tal.

Necesitaba un asidero, un apoyo, aunque fuese sustentado en errores o fantasías, pero un apoyo en fin aún a sabiendas de que no era verdad, de que no era realmente puerto seguro.

¿Pero en el fondo no es éste el dilema de todos los religiosos? ¿Creen en sus dogmas, o es que quieren creer?...

—¡Creo Señor... ayuda mi incredulidad! — clamó el padre del epiléptico según rezan los Santos Evangelios, cuando Jesús le impuso esa condición para curar a su hijo, que tuviera fe.

La verdadera fe tiene que asentarse en la duda, como en planos más ínfimos, la verdadera confianza en la desconfianza.

Y pienso como Unamuno que aquel fué el grito de fe más pura que se haya lanzado a la faz de Dios. Sólo que hubiera estado mejor en boca de mujer.

Como que pienso que el misticismo es rasgo femenino por excelencia.

Nunca cayó en mis manos una obra que tratase este fenómeno desde el punto de vista psicológico, y mucho dudo de que lo haya tratado alguna mujer.

Pero esta facultad es fuente de todo heroísmo. En ella se sustentan las formas más puras, hondas, y nobles del amor. Y aunque la mujer no haya intentado penetrar en su esencia con espíritu científico, ha brindado a la humanidad innumerables muestras de abnegación, de heroísmo surtas en aquella fuente misteriosa y fecunda de amor extra-terreno, susceptible de encarnarse en hombres de carne y hueso, en propósitos de bien público y empresas de toda índole.

MI ACTITUD FRENTE AL MAS ALLA

No podría precisar fecha, pero andaría por los 25 años cuando abandoné la teosofía por completo, y lo que en cualquier forma significase superstición. Acallé el interrogante trágico que tanto me torturó en la primera juventud.

Por más que trato de horadar a redrotiempo la memoria no recuerdo si el cambio se produjo antes o después de hallar el gran sostén de mi vida, el hombre que por afinidad tan rara como profunda fué y sigue siendo después de muerto la luz de mis ojos, el mayor tesoro, que ser humano haya hallado a su paso por el mundo.

No es que se me oculte la parte de ficción, o por mejor expresarme la parte de facultad creadora mía que produjo este milagro maravilloso, pero lo cierto es que alcancé lo más alto,

A REDROTIEMPO

lo más sublime que puede darse en punto a compenetración espiritual, y de unión arraigada en lo más íntimo e inmutable del ser.

No creo que sobreviva el alma al cuerpo, aunque admito que puedan existir quienes opinen de otro modo, ya que en esto,



En el año 1913 la familia reunida. Abajo, sentados, los niños Mario Molina y Vedia; Carlos Octavio, Laura y René Bastianini; Aurelio, y Emilio Molina y Vedia. Sentadas, en la 2da. fila: Dolores Vedia y Mitre de Molina y Vedia, Celina Molina y Vedia, Deifina M. y V. de Bastianini, Alicia Molina y Vedia, Amanda Salgueiro de Molina y Vedia con su hija Amandita en brazos, Manuela Vedia de Molina con su nieta Julia Molina y Vedia, Octavio J. Molina, Estela Molina y Vedia, Carolina M. y Vedia de Ved'a, Josefina R. de Molina y Vedia. Atrás, parados: Miguel, y Enrique Molina y Vedia, René Bastianini, Julio Molina y Vedia, Agustín de Vedia, Adolfo Molina y Vedia, y Roberto Molina y Vedia.

como en lo que se refiere a la existencia de Dios, no está probado que exista ni está probado lo contrario.

Me inclino, sin embargo a creer que en la muerte concluye todo para cada uno de nosotros al sucumbir, sin reencarnaciones como quieren algunos, sin más allá, en fin. Sólo los hijos, y los

hijos de nuestros hijos, pueden prolongar algo así como una sombra de lo que fuimos a nuestro paso por el mundo.

Muchas veces lo he experimentado, y en grado muy hondo recientemente al ver pasar una cinta cinematográfica sacada en la quinta de la calle Cabildo, una de las últimas residencias de los míos. Mi padre sonreía bonachonamente jugando al chinois, y me ví en él. Mi madre con gesto enérgico dirigía la distribución del té junto a los nietos, y me ví también en ella. De ella heredé su tendencia ascética, su amor al pueblo y su carácter expeditivo y animoso, así como su profundo amor a la naturaleza. Ellos eran ya sombras hundidas en el reino de la muerte y yo otra sombra crepuscular en camino de la nada, pero sus vidas renacían en mi corazón, y quizás me dije, así renaceré después de muerta en el corazón de mis hijos, y estos a su vez en los suyos, en cadena infinita.

Contemplando esta cinta medí hasta qué punto la misma sangre ata a los seres, y cómo la vida del cuerpo pesa en la sensación de supervivencia.

Del espíritu, de la obra, ¿qué quedará?...

"La canción" de Cristina Rossetti que tan admirablemente tradujo del inglés Enrique Diez Canedo, y que hubiera escrito yo misma de tal modo concuerda con mis sentimientos:

Si muero, canciones tristes
no cantes amado mío,
ni sobre mi tumba plantes
rosas o ciprés sombrío.

Cúbrame yerba de lluvias
y rocío humedecida
y tú, si quieres recuerda,
si quieres olvida.

Yo no sentiré la lluvia
ni la sombra he de gozar
ni al ruseñor, que parece dolorido
oiré cantar.

En la penumbra, sin alba ni ocaso
yo soñaré. Y allí, recordaré
acaso...
quizá olvidaré...

expresa repito, como lo expresaría yo misma mi actitud frente al más allá.

Jablich, un violinista amigo de mi familia interpretaba este trozo como un alarde de indiferencia, cuando es precisamente todo lo contrario.

El sobrentendido que encierra tan melancólico poema quizás no esté al alcance de la inmensa mayoría de los hombres. Sólo así se explica que un artista, que un músico no lo comprenda, y máxime tratándose de uno de esos raros artistas que no se preocupan por llegar, (el traqueteado "llegar"). que así entendía el arte ese músico, como una lucha sin fin.

—Lo que yo quiero es estudiar, —le oí decir muchas veces— luchar... ¡Y cosa extraña! no comprendió a Cristina Rossetti.

Volviendo a aquel espíritu hondo y a la vez leve como un suspiro, en otro delicado poema que comienza:

"Después de muerta volví a la casa familiar...

expresa de tal modo sentimientos míos y de mi madre, (la que no escribió nunca aunque pudo hacerlo con maestría), que no puede darse mayor identidad, es lo más mío que yo haya hallado fuera de mí, en una mujer de sangre latina sí, pero que vivió entre las nieblas de Londres, y que escribió en inglés. Jean Cassou que conoció mis poesías, me comparaba a Marceline Desbordes Valmore, pero yo me encuentro más parecida a esta otra mujer, aunque todas las mujeres nos parezcamos más unas a las otras, que se parecen los hombres entre sí. Rasgo que atribuyo a que en punto a la manera de sentir el amor, somos esencialmente monógamas. El amor es de carácter más absoluto y exclusivo, tiñe más totalmente esperanzas, anhelos, propósitos de todo orden. La mujer quiere más totalmente, y como el amor y la muerte forman los polos de la poesía, la circunstancia de que el primero sea (aún en las mujeres que aparentan otra cosa),

del tipo señalado, acarrea como lógica consecuencia la similitud apuntada.

Unamuno, que además de ser poeta y hombre de vasta cultura comprendía a nuestro sexo con rarísima profundidad, solía decir que todas las mujeres tienen algo de Santa Teresa.

Le oí contar en cierta ocasión que la Condesa de Pardo Bazán se asombraba muchísimo de los tipos de mujer que él creaba, y que le preguntó verdaderamente intrigada y admirada:

—¿De dónde saca Vd. esas mujeres? tan reales, ¿y tan tuyas a la vez?

A lo que él le contestó que las sacaba de la realidad de observarlas, y que por eso y no por otra cosa eran tuyas. No porque no fueran reales sino precisamente por serlo.

El misticismo, (como la tendencia a la finalidad, al que suele ir acoplado) nos acerca en efecto a todas, latinas, asiáticas, sajonas, y de cualquier raza o religión. Y así se explica que leyendo la obra de una mujer surjan los recuerdos de ésta o aquélla, de muchas en fin, y las comparaciones se establezcan. Ateniéndome a lo que cae bajo los ojos al azar de las horas.

En las "Selecciones del Reader's Digest" de junio de 1942 por ejemplo: Mary Ellen Chase, una norteamericana, publica: "Si quieres encontrarte, busca la soledad". Pienso al leerlo que yo misma hubiera hablado así, con las mismas reflexiones, con idéntico apego a la soledad, con la misma sencillez e idéntico estilo. Su amor a la naturaleza, hasta lo que dice respecto a releer lo que ya se ha leído, todo en ella, me suena a cosa mía, y es una mujer a quien jamás ví ni probablemente conoceré nunca, una hermana del otro hemisferio, que tampoco sabrá nada de mí.

El amor a la naturaleza en sus formas intensas, acendradas, es hijo también del misticismo, como que representa la aptitud de volcar nuestro yo en el universo, y aunque por lo general no se presente con el carácter angustioso, trágico con que anida en los apasionados, y sí por el contrario a lo sumo melancólico como un deleite más o recompensa en nuestra ruta a través de la vida, es originado por el apetito de eternidad con que buscamos unirnos a los seres y las cosas que nos rodean.

VIAJES AL PARAGUAY

Mi padre realizaba negocios en el Paraguay desde su juventud. Precisamente allí conoció a mi madre, radicada ocasionalmente con su familia por la circunstancia de que el General Don Julio de Vedia, ministro argentino en Asunción, llevó a los suyos después de la guerra con el Paraguay.

Todos los inviernos se ausentaba por 3 ó 4 meses, pero como el alejamiento le pesaba muchísimo concluyó por arreglarse para que fuésemos con él.

En los primeros tiempos cuando volvía solo, se producía en la casa gran revuelo. Me parece verlo en aquellos días de vuelta del Paraguay. Era de cuerpo menudo, de trato afable y sereno, mas al llegar perdía su natural compostura. Entraba corriendo como un niño, y con alegría desbordante nos abrazaba uno por uno. Después se instalaba a tomar mate (al que siempre fué muy aficionado).

En su escritorio, hacía desatar bu'tos que incitaban nuestra curiosidad, algún cuero de tigre o de boa, cazados en San Rafael, bolsas de naranja y mandioca, tercios de yerba, papaina, caña de la región o algún nacurutú o coatí vivos, y por una temporada todos revivíamos sus andanzas y aventuras, magnificadas por nuestra imaginación infantil, ante los relatos en medio de aquella naturaleza tropical, y de las picadas maravillosas que aún no conocíamos.

Mi hermana menor Celina casada con Juan Facundo Quiroga, biznieto del famoso caudillo, intendente de San Pedro hoy, y madre de tres jóvenes en todo sentido encantadores, padeció de niña una enfermedad grave, un reumatismo infeccioso que le ocasionaba dolores tremendos. La preocupación produjo a mi padre una enfermedad. Como ya había perdido dos hijos Octavio y Emilio, uno de meningitis y el otro de difteria, se aterrorizaba

de tal modo ante las enfermedades nuestras que le salían flemones, y tenía que guardar cama.

Otra enfermedad mía estando él afuera, imposibilitado de volver a causa de una huelga portuaria, y con un telegrama que por consejo del médico se le remitió (hecho que nunca pudo olvidar ni perdonar), contribuyó a decidirlo a llevarnos con él.

A los 11 años fuí por vez primera al Paraguay, y hasta entonces, salvo incursiones dentro de la provincia de Bs. As., a San Pedro o Arrecifes, en mi primera infancia, yo no había salido de la capital y de Belgrano, de modo que el primer viaje a bordo del "Río Gualeguay" (que así se llamaba la embarcación) fué memorable.

Tratábase de un vapor de carga, más que de pasajeros.

Su capitán, don Manuel Cabodevila, que de práctico pasó a propietario, era un hombre recio, de ojos oblicuos, bigote hirsuto y espesísimo, casi analfabeto, que reía fácilmente a carcajadas y que le llamaba a mi madre "la patrona". Áspero y a la vez bonachón se lo pasaba inquiriendo nuestros deseos, ansiando complacernos, y la única cosa que no aguantaba era que le dieran conversación cuando sondeaba algún mal paso de los que abundan en el Paraná. Los curiosos que se reunían en los puertos pensaban que éramos los dueños del vapor. Y como dueños en efecto nos comportábamos. Uno que otro pasajero, a veces ninguno más que nosotros y la tripulación.

Si le hubiésemos pedido al capitán quedarnos en cualquier puerto más de lo que él necesitaba para la carga y descarga del campechano hogar flotante nos hubiera complacido. Vivíamos en la gloria viendo desfilar las pintorescas orillas de Entre Ríos, Corrientes, el Chaco y el Paraguay, amenizadas por la presencia de yacarés, garzas, patos y otras aves, que tenían preferencia por las costas bajas de la provincia de Santa Fe, más allá de la barranca de Obligado y las proximidades de Rosario, de vegetación frondosa y orillas anegadizas.

Otras veces nos divertíamos viendo comer a la tripulación, el vino lo tomaban con botas desde una distancia de 20 ó 30 ctms. abarajando el chorro con habilidad perfecta, el vidrio de

que estaban hechas las botas era de color verde nilo pálido, y con el largo pico que suele usarse en aceiteras. A juzgar por las expresiones de los marineros aquella forma de ingerir el vino debía ser sabrosísima, (aunque a nosotros nos pareciera poco práctica), pues demostraban profundo deleite y no les preocupaba lo más mínimo el cómico aspecto de mantener la boca abierta con la mandíbula inferior adelantándose para mejor recibir el chorro amatista.

En Asunción nos deteníamos el tiempo necesario para la descarga que a veces duraba un día o dos y desembarcábamos en Concepción que entonces era Villa y hoy Ciudad. Allí el comercio de yerba que era muy intenso, (por recibir en tránsito la proveniente del Brasil), prestaba animación al puerto y en general a la población, pacífica y pintoresca en sus costumbres y en sus gentes.

Las mujeres ofrecen ñanduty, mates y bombillas de plata, telas tejidas a mano, hamacas típicas de la región a los pasajeros, y frutas diversas; naranjas, bananas, aguay, licores como la papaina que se fabrica con el mamón, y dulces de toda clase. Son excelentes cocineras y reposteras, poseen conocimientos intuitivos o recibidos por la tradición popular, variadísimos, y precisamente por recordar uno de ellos pude librarme cierta vez de una honda preocupación. Durante una temporada padecí de fuertes y molestísimos dolores en las manos, más propiamente hablando de los huesos de las manos, hasta que un buen día recordé que en el Paraguay (y de esto hacía muchos años, 20 ó 30), una mujer del pueblo me había dicho que pasando las manos del agua caliente a la fría, (cosa que por precipitación yo solía hacer), se producían dolores.

—Mire niña que le van a doler las manos —me había advertido.

La memoria tiene de esos misterios inextricables. Pasó mucho tiempo sin que recordara sus palabras, y yo devanándome los sesos por hallar la causa de mis dolores, y de pronto se me hizo la luz y volví a oirlas.

Evité el paso del agua fría a la caliente o vice-versa y los dolores desaparecieron como por ensalmo.

Al caer la tarde los indios de la tribu lenguas semidesnudos volvían al Chaco en canoas que no eran más que simples troncos

ahuecados, generalmente muy angostas, y que manejaban con palas. En la Villa se les permitía buscar trabajo y también consumir alcohol y emborracharse pero no se les permitía pasar la noche. Recuerdo nítidamente la expresión de estos seres extraños al encaminarse a la otra orilla. La inquietud demostrada en Concepción donde debían defenderse de explotaciones, desaparecía para dar lugar a un aire de satisfacción y de paz profundísimas, sólo comparable a la de quienes tras la bata-



A los 18 años.

lla vuelven al hogar dulce y confortable.

¡Pero qué hogares aguardaban a aquellas miserables criaturas!

Cerca de Corumbá, puerto brasileño del alto Paraguay, los vimos en plena vida salvaje cuando en el mismo vapor "Río Gualeguay" nos internamos por un riacho afluente del mismo, por el que íbamos punto menos que tocando las orillas, y ante el asombro de ellos que nos miraban con sus ojos, depilados, pestañas y cejas, (esto es condición estética imprescindible), las caras pintadas a lo tigre con rayas horizontales, y el cuerpo tatuado horriblemente.

Su escasez de ropa en el clima del norte paraguayo no tenía nada de particular en primavera o verano, por más que las noches suelen ser frescas, pero en los meses de invierno, pensaba una que debían padecer frío, y privaciones de alimento. Porque

la caza se esconde con el mal tiempo. Recuerdo que en una exposición patagónica que se realizó hace años, vinieron indios onas como número de atracción. Un visitante les preguntó: —¿Cómo era que no tenían frío?

—¿Vd. tiene frío en la cara? —le respondieron—. Para el indio todo es cara.

Más breve y más claramente no se podía explicar el punto.

Dominando el desconcierto que produce la falta absoluta de pestañas y cejas, y aquellas extrañísimas pinturas verdes o rojas, de medio a un centímetro de ancho conversé una vez con uno que no me dijo más que esto: :

—Un indio mata a un toba... un indio mata a un toba... un indio mata a un toba... y así siguió.

Alguien me explicó que los "tobas" eran enemigos mortales de los "lenguas" estos últimos menos guerreros que aquellos, y que hablaba así porque no sabía contar de otro modo. Diez veces la frase eran diez tobas. Cien, cien. De modo que si hubieran sido mil, mil veces habría repetido lo mismo.

Por suerte me sacaron a poco de allí indicándome que no convenía conversar con los indios. A mí me inspiraban temor y extrañeza que traté de vencer por penetrar en la maraña inextricable del alma indígena.

Aunque bien sabía yo, por el contacto con Quintuay, lo imposible de la empresa.

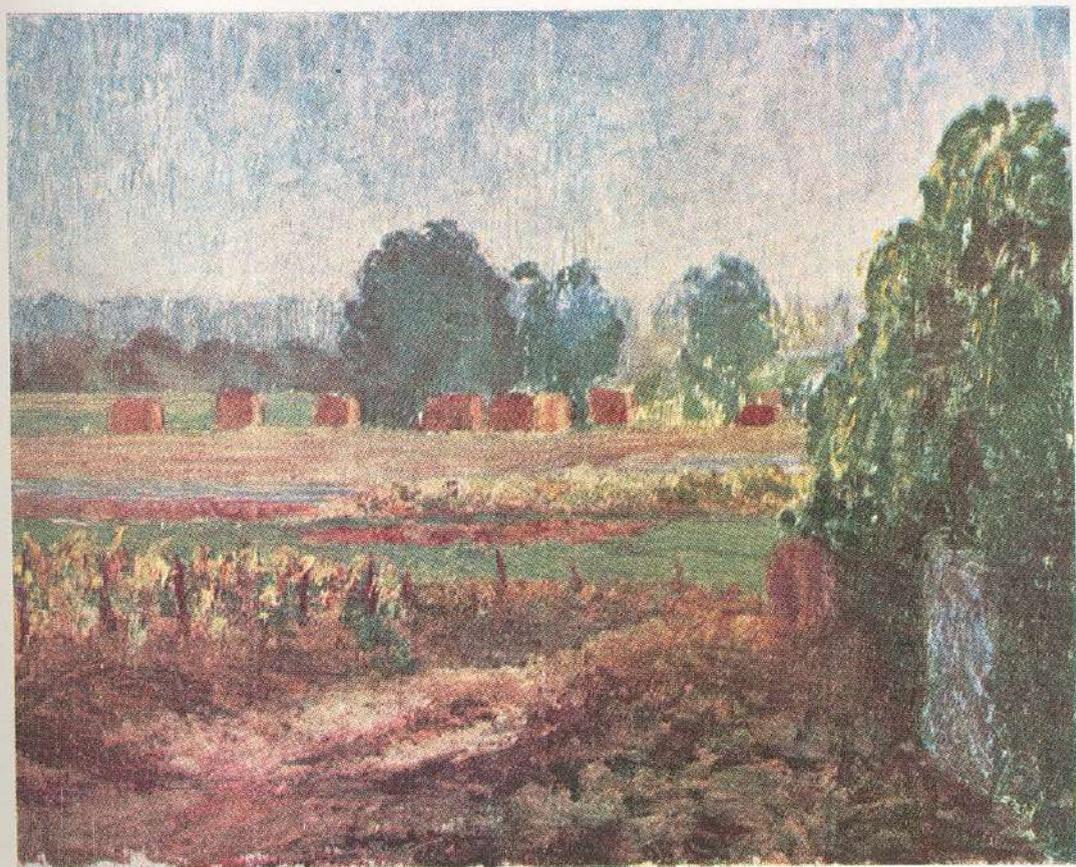
El indio no abre su alma. Esta es tan insobornable como misteriosa.

Quintuay, no sólo no se acercó jamás a ellos, sus hermanos de sangre, sino que rehuía su presencia fingiendo ignorarlos.

La situación de la pobre mujer me inspiraba profunda curiosidad.

En cierta ocasión ví un relámpago de vergüenza y como de rebeldía en sus ojos. No quería ser lo que era, india civilizada, pero araucana por los cuatro costados.

Demás está decir que ni yo ni ninguno de la familia, le recordamos en ningún momento su origen, al contrario todos nos



"PAISAJE DE VILLA KLEIN"

conducíamos como si ella fuese blanca pura, respetando sus sentimientos, (como que el origen lo teníamos totalmente olvidado).

EN LA "PICADA CURUZU ISABEL"

A poco de salir en dirección noreste de Concepción (cuyos alrededores, como gran parte del territorio paraguayo presenta el aspecto de jardín a causa del color de la tierra como de granza, aunque más hermoso pues es tirando a rojo púrpura), se entra en la "Picada de Curuzú Isabel", nombre que debe a una capillita en la que sólo hay una cruz y junto a ella las humildes ofrendas de los viajeros supersticiosos, velas encendidas, piedras raras, alguna corbata de clarín con puntillas puesta en la cruz como si esta fuese el cuello de un ser humano, y a modo de candelabros míseras botellas chorreando estearina o sebo.

La leyenda de aquella tumba refiere que Isabel era una joven paraguaya dueña de poderes sobrehumanos entre los cuales el de hacer llover introduciendo en el agua sus pies, y que murió a edad temprana pero famosísima en la comarca, por sus milagros, que eran muchos, además del de provocar la lluvia por método tan simple.

Siempre que pasábamos por allí, nos deteníamos a contemplar la cruz perennemente rodeada de velas encendidas, dentro de una pieza construída de material con intención de recordar las capillas más minúsculas de la devoción cristiana.

Ninguna persona la cuidaba con cargo especial de hacerlo, pero todos los que pasaban, en una u otra forma, se encargaban de mantener el culto a la memoria de la santa paraguaya, limpiando el recinto o encendiendo nuevas velas, (si algún cabo quedaba ya en las últimas), pues existía un buen acopio de ellas que todos respetaban.

Ocurrió un hecho muy extraordinario a raíz de que mi hermano Adolfo apagara, por balandronear de incrédulo, algunas velas, soplándolas.

—Hacés mal —le dije, tratando de evitar la inútil demostración de valentía frente a aquel misterio.

—No creo, —me contestó—, ...son pavadas de ignorantes.

Me disgustó el hecho. Seguimos viaje. Ibamos a caballo él y yo, con mi padre. Quintuay, Celina, Miguel, mi madre y Carolina iban en el breack.

El mayordomo y unos peones de San Rafael arriaban la tropilla de animales para reponer a los que tiraban que eran cuatro, dos laderos montados por peones.

A poco de salir de la "Picada" oigo un grito en guaraní.

Me doy vuelta y veo volcarse el coche que era muy alto, y caer a todos sus ocupantes en medio de gritos de terror.

Produjo el accidente una desigualdad al parecer insignificante. Repuestos del susto todos miraron con natural curiosidad la causa de la caída y todos convinieron en que no se explicaba satisfactoriamente lo ocurrido pues obstáculos mucho más serios se habían salvado sin dificultad.

El golpe, que fué muy fuerte, lastimó a algunos y a todos los dejó molidos, aunque no hubo que lamentar víctimas graves. Los barrotes que sostenían el toldo se rompieron y hubo que seguir bajo el sol ardiente la marcha.

A la hora del almuerzo, se detuvo la caravana en uno de los escasísimos ranchos del camino, pero Adolfo no aparecía por ninguna parte.

La inquietud de mis padres y de todos fué en aumento, cuando las horas pasaban y no llegaba. Imposible era seguir adelante sin esperarlo. Los peones por distintos senderos, mi padre y yo nos lanzamos en su busca, en distintas direcciones.

Yo me puse a galopar por un camino semi-sombreado de guayabas y jacarandáes, gritando a todo pulmón ¡Adolfo! ¡Adolfo! La soledad era impresionante... sólo el fru-fru de algunos lagartos o aves entre las matas, que en el silencio sonaban como la amenaza de una emboscada.

Recordé los jaguares, y los chanchos del monte que en manadas son peligrosísimos y atacan al hombre como las fieras más temibles. No menos de dos leguas seguí sola, parándome por instantes para dar un resuello al animal y gritar el nombre de mi hermano, sin oír la ansiada respuesta.

Empezaba a caer la tarde cuando me reuní a los míos.

Después de horas de inquietud horrible fué hallado mi pobre hermano, por uno de los peones, loco de miedo en un naranjal en el que se detuvo a juntar las apetitosas frutas. Luego refirió que llena la blusa de naranjas, y caminando con extrema dificultad pues se enterraba en la arena hasta las rodillas, cada vez que se acercaba al caballo éste se alejaba como proponiéndose un burla, hasta que por fin tras varias tentativas para acercarse se escapó dejándolo sólo en aquellas tierras deshabitadas. La experiencia fué tan fuerte, y tal el susto que pasó que me dijo estas palabras con gran seriedad:

—Ahora creo en Isabel.

Aquel día quedó grabado en la memoria de todos. El más castigado fué sin duda Adolfo que a punto estuvo de enloquecer de terror perdido en los montes del Paraguay donde los ranchos se hallaban separados por muchas leguas y donde abundaban víboras como la de la cruz, cascabel, ñacaniná y animales feroces como el yaguareté, o tigre americano, además de arañas e insectos ponzoñosos, en profusión.

Años después moriría a poco de casado, dejando dos hijos Amanda y Adolfo, el más dotado para el arte de toda mi familia y que años más tarde moriría muy joven trágicamente asesinado a traición en el Paraguay.

MI VOCACION LITERARIA

El rasgo común a casi todos los americanos de interesarse por la lengua, hallábase sumamente marcado en mi familia, donde además hubo algunos escritores.

Así mi padre fué un filólogo en ciernes, que se malogró por exigencias económicas. Conocía muchos refranes y sentencias, y todo lo atinente al idioma le interesaba en extremo. Aunque sin ánimo purista, acostumbraba a leer el Diccionario de la Real Academia Española. Recitaba poesías de Quevedo de memoria. Pero fuera de la lectura, (seguramente a causa de sus preocupaciones, que en algunos años se agravaron con la de concejal, en los tiempos en que el cargo era honorífico), no se dedicó a las letras.

Sin embargo, pocas veces vi ejemplo de amor más acendrado por lo que de una u otra manera se relacionara con el idioma, y de natural sentido del mismo.

Afición que yo heredé.

Esto hizo que la lectura de los clásicos cobrara para mí especial atractivo por la circunstancia de que a menudo diera con trozos que ya conocía, y que por eso saboreaba mejor.

Nadie ignora el importante papel que juega la repetición de impresiones, el hábito reiterado, en cuanto a justipreciar las obras de arte, como que es algo fundamentalísimo en la formación del gusto individual y público, y a lo que se debe la discriminación de valores que luego la tradición se encarga de sedimentar.

Mi madre, mujer de talento y de mucho carácter, escribió en los últimos años, y por consejo mío algunas impresiones de "La Manuelita", (pequeña chacra de Villa Klein) y un cuento inspirado en asunto hogareño; las gallinas y el gran amor que por ellas experimentaba doña Ema S. de Vedia, su amiga y huésped. Distingúase como mi abuelo materno, por su fina sensibilidad frente a la naturaleza.

Ya entrada en años y cargada de achaques le oí exclamar:

—¡Doy gracias al cielo de poder gozar de un día como éste!

Esa luz interior de los enamorados de las plantas, los árboles, el cielo, iluminaba sus facciones, con el inconfundible halo de placer y de ensimismamiento, que en muchas ocasiones ví brillar en sus ojos, ante el canto de una urraca, o la simple caricia del aire.

Recuerdo su regocijo el día en que a unas abejas se les antojó formar colmena sobre el banco donde ella se sentaba siempre. ¡Qué entusiasmada estaba!... Consiguió que el jardinero las emborrachase arrojándoles bocanadas de vino, (que él previamente juntaba con no muy perfecta honradez en su boca), para trasladarlas luego a un cajón convenientemente arreglado.

Siempre pensé que de haberse dedicado a escribir, lo hubiera hecho con el espíritu de Guillermo E. Hudson, ¡tan profundo era su amor a la naturaleza!... pero tuvo tantos hijos que las tareas del hogar devoraron su pobre vida, sin que ningún destello, salvo obras de caridad, quedase de tan sensible espíritu. "A mi madre que sabe de estas cosas", titulé una de mis primeras poesías donde describo la contemplación de una ratona en el Jardín de Plantas.

Mi abuela materna escribía cartas muy espirituales, a menudo en verso.

A una sobrina radicada en Montevideo que rompía sus relaciones a cada instante con su novio, un tal Gregorio Pérez, la última vez ya en forma definitiva, y que luego casi a raíz de anunciarle el rompimiento, le enviaba la participación de su enlace con el susodicho:

“¿Con que el que será tu esposo,
se llama Gregorio Pérez?... .

¡Con razón se asombra el mundo
de lo que son las mujeres!”... .

le escribía como único comentario de sus indecisiones.

Doy una muestra de su estilo, porque aunque era mujer de

escasa instrucción, como las de su tiempo, poseía gran talento natural, y sus cartas llenas de faltas de ortografía y de buen humor circulaban de mano en mano provocando comentarios risueños.

Entre otros antecedentes de antepasados recuerdo un libro antiguo: "El Centauro", escrito por Joaquín de Vedia que tuve en mis manos, y que más tarde alguien robó de la biblioteca de casa, (creo que hermano de Nicolás mi bisabuelo el que participó en las guerras de la independencia, acompañando a Belgrano y a San Martín en sus campañas). Este último cuñado del sacerdote Pérez autor de una importante obra de agronomía que al decir de entendidos estaba muy bien escrita.

María Elía de Vedia abnegada y virtuosísima mujer de esa rama posee un ejemplar de dicha obra.

Tíos, primos y hermanos han demostrado en mayor o menor medida aptitud para las letras.

—Vds. son como los Varela, que todos son inteligentes — me dijo cierta vez el doctor Olegario Machado, comentarista del Código, refiriéndose a las personas de mi familia, y particularmente a los Vedia.

POR EL APRENDIZAJE DE DIBUJO Y FRANCÉS EL PRIMER ESTIMULO

Desde muy niña me interesó la lectura, la música, y todo lo que trasuntase categoría espiritual. Pero fué mi primer maestra de dibujo, (entre los 9 y 11 años), quien por primera vez descubrió mi aptitud para las letras en una composición en francés. Me miró de una manera tan singular que la escena se me quedó grabada en la memoria.

—Vd. tiene alma de poeta, — me dijo al tiempo que me contemplaba con asombro y simpatía, como si al descubrirme no concluyera su exploración psicológica, deleitándose en demostrarla.

Tratábase de impresiones desde el mirador, donde solía entrar en transportes místicos de comunión con la naturaleza, contemplando el río con su horizonte oceánico, los sauzales de la costa, y el esparvero de la torre vecina, que durante años per-

maneció en el mismo sitio oteando con ojo avizor el paisaje, que a los dos nos hermanaba en idéntica plenitud de goce cósmico.

Le debo a aquella excelente mujer, aunque nada excelente profesora de dibujo, la satisfacción del primer elogio a mi capacidad literaria, el que tuvo gran influencia en mi vida pues súbitamente a'umbró mi espíritu con luz reveladora.

Aunque para el dibujo, que era lo que tenía que enseñarme, más bien me obstaculizó que me ayudó, para la literatura le debo el primer estímulo. Nos hacía copiar estampas. ¡Y qué estampas! No sé verdaderamente dónde hallaba modelos tan estúpidos y horros de todo interés. Por ejemplo: una vaca de perfil que ocupaba casi toda la lámina, (a fin sin duda de que se le pudieran contar los pelos al animal, en medio de pastos convencionales que ni por el tamaño, ni el paisaje pertenecían a ningún sitio de la tierra, ni mucho menos a ningún país de ensueño).

Cuando recuerdo aquellas lecciones, me admiro de haber conservado incólume mi profunda afición a la pintura.

Como cuando recuerdo las canciones escolares insípidas, o descabelladas, me asombro de no haber perdido irremediablemente mi amor a la música, y al canto en particular. Tan rematadamente mal fueron dirigidos mis primeros pasos, que la absoluta pérdida del gusto era lo menos que podía acontecerme.

Sin embargo, no puedo olvidar que el estímulo que no se produjo en un sentido se manifestó, sí en otro, y muy poderosamente.

Desde muy niña, y en gran parte alentada por el elogio de esta profesora, empecé a escribir impresiones, diarios desordenados que extraviaba o abandonaba con disgusto a veces por lo que ya no me parecía sincero, y que volvía a empezar para que siguieran el mismo destino.

Mi vocación literaria, (no una de tantas como tuve, y sí una de las más potentes), era algo muy instintivo en mí, y de un carácter en extremo desinteresado.

Mezclábase a ella la necesidad de un confidente, hombre o mujer. La necesidad de comprensión, de marchar junto a otro ser que siguiese el mismo derrotero. Soñaba con destruir la in-

justicia social. Era un deseo vehemente, apasionadísimo y a la vez consciente de su propia impotencia. Mi romanticismo florecía sobre un légamo de dudas, peor aún, de certidumbre opuesta a mis fantasías. Era una sed extraña y trágica, que me tuvo al borde del suicidio.

Ansiaba, lo que sabía de toda certeza, que era imposible de alcanzar, un mundo en el que prevaleciera el espíritu, la razón, la belleza y la verdad sobre la fuerza bruta, en que todos los hombres fuesen hermanos, un mundo sin envidias ni mezquindades, que reconociera a los mejores y los respetara y venerase con noble emulación, y donde los sabios y artistas gozaran del solícito interés de los gobernantes, hallando comodidad para sus creaciones, bienestar material, silencio, y en fin todo lo que favorece el trabajo creador.

Soñaba con una voluntad más fuerte que la mía que me sostuviera compartiendo mis ensueños de redención de la humanidad. Soñaba con ser santa.

Los años de la segunda infancia y de la juventud que transcurrieron en "El castillo" de Belgrano fueron los más densos de sensaciones y sentimientos contradictorios.

Sin duda alguna, la facultad de gozar es la misma que la facultad de sufrir, y mi alma fué en aque'la época un hervidero de impulsos refrenados, de anhelos fallidos, de angustias sin motivo aparente a veces; un rayo de luz que pasaba en el otoño soslayando los muebles, por dar un ejemplo, me inundaba de tal desolación que me ponía al borde del suicidio, pero en otros instantes una rosa salpicada de rocío, los perales en flor, el canto de las casuarinas, o el simple rozarme las mejillas del pampero, bastaba para que la belleza del mundo estremeciera hasta las más recónditas fibras de mi ser.

Si un instinto salvador no me hubiese hecho aceptar el grado de "Casto Munita", y después no me hubiese impulsado a seguir el bachillerato, y la Universidad, no sé que hubiera sido de mí, tal era la exacerbación de mis sentimientos y tanto el estrago que originaban mi disconformidad, mi neurastenia y mis tormentas emocionales.

Cuando al hacer el balance de lo realizado durante el día, por la noche, antes de dormirme según era mi costumbre, porque llegaron visitas o por causas inesperadas, no hallaba bien empleado el tiempo, mi conciencia entenebrecíase de reproches, y el disgusto y el desaliento me embargaban como si hubiese caído en pecados mortales.

APASIONADA TIBIEZA

Transcribo aquí algunos párrafos de "Delfíneas" que se refieren a esta época de gestación literaria, por previa gestación de anhelos orientadores, cuando mis escrúpulos de conciencia, por no trabajar más y con mejores resultados, me torturaban sin descanso.

"Constantemente atenaceada por el anhelo de alcanzar la máxima perfección, hallé por los años de mi juventud la fórmula que habría de servirme en adelante como moldeadora de mi carácter.

Fué cuando toda mi aspiración consistía en ser santa, y como fruto de cavilaciones místicas a propósito de aquellas palabras de San Agustín:

*"No por frío, ni por caliente
sino por tibio, yo te vomitaré de mi boca"*

a lo que vino a unirse la casual circunstancia de probar por entonces un plato exquisito; hecho con sustancias frías y calientes superpuestas en capas.

Esta fórmula es en síntesis la que paso a explicar:

El término medio no por alejamiento de los extremos, concepto que suele unirse a lo del "dorado término medio", no, pero sí por fusión de los extremos.

Lo que es por cierto muy otra cosa: en una palabra apasionada tibieza.

La luz y la sombra, el color y la línea, la forma y la idea, lo cálido y lo frío, el sentimiento y la razón, la acción

y la contemplación luchando los unos con los otros, y sin que pueda decirse quién vence a quién.

.....

Naturalmente que a esta fórmula —alcanzada mucho antes de doctorarme en química, dicho sea en son de chanza— llegué por instinto femenino, por ese sentido de la polaridad, por ese sentido de la fusión de contrarios, tan típico de la mujer. Y porque la tibieza del "dorado término medio" no se acordaba con el tono vehemente de mi alma.

.....

Contemplación y actividad, abandono en el sentido de darse por entero, y retraimiento, duda y fe, debilidad y valor, fúndense en mi espíritu en amalgama de contradictorios impulsos.

Y si se me preguntara por dar un ejemplo:

—¿Cómo es que pude trabajar tanto y ser tan contemplativa, como en efecto lo soy por naturaleza? ¿Cómo es que dando tan enorme precio al ocio, malbaraté mis horas en actividades frenéticas, gastándome en tareas que reputo insignificantes, y muchas veces del todo inútiles?

No sabría qué responder...

Lo que puedo decir para aclarar lo que callo, es que estas luchas no han de entenderse de cualquier modo. No luchan estos impulsos a brazo partido. No son luchas en el sentido áspero, violento, que esta palabra puede tener para un hombre. No.

Son de otra especie.

Contienen en sí mismas cierta compenetración de principios beligerantes como un tácito acuerdo indefinible.

No menos terribles y torcedoras que las del hombre, —según sospecho—, tienen otro carácter: son más cordiales, más desinteresadas, en lo que importe vanidad o apariencia, y sobre todo llevan consigo un dolor esperanzado, como el dolor de dar a luz un hijo.

Además de estas luchas, que podríamos llamar sagradas, conozco bastante las otras las comunes.

.....

Allí me refiero a las del trajín diario, las cotidianas como dueña de casa que conocen todas las mujeres, (y que por cierto no son menudas), las del profesorado, las que me trajo aparejadas la fundación de la S. A. D. E. L., y otras iniciativas en favor de la cultura y del bien público, con las consiguientes andanzas materiales, rozamientos ante la incomprensión, desilusiones y desvelos, en fin enorme suma de esfuerzos, muchos estériles, pero que en resumidas cuentas, dieron perfil y nervio a mis obras, porque no todo se pierde aunque así nos parezca a primera vista.

Desde muy niña sentí una gran atracción por la poesía.

Libros de cuentos, y hasta "Simón el Bobito" me gustaban más que los juguetes, o muñecas.

Escribí los primeros versos en el Paraguay, en uno de los primeros viajes que hiciera allí con mi familia.

Experimenté un verdadero deslumbramiento frente a un lago escondido en el bosque próximo al Aquidabán, río del norte de la región que nos obligó a esperar una bajante para cruzarlo, en el paso "Del mosquito", traducción del nombre guaraní que conozco de oídas, pero no sé como se escribe.

¡Qué soledad tan honda!...

Tuve que atravesar un puente formado por un simple tronco, y cuya baranda de un solo lado, estaba constituida por lianas convenientemente suspendidas de los árboles. Detrás del pequeño islote estaba el lago maravilloso, con una garza en la orilla. Me quedé absorta de emoción ante aquella íntima calma de la naturaleza virgen, sombreadas las minúsculas sendas por árboles dantescos, que esmaltaban grandes mariposas de azul cobalto, en una sinfonía de colores verdinegros tan deleitosa, que cortaba el respiro. Gigantescas tacuaras, con aspecto de helechos antidiluvianos, divisábanse en las orillas.

No sé si contribuye a que lo tenga en la memoria nítidamente, el hecho de haberlo descripto cuando apenas contaba 12

años, pero la impresión fué profunda e imperecedera. En mi candoroso ensayo, describía, el vuelo de la garza rozando el agua. "Lago perdido en el bosque" era el título, y a la vez el primer verso con que empezaba.

A este primer ensayo siguió otro donde refiero impresiones cotidianas experimentadas en el jardín de Belgrano, bajo el sauce que tan profundamente estuvo atado a mi vida, sombreando la gruta, junto a los bancos rodeados de lirios en los que pasé tantas horas inolvidables.

De sus largas ramas podía una asirse como de una mano amiga para subir la rústica escalera bordeada de helechos que conducía a la terraza, y donde a veces florecían misteriosas flores de cactus tan efímeras como espléndidas, semejantes a azucenas anchísimas y abiertas, de pétalos tenues y de perfume exquisito, las que duraban sólo algunas horas.

El dulce objeto de mi predilección, volcaba su sombra murmurante sobre mi cabeza y a los costados, rodeándome de una cortina que a la vez que me aislaba del contorno me volvía más suya. Me brindaba así un ámbito delicioso dentro de un aislamiento tan suave y profundo, que cuando me arrancaban de mis éxtasis, llamándome desde la casa, el mundo exterior me hería como un hecho insólito.

Experimentaba la sensación de llegar desde muy lejos, de regiones remotísimas a los sitios familiares, las personas tornábanse extrañas.

Todo me sobrecogía en ese fluir de sombras chinescas en el que los demás y yo a un tiempo nos trocábamos en fantasmas.

Los que no han probado la calidad de aislamiento que yo entonces probé en el seno de aquel árbol querido, desconocen el encanto de la abstracción, que por paradójico misterio se acrece ante los breves resquicios que abre alguna ráfaga de viento.

Con ser la soledad de una celda cerrada a cal y canto, muy útil y grata no puede compararse a la que me proporcionó la verde cortina de mi fiel compañero, al que dediqué uno de mis primeros ensayos.

Por su brevedad y por lo que pasará a relatar me permito in-

cluirlo aquí como ilustración, no sin antes referir que fué traducido al alemán y publicado por Lemahn Nietzsche profesor de la Facultad de Filosofía, y a pesar de su escasa trascendencia en el Deutches La Plata Zeintung de esta capital.

EL SAUCE

En medio del jardín, sus ramas penden
graciosamente lánguidas al suelo
los largos flecos,
en cuyos diminutos cascabeles,
una cadencia leve
modula el viento.

A la sombra violácea de sus ramas,
cuando lo inunda el sol de rayos tibios,
el cielo miro
a través de sus hojas encrespadas,
y siento que su alma vive conmigo,

y penetra en la mía, y me derrama
sus efluvios serenamente límpidos,
graves y místicos,
como un don de pristinas (*) esperanzas,
como agua que llenara
vaso purísimo.

Un hecho que recuerdo a raíz de mi humilde creación fué que al recitárselo a mi sobrina Alicia pidiéndole su juicio, (ella que contaba pocos años) con tono de excusa, tapándose la boca saltó con estas excéntricas palabras:

—Esperate un poco, que no me puedo reír porque tengo los labios papados...

(*) La palabra pristinas está usada con acento grave como la empleó Lugones y como la emplean muchos argentinos, aunque en España úsase más como esdrújula.

Como yo le manifestara mi asombro se apresuró a distraerme añadiendo:

—Es verdad que el sauce está en el medio del jardín. En el mismo medio... —insistió.

¿Por qué razón se le antojaba a ella que tenía que reírse no lo supe nunca, quizás se tratara de una sonrisa cordial? Pero el incidente se me gravó por lo cómico del juicio, y lo inesperado.

Tuve la suerte de vivir los años de niñez y mocedad en una época en que no había cine ni radio, de modo que la lectura y el estudio alternado con la contemplación de la naturaleza, (a lo que era muy dada por temperamento), facilitaban el asentarse de mis ideas y sentimientos. La felicidad de habitar una especie de minúsculo paraíso, que esto era "El castillo" me dejó un sedimento de optimismo singular.

*"¿Si la sal de la infancia, pierde el hombre
quién se la salará?"*

Sólo que mi sal no estuvo en la primera infancia, y sí en los años transcurridos en aquella mansión querida, de Belgrano.

Mi iniciación literaria fué más de almacenamiento de sensaciones y de ejercicio contemplativo que de acción. Gustaba, también por temperamento, más revivir lo ya experimentado que renovar mi acervo interior. Leía y releía los libros que me gustaban, Lamartine, Victor Hugo, Racine, que saboreaba en francés; de autores españoles Larra con su "Macías el enamorado", Calderón, Lope de Vega, Zorrilla, y de los americanos preferentemente poesía, Rubén Darío, José Asunción Silva, Santos Chocano, Gutiérrez Nájera; en prosa "Amalia" de José Mármol, "María" de Jorge Isaacs, que me hacía llorar a mares.

Entre las traducidas las obras de R. W. Emerson, (libros de cabecera hasta los 22 ó 24 años): de Edgard A. Poe cuyo "Cuervo" me deleitaba, y otras que fuera largo enumerar.

Una hija de Marcos Sastre, compañera de Colegio, vecina además, renovaba mis lecturas facilitándome, cuentos de Guy de Maupassant, (que me interesaron sobre manera); "La tumba de

hierro"; "El último abencerraje"; (novelas de Julio Verne y de Dumas que no releía pues estas últimas me agradaban poco), en fin innumerables obras de la gran biblioteca de su padre, que yo visité algunas veces en su casa patriarcal de junto a la vía del tren, donde se criaban patos y toda clase de aves domésticas, y donde ví por primera vez colmenares en plena actividad.

Imposible sería enumerar a todos los autores que leí entre los 12 y 20 años, tal fué el cúmulo de mis lecturas, pero los que dejaron mayor huella en mi ánimo fueron Emerson, Rubén Darío, y Unamuno, éste último ya más entrada en el medio de mi vida.

El primero y el último influyeron profundamente en la formación de mi carácter.

Mi vocación literaria, que llamo así por no hallar nombre más simpático y exacto, ya que más bien se trataba de vocación emocional y contemplativa, vocación de ampliar mis horizontes y con él mi propia existencia, vocación de humanidad en fin, ha sacado provecho de mis incipientes ensayos facilitándome la evocación de estos recuerdos.

La memoria se educa rememorando. Y ahora, yo misma me asombro del ingente cúmulo de escenas, paisajes, y seres, que estaban en mi subconciencia esperando una mirada de resurrección.

En viaje introspectivo a redrotiempo, conversaciones que durante años no volví a recordar surgen nítidas.

Una hora en Barracas en casa de la sirvienta donde unos flacos pollos picoteaban el piso de tierra, con leves montículos o me miraban con ojo inquisidor.

Hasta perfumes olvidados como el de la yerba mate amontonada en el puerto de Concepción, embargan mis sentidos. La vida va multiplicándose como la luz refractada en un purísimo brillante. Y me felicito por haberme decidido a volver los ojos hacia atrás, pues nunca como ahora palpo la realidad del pasado, y su hondo sentido de perpetuidad, fundiéndose en el presente y dilatándose en él al mismo tiempo que éste se aclara a su luz como una revelación maravillosa. Es la sensación de un florecimiento mágico e inesperado. No desciendo una cumbre sino que

por el contrario me e'evo hacia regiones donde todo es virginal, incontaminado, recién nacido.

"Sí, es verdad; más hermosas por la tarde
más al anochecer...
cuando se pone el sol sacan las cosas
a luz, esa pasión de luz en que arde
lo que va a perecer..."

dice Unamuno en una de sus Rimas, con esa hermandad de sentimiento y razón que tanto se da en él.

Le escribí al respecto. Es una ley física, también, que en electrodinámica se expresa así:

"Las corrientes inducidas tienen tal sentido que éste se opone al movimiento que les da origen".

Y que concretándola a la auto-inducción, nos dice que a la corriente que empieza o se refuerza, le corresponde una auto-inducción contraria, (y que por lo tanto tiende a disminuirla), y a la que se debilita o muere, una auto-inducción directa, (vale decir que tiende a acrecentarla).

Transcribiré lo que dije al respecto en mi obra "Delfíneas", pág. 119:

"No es que pretenda con esta comparación, (descubrimiento exclusivamente mío), que se viva más en la senectud. Lo que es evidentemente absurdo, (ya que los fenómenos de autoinducción, como los de la inducción en general, se acentúan o disminuyen según la intensidad dinámica de la corriente o de la vida misma con quien la comparamos, pero sí pretendo expresar un hecho real y concordante, y es que la actitud del ser humano se modifica.

Cambia de orientación, en otros términos.

La resistencia sistemática y la insinceridad propias del niño y del joven, trastruécanse en abandono, y amor a la luz y a la verdad en el hombre maduro.

Así se explica que mi alma al volcarse en estas memorias se sienta retemplada dejándose ir en alas del tiempo en viaje hacia la niñez y mocedad, en viaje hacia la luz y la sal de su vida, y que no sólo no se fatigue en la tarea de evocarlas sino que experimente un renuevo de energías, un milagroso reverdecimiento.

"esa pasión de luz en que arde
lo que va a perecer"...

COLABORACIONES

Ahora retomando el hilo de mis primeros ensayos, publiqué en el Suplemento de "La Nación", "Elogio del silencio" del cual me dijo el General Mitre (una de las mañanas que almorcé en su casa en la época de mis estudios universitarios), que por los sobrentendidos le impresionaba como de inspiración oriental, añadiendo que a él le agradaba mi estilo. Después en la misma "Nación", "En la playa de Eastbourne", "Reflexiones" diversas poesías, "Amor místico", "El castillo de Windsor": en "Caras y Caretas" diálogos varios y un cuento en "Plus Ultra" revista de lujo que editaba la misma. También en "El Hogar" y en "Atlántida", en "Nosotros" de la Ira. época, en algunas revistas desaparecidas como "Renacimiento", y en los últimos años hasta hoy en el boletín "Por nuestro idioma", (que fundé junto con la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos en el año 1935), artículos de carácter polémico sobre asuntos idiomáticos.

En "La Prensa" Comentarios a la "Encuesta de Correos y Telégrafos", "El idioma en la radiotelefonía" en 1939, y con fecha 15/1/42 sobre "La plaga del dequeísmo", que reproduje con fines de propaganda en el boletín "Por nuestro idioma". Sobre el mismo tema breves consideraciones en la Revista "Conducta" además de otro artículo sobre crítica teatral; esporádicamente en otros diarios y revistas algunos publicados por primera y única vez en el extranjero como el estudio de "Una rima de Unamuno".

Por los años 13 y 14 edité unos folletos de crítica del Salón

Anual de Artes plásticas con el pseudónimo de Juan de Adentro, y con ilustraciones.

El año 23 "Por Gracia de Amor", colección de poesías con ilustraciones de la pintora Cata Mórtola de Bianchi, y de mi marido.

El ejercicio de la enseñanza y los trabajos del hogar no me dejaron tiempo para escribir obras de aliento, salvo algunos artículos, y sólo 10 años después publiqué mi "Delfíneas", también colección de poesías, con notas referentes al español que se habla en la Argentina, y acotaciones ilustrativas diversas.

Mi sobrino Guillermo Molina y Vedia, arquitecto, que se distinguió en su profesión como otros hermanos suyos, se encargó de realizar la idea que le dí respecto a la tapa: un acueducto en la noche poblada de astros, lo que hizo con mucho acierto.

En general fué muy bien recibida mi obra. Roberto F. Giusti hizo de ella un comentario elogiosísimo en la Revista "Nosotros", llamándome mujer de talento, y destacando mi facultad de traducir impresiones en cualquier recodo del camino.

El doctor Rómulo Martini ex-profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, me la alabó calurosamente, diciéndome que "Cintra", y otras páginas eran dignas de figurar como modelos en cualquier antología. Y así otras personas.

El año 37 reuní en un pequeño tomo, "Cuestiones Lingüísticas de América", en su mayor parte colección de artículos publicados en "Por nuestro idioma", boletín de la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, y sin recomendaciones ni enjuagues de ninguna especie, (a los que jamás me he prestado), obtuve que fuese declarada una de las 5 mejores, comprendidos los premios en el concurso Municipal correspondiente a su año.

CONFERENCIAS

Si bien es cierto que con las conferencias que pronuncié sobre "La enseñanza del canto en las escuelas" en el Museo Sarmiento; "Rubén Darío", "Cómo ha de ser la mujer" y "El canto

popular", "Personalidad e impersonalidad" en el "Ateneo Hispano-Americano"; "Interpretación musical" en el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa", "Consideraciones sobre la técnica del canto" en la "Sociedad Nacional de Cantantes"; "El árbol", "Sarmiento" en la Escuela Normal N° 6, y otras muchas sobre asuntos idiomáticos, en la SADEL, en el "Teatro del Pueblo", y con los artículos y diálogos además de alguno que otro cuento, y (excluyendo a dos obritas muy malas, "Josefina" y "El libro gris" que publiqué cuando aun no tenía uso de razón), cierto es, repito, que tendría material para dos o tres volúmenes más aproximadamente, pero mi producción literaria es exigua y punto menos que nada si se tiene en cuenta mi aptitud.

REFLEXIONES AL MARGEN

La tarea pedagógica a razón de 4 horas diarias de clase, sumada al manejo del hogar, tres hijos, que tuvieron juntos tos convulsa; y otras enfermedades, por separado, los disgustos que acarrea la vida, la falta de estímulo por parte de mi marido, persona muy preparada y digna de respeto, pero que por incompatibilidades de carácter nunca halló bien nada de lo que yo hacía así se tratara del manejo de la casa, como de escribir o cantar.

(Hasta un terrenito que compré con mi dinero por 1 \$ el metro en la capital, próximo al parque Chacabuco, por la circunstancia de que no hubo interesados y el remate era judicial, le pareció mala compra, cuando valía por lo menos 6 u 8 veces más).

Para que habiéndola realizado yo, la operación le hubiese parecido plausible, debió ser ahora y por el mismo precio en la Avenida de Mayo.

Otro escollo gravísimo ha sido la falta de comodidad.

CASAS ESTRANGULADORAS DE IDEALES

Todas las casas que conozco están organizadas sobre la base de que no se efectúe en ellas obra creadora ninguna, fuera de tener familia, almorzar o comer y conversar a veces con algunos conocidos, pero la comodidad necesaria para escribir, pintar o

estudiar música, es decir independencia, silencio, tranquilidad, ni por asomo...

Si en mi mano tuviera yo algún poder edilicio, construiría barrios para artistas con casas más o menos confortables al estilo usual, pero que tuvieran en el centro de la manzana, celdas adecuadas para el estudio de la música convenientemente sordas, y bien provistas de instrumentos y bibliotecas.

Otras manzanas que en su interior constaran de grandes talleres para pintura o escultura en los pisos altos, y bibliotecas con escritorios, en los bajos para los escritores y teniendo en cuenta que estas actividades no se estorban las unas a las otras.

Rodearía esos recintos de jardines y árboles que la Municipalidad cuidaría por su cuenta, y establecería una reglamentación que permitiese aprovechar a los interesados de estas ventajas, pudiendo pasar de su casa habitación a las celdas o talleres, sin estorbar con sus estudios a las personas de la familia.

Sobre este tópico y la necesidad de intensificar la educación estética, conversé en la asociación "Cultural Femenina" no ha mucho, en un acto realizado en el "Museo Colonial".

¿Por qué razón han de existir barrios para obreros y no barrios para artistas, o escritores?

Con el mismo, pero con mejor espíritu que el que establece becas, debería llevarse a cabo la obra que propongo.

No es el momento de detallar todo lo que tengo pensado al respecto, pero mi idea es muy factible y no sólo no demanda erogaciones a la comuna, sino que puede realizarse sin mayores gastos, y hasta con utilidades.

Piénsese en los terribles problemas que comporta la afición a la música en varias personas de una misma familia, y lo mortificante que resulta para los que habitando una misma casa no pueden librarse de los consiguientes ejercicios.

Los propietarios de fincas y máxime si lo son de departamentos, no quieren alquilarlos a estudiantes de Conservatorio, y con razón, pues pierden los demás inquilinos.

Hasta por consideraciones de salud pública debería contemplarse el problema.

Yo conseguí muy tarde, ¡ay! y tras grandes luchas la comodidad de que ahora disfruto.

Mi dormitorio y taller en el fondo de la casa me pertenecen exclusivamente.

Si no tengo tiempo de arreglar mis cosas, quedan en desorden, sin que yo deba dar cuenta por ello a nadie.

Pero esta holgura y silencio, que contribuyeron a mejorar las relaciones familiares, y mis crisis neurasténicas, los obtuve, lo repito, tarde, demasiado tarde...

LA SALUD Y LAS TAREAS

Además de las consideraciones que anteceden, aunque aparento buena salud, y aunque ésta ha mejorado en vez de empeorar con los años, he pasado por largas temporadas en las que no podía trabajar intelectualmente a gusto.

Dolores en el brazo derecho casi constantes, y que me impedían sobre todo elevarlo para escribir en el pizarrón, (operación que siempre efectuaba con ímprobo esfuerzo), fosfaturia, trastornos en el habla, calofríos locales en el tórax que me despertaban y siguen despertándome de noche y al amanecer, y que son peores que cualquier dolor, pues ocasionan un malestar y desasosiego profundos.

Es como si la muerte empezara a tejerse en el interior del cuerpo, es una vibración helada que no se puede localizar, salvo en su carácter de irradiación hacia afuera.

—¿No se ha hecho ver? — Me preguntarán mis lectores, como me han preguntado los amigos cuando les he relatado mis "nanas".

Pero soy algo fatalista en materia de enfermedades, y sin perjuicio de haberme sometido a curas, creo que las enfermedades son como los problemas de gobierno, que, o no tienen solución o se resuelven por sí solas.

Me exp'ayo ahora para que se comprenda que el canto y la poesía, para los que se requiere buena disposición de espíritu, a pesar de haber sido mis dos más grandes vocaciones, no se

han cristalizado en obras como las que yo hubiera querido y hubiera podido realizar a no padecer tales escollos.

Otro muy pesado, además de la falta de salud, ha sido el rasgo de carácter que me dificulta el aislamiento. No he podido ser nunca lo suficientemente egoísta para desentenderme de los demás y abstraerme en mí con prescindencia de otros, y para colmo estos otros no se han limitado a las personas allegadas de mi familia sino que han abarcado innúmeros extraños.

He sufrido muchos desengaños en cuanto a la manera como se me han retribuido favores. Ingratitudes increíbles. Me he prodigado espiritualmente. Y como tanto me lo repetía Andrés Braly: *He distribuido a manos llenas margaritas a cerdos.*

El caso más notable de ingratitud es el de Juan Añen un joven español de tan hermosa voz como poco seso a quien le enseñé canto, diariamente durante años con absoluto desinterés, y que me pagó con la moneda más negra, haciendo que otros se aprovecharan de mi trabajo.

Comprendo perfectamente que mi obra literaria es ínfima si se compara con lo que pude realizar, y lo atribuyo a las circunstancias señaladas. El prodigarme a destajo me restó tiempo y lo que es peor disipó mis energías.

Ahora mismo, escribo y atiendo a un tiempo preguntas de la cocinera que explota mi debilidad, obligándome a que yo piense por ella, lo que debe hacer día a día, y vez a vez, alternando estas páginas, con citaciones telefónicas para las reuniones de la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos a la que concurro todos los miércoles de 17 a 19 y para cuyas reuniones hay que labrar actas, contestar correspondencia, tareas ya muy grandes últimamente recargadas con el cargo de secretaria de "Amigos del Museo". Además de dirigir el periódico "Por nuestro idioma", me ocupo personalmente del canje que es numerosísimo (orillando las 2.000 direcciones).

De mis tareas literarias la de periodista es la que me ha proporcionado la experiencia más ruda en cuanto a trabajo, pero también la más llena de satisfacciones.

En los primeros tiempos el boletín se creó sin dinero y salió por primera vez en octubre del año 35.

La propaganda que realicé dirigiéndome a las Escuelas Normales y colegios Secundarios de todo el país, me obligó a desprenderme de todo, hasta de la lectura de los diarios.

Mis hijos se afligían de verme a altas horas de la noche inclinada horas y horas en el agobiante trabajo de hacer paquetes de 10, 15 ó 20 ejemplares, que había que atar y que sólo para doblar en cuatro llevaban un tiempo enorme.

Luego las direcciones, las planillas para el Correo, y el envío a la sucursal de Belgrano.

No quiero dejar de consignar aquí la forma en todo sentido excepcional de los modestos y comprensivos empleados de esta sucursal 28, que me devolvían los números que por olvido iban sin dirección, y que no sólo no me obstaculizaban, sino que me facilitaban la pesadísima tarea, con atenciones verdaderamente emocionantes.

Al agradecerle al jefe en cierta oportunidad sus constantes muestras de interés se expresó así:

—Nosotros vemos que lo que Vd. hace, no es tarea comercial u ordinaria y consideramos un deber secundar sus propósitos.

Sencillas y comprensivas palabras que me complazco en reproducir fielmente.

El interés que despertó el boletín, "Por nuestro idioma", fué tan extraordinario que en pocos meses alcanzó más de tres mil suscriptores (*).

La revista "Nosotros" comentó su rápida difusión.

Y es que respondía a una necesidad; la de concluir con el mal entendido casticismo que consiste en hablar afectadamente, renunciando al verdadero casticismo que es hablar con la au-

(*) Debo dejar constancia aquí de que el impresor y ahora administrador de esta hoja Don Arturo R. Yungano, me secundó con ejemplar buena voluntad y desinterés, tratándome más como amiga que como cliente, soportando con gran estoicismo mis violentos enojos por sus atrasos circunstanciales a veces no imputables a fallas suyas, y quién además ha cuidado la impresión de esta obra con una dedicación tan por todo extremo minuciosa que verdaderamente obliga a mi gratitud.

téntica expresión del suelo en que se vive. (Demás está decirlo, sin que se trate de "gauchismo", ni de otra cosa que del habla lisa y corriente de los argentinos cultos).

POR QUE FUNDE LA SOCIEDAD ARGENTINA
DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS

Compenetrada del atraso, desgraciadamente enorme, en punto a orientación idiomática, pues desde años atrás el Consejo Nacional de Educación imparte normas erradas, como la pronunciación de la "ll" castellana castiza, que salvo excepciones ni los mismos españoles pronuncian, ya que lo más frecuente es el "yeísmo" nuestro, o el "ieísmo" cuyano o del interior, y cuando es conocido por los estudiosos que el paso de la "ll" a la "y" no puede detenerse por responder a leyes fonéticas incontratables, me decidí a luchar contra el error.

Como muy bien lo señala Max L. Wagner, el paso de la "ll" a la "y" es tan usual en las lenguas romances y en las no romances que bien pudo acontecer en América por evolución natural, independientemente del influjo andaluz en el que, por otra parte él cree.

Si en francés, inglés, alemán, y otras muchas lenguas no existe ese fonema "ll", como tampoco en guaraní (a pesar de ser los correntinos los únicos "lleistas" de la Argentina), cabe pensar que sus buenos motivos deben de existir para tal proscripción.

No se pide la imitación de la "s" apical castellana, que como todos saben se pronuncia llevando la punta de la lengua sobre los incisivos superiores, y que es de todos los fonemas el más típico, no se exige tampoco la pronunciación de la "z" o "c" antes de "e" o "i" tal como la emplean los castellanos y la inmensa mayoría de los españoles, y en cambio se insiste en forcejeos ímprobos por querer imponer la "ll" correntina, y castellana, que

para colmo entra en el lenguaje hablado o escrito en una proporción de menos de un medio por ciento.

¿A qué viene semejante tosudez?

Si no se imita lo más característico, vale decir si no se imita la "s" apical o la "z", por qué habría de imitarse la "ll" castellana, que no es lo repetimos tan general en España como aquéllas, ya que es bien sabido que el "yeísmo" es muchísimo más frecuente, y tiende cada día más a generalizarse, que el "seseo", en la península, al revés de lo que ocurre aquí, donde este último predomina sobre el otro.

¿A qué responde semejante empeño?

Imitar el fonema menos usual en el habla, no sólo porque entra poco en ella, si no porque además evoluciona hacia la "y", tanto aquí como allá, y desdeñar lo más típico, es una rarísima manera de imitar, algo que no cabe mas que en la cabeza de un excéntrico que guste de lo insólito o extravagante.

Es a todas luces una insensatez.

Pero dentro de las insensateces, las hay de diverso calibre.

Una insensatez que retarda el florecimiento de nuestra literatura, creando un falso complejo de inferioridad, que mina nuestra conciencia nacional.

Una insensatez que separa el hogar de la escuela, y que propende a acentuar el tartajeo, las muletillas, y el hablar vergonzante.

Una insensatez de tan nefastos alcances, bien merecía la pena de que gastase mis energías en combatirla.

PRIMER VIAJE A EUROPA

Mis deseos de conocer otros países, de los que tanto había conversado con los míos, y con los sirvientes Maximina, Quintuay, mientras ellas en el cuarto del enrejado remendaban o planchaban ropa, vino a poder realizarse gracias a la venida de Carmen Arce de Vedia, prima de mi madre, mujer instruidísima, muy música, que hablaba a la perfección varias lenguas, dibujaba bien y poseía como pocas personas el don de la conversación.

La circunstancia de que pensara regresar a Alemania, donde vivía después de casar a tres hijas con tres hermanos rusos, hijos del barón de Stackelberg y parientes del famoso general que se distinguió en la guerra ruso-japonesa, vino a facilitar el ansiado proyecto pues podíamos ir acompañadas a casa de mi tía Lashenia.

Su grata compañía amenizó los primeros ratos de acomodo a las nuevas costumbres de a bordo, restañando las heridas de la primera y larga separación.

Nos contaba muchas cosas interesantes, entre las cuales una que recordé siempre, que de todos los europeos, los rusos eran los más parecidos a los argentinos.

Impresión que años después corroboraba al tratar a personas de aquel origen.

Santos y sobre todo Río de Janeiro me dejaron maravillada.

En el primer puerto soportamos una huelga que nos permitió ir a San Pablo y visitar los alrededores, inclusive la preciosa playa de Guaruyá. Todo trasuntaba pujanza, optimismo, vida pléutica, tanto en la naturaleza como en los habitantes.

La carga de café es un espectáculo estupendo. Trabajan los obreros como no trabajan en ninguna parte del mundo, con un brío, un vigor y alegría emocionantes, cambiándose palabras en

el ir y venir por las planchadas, el torso desnudo y sudoroso, a veces cantando.

El brasileño, a quien admiro profundamente, es por idiosincracia efusivo, cordial, de un humanitarismo maravilloso, y si a ello se añade el paisaje espléndido, variadísimo, la profusión de flores, la vegetación tropical magnífica, que infunde deseos de



En el medio: Carmen Arce de Vedia; ecostada en su hombro: Delfina, y del otro lado, Carolina

brincar y lanzar exclamaciones, gritos de entusiasmo, se comprende que este país privilegiado produzca en los viajeros una impresión profunda e inolvidable. Allí se palpa el influjo geográfico, la correlación íntima del hombre y del medio en que habita, y cómo la naturaleza pletórica de vida, infunde savia generosa y pródiga en los hombres que la habitan.

Un portugués que viajaba con nosotros desmonetizaba el valor indiscutible de tales impresiones, sosteniendo que el viaje desde Portugal era demasiado largo, y que en menos tiempo

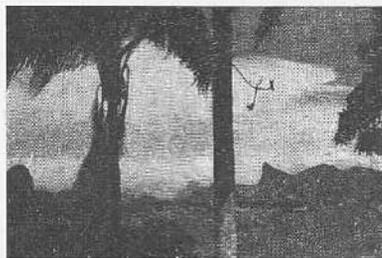
y con menor gasto se podrían visitar países como Francia, Italia, etc., y conocer grandes museos, o gozar del espectáculo de viejas civilizaciones.

Mientras conversaba, yo establecía un cotejo entre su noble espíritu y el de brasileños compañeros de viaje. Y ¡cuánta más juventud y humanitarismo palpaba yo en estos últimos!...

—Admito —le dije— que lo que se vea viajando por Europa ofrezca gran interés, pero si Vd. desmonetiza el esplendor de Río de Janeiro, porque éste no ofrece aquel'o y sí otra cosa, su argumento es erróneo, porque lo mismo podría desmonetizar a Europa porque no posee el esplendor del Brasil. Lo que hay es que Vd. le gusta más ella, por la sencillísima razón de que es europeo.

—La civilización... —masculló.

Como no conocía Portugal entonces no le contesté lo que mil veces pude contestar a españoles en situación semejante que hay que ponerse de acuerdo antes acerca de lo que se entienda por civilización, ya que una larga historia no siempre está en razón directa de la civilización, y para concretar más este argumento, Buenos Aires no es menos, y sí, más civilizada que Madrid aunque ésta posea riquezas históricas valiosas, un Museo del Prado, en fin una tradición más larga. No hay que confundir tradición con civilización. Porque con esto ocurre como con la experiencia.



Bahía de Río Janeiro

—Yo soy un hombre de experiencia —me decía cierta vez un señor de cortísimos alcances, como queriendo suplir con ella su escaso discernimiento.

—Su experiencia es la repetición de sus errores —le argüí—. Prefiero a quien sin experiencia no se equivoque y ponga celo especial en no equivocarse.

Pero volviendo al relato, mi hermana se mareó de tal mane-

ra que pedía que la tirasen al agua, y yo hice, con éxito esfuerzos desesperados por resistir, aunque el espectáculo de los pasajeros en los pasillos, o saliendo a escape del comedor, volvían difícil la lucha. No se veía otra cosa que gente descompuesta, caras largas, pálidas, con los ojos cerrados, como muertas, ¡y el olor!, ese maldito olor a brea, a sogas y jamón ahumado revolviendo la carne y los huesos de luchadores, y vencidos, a punto de caer.

Estábamos en el Mediterráneo.

Los tumbos eran espantosos, no salían los ojos del puro mar más que para pasar al puro cielo. El ruido del oleaje sumábase al de los objetos que se deslizaban, huidizos en medio del sopor que iba ganándonos el ánimo.

El capitán propiciaba el limón, otros una faja ajustada pues el movimiento de las vísceras es el principal origen del mal. Y en efecto basta que cualquiera se eche a rodar tendido a lo largo por el piso, (operación que practican muchas mujeres para adelgazar), para que se experimente la sensación del mareo en alta mar.

Cuando llegamos a Génova, Carolina no se compuso por ello. Todo estaba en calma y el malestar persistía. Y es que el mareo no se pasa de inmediato aunque las causas cesen. Sin embargo creo que la voluntad de no marearse juega un papel importantísimo. Lo he experimentado. ¡Guay! de aquella persona propensa al terrible mal y que por gusto de inspirar lástima o atenciones del prójimo, se abandone a las primeras de cambio. Está perdida.

A duras penas y gracias a las cuerdas que se colocaron expreso me paseaba por cubierta evitando a todo trance el encierro. Miraba el horizonte, las nubes, lo más lejano que alcanzara mi vista, y aspiraba a bocanadas el viento en el que venían pulverizadas finísimas gotas del mar embravecido.

Consegui no marearme.

Una pasajera de la Compañía de artistas, que viajaba con nosotros, recibió un telegrama de su novio, y estaba tan conten-

ta que pregonaba el hecho a los cuatro vientos, como si todosuviésemos que alegrarnos con la noticia.

Ocurría, lo que cualquiera puede prever, que a ninguno le causaba gran impresión el anunciado encuentro, pero la muchacha ciega ante el próximo arribo junto a su amor.

—¿A quién la esperan en Barcelona? —preguntaba ebria de felicidad.

—A Vd., —le dije— A Vd., la esperan. A nadie más que a Vd.

Agitaba el papel poniéndolo ante los ojos de los indiferentes, lo leía y releía. Era un espectáculo conmovedor y que se me quedó grabado.

Qué habrá sido de ella y de su gran amor?...

¿No habrá concluido este romance como tantos y tantísimos otros, manteniéndolo ella a él, con el fruto de su trabajo, aguantando reproches y reconvenciones porque no le daba más, y se atrevía a distraer en beneficio suyo, sumas que él consideraba mal empleadas, porque la manutención no era suficientemente espléndida, la comida no tan variada y primorosa, las camisas no suficientemente impecables, y a razón de dos cada 12 horas?...

¿Qué habrá sido de la pobre enamorada?...

¡Era tan bonita, tan graciosa y tan pletórica de entusiasmo!

Quizás algún accidente en plena luna de miel, la libró de posteriores desilusiones...

Después de pasar algunos días visitando Génova, y de probar unos raviolos como no volví a probar nunca más, (y que por únicos merecen recordarse), de Turín, hermosa ciudad moderna, con su Valentino, que visitamos someramente, subimos al rápido que nos llevaba rumbo a París.

En una estación de Los Alpes ví una canilla cuyas gotas al helarse formaron una gruesa estalactita, en un andén desértico y melancólico hasta lo indecible.

Al acercarnos a la gran ciudad, a la que me ligaría después una adhesión y un cariño entrañables, el rápido en que viajábamos producía un ruido ensordecedor, como si horudara la tierra.

Alá nos esperaban nuestros tíos y otros amigos comunes, que aprovechando la costumbre francesa, nos abrazaron y besaron, con gran fastidio de mi tía Lasthenia, que no halló razón plausible para modificar el trato corriente entre los argentinos, que no admite abrazos y besos entre hombres y mujeres que no sean muy allegados, de la familia, y mucho menos si son jóvenes.

Poco tardamos en dominar la lengua, que ya conocíamos con anterioridad, y en aprovechar a fondo las magníficas funciones teatrales en que descue'la la llamada con razón, "Gran Capital del Mundo", ¡hoy en manos extranjeras!

Las grandes exposiciones de pintura, en el Grand y Petit Palais, derruidos ya para aprovechar el fierro de los tirantes, me apasionaban hasta el punto de que vivía visitándolas, con una entrada libre que me obsequió el Señor Bousquet, alto empleado de gobierno, casado con una argentina relacionada con mi tía Lasthenia.

¡Lo que le agradecí aque'la entrada!...

Ese matrimonio fué con nosotras especia'mente atento. Vivían en el Louvre, y en un almuerzo que nos ofrecieron se me ocurrió a mí decir que sólo faltaba champagne, por ponderar la exquisitez del menú.

¡Nunca lo hubiera dicho! Inmediatamente el Señor Bousquet mandó buscar la botella, con gran desesperación mía, y no hubo mas que hacer que beberla.

Yo estaba afligidísima, por mi involuntaria torpeza, y con tanto mayor motivo, cuanto que el champagne jamás fué objeto de mi predilección.

Inútilmente se los quise explicar a nuestros excelentes amigos.

La cidra vulgar y silvestre que vale mucho menos, me gusta más.

Pero si hubiera dicho, que cidra, capaces eran de ponerse a buscarla.

MI PRIMA MISSETTE

Amalia Molina, una de las hermanas menores de mi padre

hallábase radicada en París desde años atrás, con su marido el abogado Emilio Daireaux, autor de "Vida y costumbre del Plata" y con sus hijos menores Max, que a menudo escribe en "La Prensa" de Bs. As., y en otras publicaciones, y María Julieta, a quien lamábamos todos Missette. La mayor de las mujeres María Luisa, casada con Celigny un descendiente de Napoleón, había formado su hogar.

Missette era una gran amiga mía, la mejor amiga que tuve, y a menudo la visitaba en su casa de la calle Vernet 15, donde agradábame muchísimo contemplar el fuego de la gran chimenea después de enseñarle (o más bien alentarla) a tocar el piano.

Muy sensible e inteligente estaba atacada de una neurastenia que desgraciadamente, años más tarde, haría crisis impulsándola al suicidio.

Mi presencia la tonificaba, pues decía que mi optimismo (rasgo que ella detestaba) no era como el de los demás.

Perfeccionó conmigo algunos trozos de Grieg, y a veces salíamos juntas a visitar exposiciones de pintura.

UNA DE TANTAS MARGARITAS...

Cierta mañana, estábamos en un banco de la Avenida de los Campos Elíseos, cuando acertó a pasar junto a nosotras un enorme carro tirado por caballos, encima de cuya carga, y a gran altura, se hallaba el conductor. Un mal movimiento de éste último hizo que el látigo se le cayera casi a nuestros pies.

Instantáneamente comparé la molestia del infeliz que tenía que bajarse de aquella montaña de bolsas con la ínfima incomodidad que a mí me ocasionaría alcanzarle el látigo y se lo alcanzaré. El hombre que resultó ser un patán se figuró haberme flechado con su tipo seductor, y a modo de agradecimiento nos espetó una andanada de estupideces que hicieron enrojecer a mi pobre prima.

Aunque yo dominaba bastante bien el francés, no dominaba ni pizca el argot parisiense, ni menos las palabras de bajo o doble sentido, de modo que por mí resbalaron como lluvia sobre un impermeable.

Pero Missette pasó un mal rato, y cuando el carrero se alejó, me llenó de reproches.

—Eso es algo que tenés que corregir —me dijo.

—Ni pienso. Siempre que un pequeño esfuerzo mío, compense uno mayor de otro, repetiré mi gesto. Y la interpretación de un burro cualquiera es lo que menos me importa.

—Te gusta arrojar margaritas a puercos...

—Las margaritas siguen siendo margaritas, aunque los puercos sigan siendo puercos, quizás menos puercos por recibir margaritas.

—Hablás así, porque no has entendido su jerga... de otro modo te indignarías, y te arrepentirías.

—Puede ser. Lo que lamento, sí, es que hayas pasado un mal rato por mi culpa.

Ella era una niña extremadamente sensible y delicada y de una inteligencia superior. En otras ocasiones tuve oportunidad de recordar su consejo. Una vez abriéndole un portón a un chauffeur, que también lo interpretó torcidamente, imaginándose que yo estaba loquita por él.

La vanidad del hombre es cosa abismal.

Pero en cambio en otras oportunidades, se me dió las gracias con adecuada gentileza.

André Braly noble amigo que influyó en mi carácter poderosamente también me reprochaba a menudo mi prodigalidad de espíritu.

Pero es aquello... de que: "Al que nace barrigón... es al ñudo que lo fajen".

Creo que efectivamente he gastado mucha, muchísima pólvora en chimangos.

VACACIONES EN INGLATERRA

Con tía Amalia, y sus hijos, Carlos (hoy Contralmirante, que fué Ministro de Marina, de destacada actuación en Buenos Aires), Missette y Max, realizamos un viaje a Inglaterra, del que guardo un recuerdo inolvidable.

La mayor parte del tiempo la pasamos en Eastbourne sitio encantador.

Carlos nos halló un alojamiento en la calle que bordeaba la playa frente al mar, y desde donde tomé una nota del casino en el extremo del muelle, oyendo la música de una banda.

Realizamos excursiones a Pevensey y a su viejo castillo en bicicleta, después visitamos Brighton y Londres.

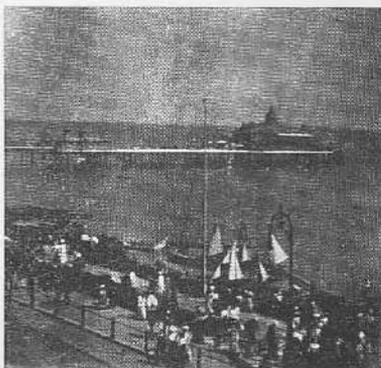
Fueron días inolvidables. Tía Amalia fué cariñosísima, una verdadera madre, poniéndose siempre en último término cuando se trataba de complacernos, con la abnegación típica de los Molina, y especialmente de las mujeres de esa rama, en la que descollaron Anita, Rosa y Clementina.

Visitamos el famoso acuario de Brighton y en Londres especialmente la National Gallery, el museo Tate, y el British Museum, donde admiramos las piezas antediluvianas magníficas regaladas por el Museo de La Plata, entre las cuales un iguanodonte estupendo.

Pero a mí lo que más me interesaba era la pintura, de modo que me dediqué en firme a ella, conociendo y repasando todo lo que podía conocerse, que por cierto no era poco.

El confort y la limpieza de Londres eran incomparablemente superiores a las de París a principios de este siglo, pero el encanto de esta última, su espiritualidad, su dinamismo latino, y la gracia que por todas partes se respiraba, le seguían otorgando mis preferencias, a pesar de que el desorden volviendo de Inglaterra chocaba un poco.

Para el radio, —que se acababa de descubrir—, hallábase instalada una garita en el British Museum, donde después de permanecer un rato en la oscuridad observábase la luz que emite.



La playa de Eastbourne

¡Pero cuán primitivo aquello, 40 años hace, comparado con las proyecciones de los rayos que se obtienen hoy en grandes pantallas, o las que con un simple vidrio de aumento que regala nuestro Instituto de Radio, permiten percibir en la oscuridad la desintegración de la materia en pequeñísimas partículas, que al golpear la pantalla fosforescente producen un efecto de minúsculos astros en movimiento.

Allí sólo se percibía una luz muy débil.

Cuando me preparaba para mis reiteradas visitas a los museos de pintura, yo experimentaba la sensación de ir a una cita amorosa, tanto me apasionaban.

¡Qué deliciosas vacaciones aquellas!...

¡Cuánto pude admirar los Turner, Gainsborough, y tantos finos autores ingleses y extranjeros, inclusive en exposiciones particulares!

¡Qué inolvidables días!

ESTUDIOS MUSICALES

Mi primer maestro de piano fué el conocido y muy bien reputado profesor Don Alberto Williams, en los años en que aun no había fundado su Conservatorio.

Carolina y yo estudiábamos juntas bajo su dirección, y al revés de lo que ocurre en otras casas, donde los niños estudian a fuerza de retos o conminaciones, nosotras nos peleábamos por obtener el piano.

Cierto día me presenté en queja a mi padre pues mi hermana e'legía preferentemente las horas que yo tenía libres después de atender el grado.

Mi padre comprendió que yo tenía razón aunque ella era la preferida suya, y fué a pedirle que se retirara.

—Salga —le dijo afectuosamente— mi hijita.

Pero ella no se movió.

—Vamos —insistió— levántese.

Mas como viera que no obedecería, la tomó de un brazo y la retiró sin que ella hiciera el menor ademán por levantarse, de modo que cayó sentada en el suelo, y no se golpeó más fuerte porque él la sostuvo en parte.

Lo primero que hice cuando conté con mi sueldo de maestra, para evitar disputas, fué alquilar un piano y ponerlo en mi dormitorio, donde además tenía otro mudo, para estudiar de noche.

El profesor me prefería a mí, porque Carolina tenía caprichos como el de no querer levantar las manos para los "staccatos" alegando que no quería "coquetear".

Cosa que a todos, menos a Williams, nos hacía mucha gracia.

La hermana de mi madre Lasthenia, que también estudiaba con él, resultó para nosotras un estímulo poderoso, porque ya dueña de maestría cuando recién empezábamos, nos facilitaba

obras y nos acicateaba con el ejemplo. Era también muy dada al estudio.

El profesor, sumamente delicado y caballero, una vez que yo no me había preparado bastante, me preguntó:

—¿Cuál es el dulce que más le gusta?

—El dulce de coco, —le contesté al punto.

—Bueno que no le den cuando haya —me dijo bonachonamente— encargándome a mí misma de la aplicación de la pena, que por supuesto me guardé bien de cumplir.

—Vd. que además de mano blanda y ágil posee mucho sentido musical, debiera dedicarse exclusivamente al piano —solía decirme.

Lo escuchaba sin responderle nada, porque no deseaba desencantarlo y mi intención era seguir mis impulsos, vivir a mi albedrío.

Llegué a tocar discretamente sonatas de Beethoven y trozos difíciles como el arreglo de Lizst del Coro de la Hilanderas de Wagner y adquirí destreza para la lectura a primera vista, que me proporcionó muchas satisfacciones en mis ratos de esparcimiento. En cambio no ejercité casi nada la memoria.

Posteriormente me pareció que el sistema de digitación en el que me había formado, no era el más adecuado para obtener sonidos pastosos, y lo modifiqué según la escuela de Scaramuzza por consejo de alumnos suyos.

Una señorita de grandes trenzas rubias, muy silenciosa y de fino temperamento musical, que llevaba el mismo apellido del gran compositor Schumann, también me dió algunas lecciones, así como en París el músico Gillet violoncelista de la orquesta Lamoureux que se asombró mucho de la excelente escuela en la que habíanme educado.

Tanto él como su señora, que pintaba, se hicieron muy amigos de nosotras.

En una de las audiciones de aquella orquesta nos tocó oír al pianista Diemer interpretando un Concierto de Massenet para piano y orquesta, durante el cual se produjo un incidente que se me quedó grabado.

Murmullos de crítica empezaron a oírse en las galerías, que es donde se reúnen los verdaderos aficionados, y a poco la protesta fué creciendo hasta convertirse en un chillido general.

—No es al señor Diemer a quien silbamos gritó con voz estentórea uno de la concurrencia, es al concierto, —cuando el ejecutante se detuvo, estremecido ante la tormenta.

Pero su actitud fué tan noble al enfrentarse al público, que las protestas cesaron como por arte mágico, y el trozo continuó hasta el fin.

En el teatro Trocadero tuve ocasión de oír a la Patti, ya entrada en años en 1903, creo que en la última audición que dió en su vida, en un festival donde también tomó parte Tamagno, y otros artistas dramáticos, Sara Bernard y los ases del momento de la Comedia Francesa, bailando un minuet que resultó verdaderamente delicioso.

La Patti cantó "Voi che sapete", de "Le nozze di Figaro" de Mozart, con suma corrección y delicadeza. Había venido especialmente de Londres donde habitaba con su marido para esa fiesta, y otros artistas vinieron de sitios más lejanos.

Fué un acto de gran repercusión, porque todos los números eran selectos. El teatro alcanzó un lleno absoluto, y lo más destacable, dentro de un ambiente de respeto tal, que arrancaba lágrimas de emoción.

ESTUDIOS DE CANTO

Aproveché mi estada allí para estudiar el canto, que en materia de música, era lo que más me apasionaba. Fuí a los concursos del Conservatorio, a los que concurrían grandes personalidades, no sólo del ambiente musical sino literario.

Mi avidez por perfeccionarme agudizaba mi sensibilidad ante cualquier crítica, y así recuerdo que un profesor, a quien le fuí a solicitar (como un enfermo le pide al médico un diagnóstico) me señalara lo más grave en punto a defectos, una especie de visión panorámica que llevara más lejos mis propias observaciones, me fué utilísimo, pues en menos tiempo del que se precisa para relatarlo puso el dedo en la llaga, al decirme:

—En general abre demasiado los sonidos, y particularmente los graves.

¡Lo que me dió que pensar aquello!...

Yo poseía, en efecto, una gran amplitud de registro, pero entre las notas bajas y las agudas no existía suficiente homogeneidad.

Mis reflexiones, bordando mil y una meditación, lleváronme a hondar el problema relacionándolo con el idioma, que sin duda ninguna imprime al canto su sello peculiar.

El español que se habla en la Argentina (tan distinto del castellano castizo en su acento), se articula con la posición de la lengua más relajada, digamos más suelta que la del español matritense, y más baja en su parte media. (Condición que propende a desentubar los sonidos quitándoles el tono gutural típico de los peninsulares). Según lo atestigua Navarro Tomás, nuestra pronunciación es más clara, distinta, y musical.

¿Pero, con respecto al francés, como ocurrían las cosas?...

No llegué entonces a una conclusión tan clara como la que obtuve muchos años más tarde, es decir que aquél se pronuncia con la lengua más rígida y más elevada en la parte media con respecto a lo argentino, pero sí llegué a la conclusión de que las pocas palabras del profesor del Conservatorio, eran justas, aun dentro de tales diferencias.

Con ejemplar dedicación púseme a corregir la falla eligiendo ejercicios adecuados con las vocales "i", pasando a "u" francesa, y recíprocamente, encimando a estas vocales, por así decirlo, las otras.

Luego busqué las articulaciones más propicias, y al cabo de algún tiempo, de mi defecto, como Demóstenes de su tartamudez había sacado mi mayor virtud.

¡Tanto pueden la inteligencia y el tesón cuando marchan unidos de la mano!...

¡Qué mundos no caben en el estudio del canto realizado con pasión!...

La separación de la voz de pecho de la voz de cabeza, que constituyó mi mayor escollo, trocóse en mi mejor aliado. Con-

A REDROTIEMPO

centrando en ella los focos de mi interés descubrí muchos otros horizontes, además de obtener una igualdad de registros que siempre me fué reconocida como especial virtud.

Pero si me pongo a contar ahora todo lo que pensé y todo lo que aprendí en punto a este arte, añadiría por lo menos un volumen más a mis memorias, ya que se trata de un campo en que me especialicé, quizás como en ningún otro.

Espero que no me falte el tiempo necesario para escribir el "Tratado general" que tengo en preparación.

(No diré Dios mediante, pero sí diré S.A.D.E.L. mediante, ya que la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, es la que ha devorado y sigue devorando mis horas como un Moloc insaciable).

Retornando a París, donde tuve la fortuna de estudiar tan ahincadamente y con tanto provecho, abstrayéndome de toda otra preocupación que no fuese la pintura o la música, ¡piénsese lo que significaba para mí un ambiente como aquél!

¡Cuántas ocasiones se me brindaban de oír buena música!

Mi sistema de alternar ésta con la copia de cuadros en el Louvre o el Luxemburgo que precisamente se efectúa en horas distintas a las de los conciertos, descansando de una actividad con la otra, me permitía atiborrarme de enseñanzas sin el peligro de las indigestiones, máxime cuando el entrenamiento desde la segunda infancia me capacitaba para ello.

DE VUELTA YA EN BUENOS AIRES

Interpreté cierto día en el piano ante Piazzini "Badinerie" de Bach en un arreglo extraído de una revista musical, pues fué compuesta para flauta originariamente. El maestro se impresionó hasta el punto de llamar apresuradamente a Thibaut y otros profesores para que me oyeran, diciéndoles a tiempo que me pedía que repitiese el trozo:

—¡Fíjense qué colorido extraordinario!...

Siempre aquí y en todas partes los entendidos me recono-

cieron como un ser de excepción, y cuando yo en casa comentaba esto refiriéndome al campo literario, donde no hallé más que caminos abiertos, (que no exploté más por causas diversas), no faltó quien me dijera con íntima satisfacción en rebajar mis méritos, que se me respetaba y consideraba, efectivamente, más de lo que merecía.

Antes de ir a Europa yo tuve de profesor de canto a Don Juan Goula, director de orquesta catalán, que dirigía una clase en el Conservatorio Thibaud-Piazzini. Nos ejercitaba haciéndonos cantar, vocalizaciones con y sin letra, pero en realidad, si bien era experto en discernir si tal o cual alumna cantaba bien o mal, lo que se debía a su práctica como músico, no estaba especialmente capacitado para enseñar canto, pues ignoraba casi por completo lo mucho que debe saberse para enseñar a conciencia este difícil arte.

Discutía con él a menudo, y él me decía:

—Vd., cuando las pilla, las pilla fuerte.

Hondamente interesada por el arte del canto, había leído algunas obras de especialización que acicatearon mi curiosidad, por entonces, y que me permitían medir el empirismo infantil de nuestro querido profesor.

Sus lagunas, en punto a observación, corrían parejas con su escaso bagaje científico, de tal modo que más que lagunas podían llamarse mares inconmensurables.

Pero en materia de enseñanza del canto es tal la ignorancia de los que se titulan maestros, que el pobre no era peor que otros, además era un hombre muy simpático, de gran bonhomía, y modesto a carta cabal.

Inspiraba cariño.

Una tarde recibió la noticia de la muerte de su hija ausente en España, estando en clase.

El pobre hombre demudado y bajo una impresión de dolor atenaceante, insistió en seguir, aunque yo lo conminaba a dejar.

Fué un espectáculo tristísimo el verle luchar contra su dolor embargado su ánimo de quién sabe qué cúmulos de recuerdos!...

AUDICIONES PUBLICAS

Canté en el antiguo teatro de la Opera, "Che faró senza Euridice" de Gluck con orquesta y "O del mio dolce ardor" del mismo, además de una aria de Rossini, en un concierto de beneficencia organizado por el Conservatorio.

Fundé una Sociedad de Cantantes que duró poco a causa de que uno de los elementos maestro de escuela, barítono apenas mediano a quien dí a entender su medianía, creyéndose un astro refulgente en la lírica mundial, hizo con éxito un trabajo de zapa que me acobardó. Entre las personas agrupadas, Máxima Ciaño, Ana Weismann, Italia Porchiatti, y otras, organizamos algunos conciertos, en el Príncipe Jorge, en el teatro Maipo, en el Ateneo Hispano-Americano y en el Museo Sarmiento, cuando éste estaba en la calle Charcas.

En el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa", dí una audición a instancias del Doctor Estanislao S. Zeballos (entonces su presidente quien me oyó una conferencia sobre "Personalidad e Impersonalidad") (*) acompañándome yo misma en el piano, sobre interpretaciones de Schubert, Grieg, y Strauss, que alcanzó éxito.

En octubre del 20, acompañada por el pianista Jorge C. Faneli, dí en el Salón Teatro una interpretación de autores antiguos anteceditas por explicaciones de orden técnico.

Con intención de representar el papel de Dalila en la ópera de Saint Saens me presenté en unas audiciones privadas ante el empresario Mocchi, el compositor Mascagni, y la cantante Bezansoní además de otras personas, y recuerdo que al emitir el sí bemol agudo con la sílaba "vi" de la palabra "vile" del maestro Mascagni con voz espontánea y plena de simpatía me criticó "bravo". También la Bezansoní me dijo que lo que yo hacía tenía gran interés y que el timbre de la voz le gustaba, así como la cuadratura rítmica, que tan a menudo descuidan los cantantes.

(*) Esta se publicó en la Revista de Derecho, Historia y Letras que dirigió Zeballos, en el tomo XV de Enero 1913.

Tuve la delicadeza, mal retribuída de referirle a mi marido mi proyecto, y hasta de solicitar su beneplácito, y él sin decirme nada fué a ver al empresario a fin de que no se llevara a cabo, pintándo'le con los más negros colores su situación de rector del Colegio Nacional Bartolomé Mitre, y vice rector del Instituto Nacional del Profesorado, como si mi idea echara el deshonor sobre la familia.

Lo que más me indignó fué que me dejara preparar, a sabiendas de que por sus gestiones la representación no se llevaría a cabo, en lugar de prevenirme a fin de que yo no hiciera gastos inútiles, y no perdiera todo el tiempo que perdí con ese objeto.

Consciente de interpretar a Dalila en forma excepcional, mis ilusiones se derrumbaron bastante tiempo más tarde ocasionándome un profundo desaliento, uno de los dolores más hondos y perdurables, pues me quedé con la conciencia de que en ese papel yo hubiera dejado una huella única.

Conocimientos musicales mayores que los que suelen poseer los cantantes, voz amplia, homogénea y bien timbrada, ¿y por qué no decir toda la verdad? una excelsitud de espíritu poco común, tenían forzosamente que traducirse en algo de excepción.

Y si a esto se agrega que por la psicología del personaje de mujer dominadora, de las que todo lo sacrifican a un propósito, el carácter se prestaba a que yo lo encarnase con naturalidad, se comprende que no me conformase entonces ni después ante el fracaso de mis esperanzas.

Preocupaciones tenazmente elaboradas como la de lá dición nítida sin restarle calidad al sonido cantado, que responde a otra colocación del aparato sonoro, con respecto a la voz hablada. La búsqueda de la igualdad de los registros sin ese apresto exagerado que algunos, poco sensibles a la belleza emplean dando la impresión de un acomodo ficticio, que empareja los sonidos sí pero como acartonándo'los, quitándo'les en fin esa flexibilidad y gracia espontánea que pone al desnudo el timbre personal, y volviéndolos comparables a los movimientos de un ser que se hallase bajo una cota de mallas.

A REDROTIEMPO

Mil detalles técnicos relacionados con la respiración que me permitieron dominarla en forma poco común. Oído muy sensible, además de fino sentido musical, todo se aunaba para realizar una Dali'a de calidad superior.

Sólo por conciencia de esa superioridad y el goce de vivirla, perseguí ahincadamente lo que no pude llevar a cabo, (para colmo de desgracia) por razones ajenas a la eficiencia.

Lógico era que no me conformase.

EN LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS FISICAS Y NATURALES

Aunque siempre me interesó más el arte que la ciencia, ésta me atraía profundamente.

Después de terminar en dos años y medio los cinco del bachillerato en el Colegio Central de Buenos Aires, como alumna libre, (entonces no existían colegios secundarios para mujeres fuera de las escuelas normales), me hallé frente a un dilema: ¿Qué carrera elegir?...

Si no hubiese sido porque la Facultad de Filosofía y Letras hallábase entonces amenazada de clausura, siguiendo mi instinto, y mi mayor vocación, hubiese entrado allí, pero como en el año 1900 contaba con escasos alumnos, y se hablaba insistentemente de la enorme suma de dinero que costaba al Estado, y de la desproporción entre ésta y las promociones obtenidas, la amenaza de cierre torció el rumbo de mis estudios de su verdadero cauce natural.

Una circunstancia fortuita, la de haberme encontrado en un casamiento con el doctor Atanasio Quiroga, químico, vino a contribuir a ello, desgraciadamente, pues al expresarle mis dudas, él me convenció de que la mejor carrera para una mujer era la de química.

Ocurríame con las ciencias algo parecido a lo que me ocurría con las artes, que todas me interesaban, punto menos que por igual.

Lo mismo hubiera sido ingeniera agrónoma, (la agronomía me atraía y me atrae aún tanto que siempre leo lo que me cae bajo los ojos, respecto a plantaciones, o aprovechamiento de productos naturales).

(Recuerdo que Azorín ha expresado en alguno de sus escritos

igual predilección). Lo mismo hubiera sido agrónoma, repito, que abogada o industrial, o cualquier otra cosa.

Cierto es que más me atraían las letras, pero, como aparte de ilustración, yo perseguía trabajo e independencia económica, (hecho raro si se tiene en cuenta que mis padres gozaban de una posición más que desahogada), las circunstancias susomentadas me llevaron a la casa de estudio que tras penosos años de sacrificio, me otorgó el título de Doctora en Química, en el año 1906.

Fuí la primera mujer que se inscribió en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Era entonces decano mi tío el ingeniero Don Luis A. Huergo, hombre respetadísimo por su probidad y competencia, aunque no tanto como merecía serlo, (cosa que ocurre harto frecuentemente en mi país, bastante indiferente e ingrato con sus hombres más representativos). Aunque posea una estatua en la Vuelta del Riachuelo, puerto que él construyó.

Experimenté de entrada un bienestar gratisimo. Sentí que el estudio me era tan indispensable como el beber sintiendo sed. Algo que requería mi espíritu demasiado propenso a la fantasía o la imaginación, y que allí recuperaba su equilibrio. Hasta entonces, todo fueron sensaciones hondas de comunión con la naturaleza, transportes místicos, suscitados por la meditación o por la música, sentimientos de variada índole, pero mi razón no se había robustecido parejamente. Entré sobrecargada de sentimentalismo, y salí otra mujer.

COMPANERISMO

Lo que más influyó en mi carácter fué el intercambio espiritual con los jóvenes de mi generación, que a pesar de la insólita irrupción de una mujer en las aulas, se comportaron con una caballerosidad perfecta.

Me infundieron un respeto profundo. Pensé que el hombre era mejor que la mujer, y más concretamente aún, que ellos eran mejores que yo. Más de una pieza, más amplios también, más inocentes y confiados, mejores, en una palabra.

Pero lo sabrosísimo de mi situación consistía en que ellos

me trataban como si yo lo superase en todo, hasta en sinceridad e inteligencia, y lo que ya era el colmo de la generosidad, en candor.

—¿Por qué se tienen en menos? —me preguntaba extrañadísima ante ceguera tan rara. —Son mejores que yo y no se dan cuenta, y hasta parecen creer a fuerza de candor que yo los aventajo.

A menudo cavilaba al respecto, tratando de explicarme el fenómeno.

¿Era acaso, que mi confianza en la excelsitud de mis camaradas se me devolvía como si yo me mirara en un espejo?

Como mi madre y como muchas otras mujeres, siempre preferí tratar con hombres a tratar con señoritas o señoronas insustanciales, y la tonta costumbre de separar a los de uno y otro sexo, que se practicaba entonces, y aun se sigue practicando en las visitas de pésame, me confinaba frecuentemente en aburrimientos forzosos.

Pero esta preferencia no explicaba el hecho en forma satisfactoria, pues no se trataba tan sólo de mayor agrado en el trato, y sí de un reconocimiento recíproco de superioridad, de una noble y singularísima ensambladura de sexos en un plano de estímulos intelectuales por todo extremo reconfortante.

Simón Goldenhorn uno de los compañeros que luego se distinguió en su profesión de ingeniero, pensaba, por ejemplo, que yo no dominaba más las matemáticas por poseer una tendencia trascendente. (Lo que podía tener algún fundamento, pero que no me excusaba por no estudiar bien lo mínimo, o más elemental).

Los que no han experimentado las emociones del compañerismo, especialmente entre hombre y mujer, ignoran una de las más puras fuentes de gozo espiritual que nos sea dado conocer. El compañerismo entre personas del mismo sexo es una fuente de satisfacciones muy preciosa, sin duda, pero lo es mucho más entre personas de distinto sexo. Máxime cuando se ha conseguido desterrar todo incentivo corporal.

Recapacitando, ahora, a redrotiempo, echo de ver, y con luz

meridiana, que la Facultad de Ciencias Exactas fué para mí una escuela mucho más preciosa en ese sentido que en cualquier otro.

Quizás intervino como factor principal en las maravillosas relaciones que se establecieron entre mis condiscípulos y yo, mi tendencia materna, mi aire protector y severo, mi ausencia de coquetería, pero la verdad es que se portaron en forma tan perfecta que excede a toda ponderación.

Aunque hice los 5 años en algo más de 3 adelantando materias antes y después de mi primer viaje a Europa, donde estuve casi año y medio, (1902 y 1903) la convivencia diaria con mis excelentes condiscípulos influyó en mi carácter en forma poderosa, y me preparó para sentir la inmaculada devoción que más tarde fuera el mayor sostén de mi vida.

Recuerdo mi estreno como alumna universitaria, como si fuese ayer.

Me destinaron una pequeña pieza que daba al antiguo Museo de Historia Natural, donde pasaba los recreos librándome del contacto con la muchachada.

Desde entonces añoré los descansos así, periódicos, que tanto hubiera ansiado alcanzar en el Liceo y en la Escuela Normal donde más tarde ejercería el profesorado.

Todos los establecimientos deberían poseer celdas en las que pudiesen los profesores sin cambiar palabra retemplarse en los recreos, en una calma así, absoluta. Porque salir de la atención de 40 ó más alumnos a los que hay que explicar, escuchar y clasificar, para enfrentarse de inmediato con colegas descorteses o ramplores que describen minuciosamente el frío que experimentaron en la noche por haberse destapado, y como lo solucionaron arrebujándose en las frazadas, corridas ¡las muy pícaras! hacia los pies, u otras sandeces por el estilo, es verdaderamente agotador.

¡Mi querida celda de la Facultad me dió a comprender tantas cosas!... Unamuno sostenía que toda mujer tiene algo de Santa Teresa, y es verdad. Mi celda me puso al desnudo el fondo de monja laica que hay en mí.

LA OBSESION METAFISICA

Necesité años, muchos años para acostumbrarme a la idea de que los conocimientos pueden desenvolverse sin penetrar en la esencia misma de las primeras causas, en la esencia misma de los agentes que provocan los fenómenos. No sé qué íntimo acicate me impulsaba hacia lo inasequible, pero parecíame un contrasentido, una superficialidad repugnante, estudiar leyes sin saber a ciencia cierta cuál era la constitución de la materia, la energía en todas sus formas, gravedad, luz, calor, electricidad, en fin, sin develar el misterio de las primeras causas.

¡Casi nada le pedía al cuerpo!...

El hecho es que este afán descabellado, como no podía menos de ocurrir, me estorbó hasta el punto de convertirse en mi carrera en el escollo máximo.

Y tanto me incomodó que previendo más tarde en mis alumnas tribulaciones semejantes, empezaba mis cursos deslindando lo que se podía conocer, y lo que no se podía conocer, con ejemplos como el siguiente:

—Si deseamos comprobar cuál de Vds. corre con mayor velocidad, después de repetidas pruebas llegaremos a una conclusión exacta, en la que no intervendrá en absoluto para nada el carácter de las contendientes.

Y otros por el estilo, al alcance de sus inteligencias.

Insistía en ello a menudo hasta librarlas del prurito que a mí tanto me acosó.

Con lo que la ciencia, un tanto desmonetizada, ante el poder metafísico o intuitivo, quedaba reducida a un cotejo de relaciones exteriores, a una especie de simple prolijidad numérica. Y aprovechando que la prolijidad suele ser aptitud femenina instábala por ella a la observación y experimentación minuciosas.

Por lo que pude ver en mi trato con los compañeros de la Facultad, la tendencia metafísica es más rasgo psicológico de mujer que de hombre, pues a ellos no los torturaba como a mí manipular efectos sin haber penetrado en la esencia de los mismos. A mí se me antojaba, y se me sigue antojando, que todo era escamoteo disimulado, pero escamoteo al fin. Horacio Da-

mianovich, Federico W. Gándara entre mis compañeros de química, Simón Goldenhorn y Roberto Wernicke en matemáticas, fueron los principales contendores frente a estas dudas sobre el valor de la ciencia. Alguna vez, (me lo han recordado más tarde), llegué a tomarlo a Damianovich por la solapas, en mi exaltación por dominarlo a viva fuerza en discusiones sobre tópicos que he olvidado.

Don Manuel Bahía, uno de los profesores más humanos, y más hombres en el alto sentido de la palabra, me explicó, al manifestarle cuál era el escollo con que tropezaba constantemente, que no era menester penetrar en la esencia de la electricidad para estudiar la corriente eléctrica y sus múltiples aplicaciones o cualquier otro fenómeno, pero yo me lo pasaba dando coces contra el agujón.

Y como el burro aquel del cuento que se murió, cuando ya estaba aprendiendo a no comer, yo entré por el aro, cuando concluí mis estudios de Química y abandoné la Facultad.

¡Cómo sería mi entercamiento, que alguna vez me asaltó la duda de si no me refugiaba en mi obsesión metafísica, para excusarme con mayor comodidad ante el reproche que yo misma me formulaba por no aprender mejor tantas y tantísimas cosas como tenía que aprender, sin aprehenderlas!

ESCENAS DIVERTIDAS EN LA FACULTAD

Estábamos en el laboratorio de análisis y tenía yo que determinar la constitución de un compuesto, para lo que habiendo realizado las manipulaciones requeridas, hallábame sumida en mis cavilaciones frente a una ventana observando un tubo de ensayo, cuando se acercó un compañero y me dijo:

—Oro, no es, plata, no es, adiviná si podés. . . —aludiendo a la adivinanza que se resume en "nuez" y calculando que yo quería más adivinar, que dar con los componentes.

Otra vez paso junto a un mechero y se me incendia el delantal. Fuego que apagan a manotones los más próximos, y con tal diligencia que no llego a sufrir ni la más mínima quemadura, aunque el delantal se quema con rapidez instantánea.

El profesor de dibujo pregonaba la compra de útiles franceses, y como él era francés argüía:

—No es "questión" de nacionalidad, señores, es que los útiles franceses son los "mecores" — ¡"Oh... Oh... Oh...!" coorean como en asombro 50 barítonos jóvenes.

Uno de los Sarhy, al que apodaban el "lungo" José, pues eran dos hermanos ambos ingenieros, el otro era Juan F., escribe fórmulas en la mesa pizarrón: "b" chica, "c" chica "t" chica, mascullando monótonamente fórmulas y más fórmulas, y el murmullo es el mismo de un pistón moviéndose en el silencio de una usina. "t" chica, "p" chica, techica, pechica, hasta se ve el vapor escapando por los intersticios del émbolo. Lo que no se ve es el fin del murmullo.

El profesor Eduardo Aguirre acostumbra a escribir fórmulas en el aire, en vez de utilizar los pizarrones.

Los alumnos, con breves y rápidos movimientos como de buhos a los que saca de su impasibilidad el vuelo de una tijereta, o blancaflora rasgando el aire, siguen los arabescos tratando de no perder detalle.

De pronto Aguirre se detiene, da unos pasos atrás, su rostro es el de un iluminado, hincha un cachete con la lengua que tuerce a un lado en los momentos álgidos, y se queda en suspenso con la mirada fija en el espacio, en éxtasis...

—¿Qué sucede?... — se preguntan algunos, tratando de descubrir la visión radiosa que lo sume en transporte tan insólito.

—Ahora viene lo bueno, el cogollo, lo más sabroso del asunto...

—¿Qué será?... — intrigadísimos, se interrogan unos a otros.

Tras un instante de intensa expectativa, se adelanta el profesor, y con una mano frente a los ojos para no errar el trazo, hace una pequeña curva en el aire.

Todo se reducía al palito de una "Q" mayúscula que se había olvidado en las fórmulas, que pudo haber escrito con mucha más comodidad en el pizarrón, y que por supuesto nadie echó de menos.

¡Cuántos recuerdos se agolpan en la memoria!... ¡Qué años aquéllos!... ¡Qué unión tan exquisita la que une a los seres en lo objetivo, en el plano de la verdad sin transgresiones, en un ambiente solidario y en el que a la vez no existen compromisos personales de ninguna clase!...

¡Qué años aquéllos!...

Las clases experimentales de botánica, que bajo la dirección de Holmberg se efectuaban en el Jardín Zoológico, del cual era director, donde a veces almorzábamos en medio de moreras y gusanos de seda, buscándole el lado menos sucio a un vaso para beber!...

Desde que pisé los umbrales de mi querida, mi inolvidable Facultad, sentí que su atmósfera, sus estudiantes y profesores ejercían sobre mi alma un influjo bienhechor, entretegiéndome fibras dispersas del espíritu, atosigado de sentimentalismos. Una sensación de profundo bienestar, la del pez en el agua, embargaba mis sentidos.

¡Cuántas, cuántas veces, desde mi celda, entre curso y curso, echaba una ojeada en aquel solitario patio del Museo, mientras descansaba un rato de las fórmulas de los compuestos del benceno, u otras! ¡Aquel patio que desde los tiempos de la colonia, fué asentando su aire monacal entre paredes de un metro de espesor, y luces verdinegras! ¡Aquel patio en el que nunca ví un ser humano, y tan humano, no obstante en su soledad de gentes!...

RECAPACITANDO

Fuí una alumna mediana, más bien floja que buena, salvo en algunas materias que me interesaban mucho, como "Correlación de las ciencias naturales", en la que me preparé mejor que mis compañeros, hasta el punto de que Marcos Gutiérrez que más tarde fuera Director de la Oficina Química Nacional, me pidió socorro a último momento, pues no existían textos que respondieran al programa, y además a él no le interesaba, lo que a mí sí me interesaba.

Le dije lo más fundamental para que saliera del torozón da-

do lo premioso del tiempo, y él, mucho menos preparado sacó 10, y yo que sabía más que algunos de mis examinadores saqué 9, pues tuve el poco tacto (para pescadores de sobresalientes), de ponerme a discutir con uno de ellos un asunto en el que yo tenía razón y él no. Cosa que muy difícilmente se perdona.

(Como que en innúmeras ocasiones hallé a mi paso personas que no me perdonaban el que yo tuviera *la insolencia* de tener más razón que ellas).

¡Lo que nos dió que reír el hecho!... La actitud de niños pescados en falta de la mesa examinadora, que se comportó como de Conservatorio Musical donde es sabido que todos sacan sobresaliente, 10, y que un nueve equivale casi a un cero, tan horros estaban de ilustración!

Mas, ya que hablamos de notas confesaré que mi único 10 en la Facultad lo obtuve en dibujo, confesión que no me produce el más mínimo rubor, porque alguna que otra vez merecí como en el caso referido la máxima clasificación, pero como otras veces merecí cero y pateadura, y no me lo pusieron, ni me la pegaron, váyase una cosa por la otra. En resumidas cuentas fueron indulgentes conmigo.

Indulgentes me parece poco decir. Fueron extremadamente considerados, porque lo repito, más de un cero merecí, lo reconozco. Y no por falta de inteligencia natural o de amor al estudio, sino por razones de otra índole, porque me ponía a pintar cuando debía rever las materias, o porque sencillamente no estudiaba tanto como lo requerían los programas (que de paso sea dicho, eran recargadísimos). Como que alumnos capaces se acobardaban abandonando la carrera.

Tampoco hubiera obtenido 10 en dibujo de no haberlo dado libre. Durante el curso además de dibujo lineal, hacíamos cápsulas, alambiques, más o menos sin trascendencia, que me aburrían mortalmente y que no compensaban el estar de pie horas y horas, de modo que me decidí a dar libre el curso.

Me pusieron una prensa de copiar que realicé al lavado con tinta china, y que me salió perfecta.

Aunque el tema era poco o nada interesante, logré darle in-

terés, interpretando la luz. Hallábame sola en el recinto, lo que me permitió trabajar a gusto. Pero uno de mis examinadores por hacerme un reparo, me dijo que unas perillas podían haberse suprimido porque eran feas e inútiles. —Pero, —le contesté al punto— si las suprimía estando en el original, sin convenir previamente en ello, podría haberse interpretado como que quería evitarme tarea, pues allí la luz por cierto manoseo en la superficie se modificaba de tal modo que lo mejor de mi trabajo estaba precisamente en haber dado esa impresión del manoseo. Además no se me había pedido una interpretación sino una reproducción exacta.

Obtuve 10 y felicitación, y cuando fui a buscar mi obra para mostrarla a los míos, me hallé con que me la habían robado, lo que a mis ojos concluyó de valorizarla.

El Doctor Angel Gallardo, muy parecido psicológicamente a nuestro compañero Federico W. Gándara, por su untuosa caballerosidad y profunda bonhomía, nos enseñaba ciencias naturales y fué uno de los más amigos, de los más cordiales.

Nos facilitaba textos, y se afligía más que nosotros mismos cuando aflojábamos en los exámenes. El, con Eduardo Holmberg, quizás por su condición de naturalistas, mostrábanse más humanos y accesibles a la amistad sin empaques ni espectabilidades exageradas, particularmente el último, que nos contaba historias divertidas, además de enseñarnos con talento, botánica.

Aunque a veces perdiera algunos minutos en anécdotas ajenas a su obligación, la verdad es que sus explicaciones se nos quedaban grabadas en forma indeleble.

Cierta vez que llegó muy resfriado, alguien dijo que se había sacado de golpe seis ó siete camisetas, las que en vez de cambiárselas se las iba poniendo encima una de la otra, y a medida que su mujer se las daba para que se mudase. Como buen sabio era muy despreocupado, pero un gran amigo de sus discípulos, un profesor con *ángel*, muy ameno y pintoresco por lo demás.

De las Ciencias Naturales, la de mi predilección era sin embargo Geología, a cargo de Eduardo Aguirre entonces.

En sus explicaciones existía cierta vena de excentricidad, de la que da idea la anécdota ya referida, algo de bizarro y cándido que acicateaba mi profundo amor a la naturaleza. Era entre todos los profesores el que más permitía el maridaje de ciencia y arte por su expresiva e inconsciente gracia, por sus olvidos con resonancias de niñez inextinguida.

A cada momento se evocaban en clase el mar, los valles, ríos y montañas, y un divino perfume me embargaba el alma, santificando el razonamiento científico. Ni unos ni otros perdían su encanto porque se explayara el pensamiento en la formación de los mismos. La sola palabra, montaña en boca de Aguirre, bastaba para incitar mi imaginación, y ya era la melodía de Grieg, "Ante las montañas natales", o el recuerdo de las que ví, que al asociarse al origen lógico, lejos de despoetizarse perfilábanse con mayor encanto.

Aquí debo destacar que siempre gusté por idiosincrasia natural de contrastar impresiones o sentimientos, no por versatilidad, sino por mayor fruición de vida. Arte y ciencia se reforzaban en estas oposiciones, momentáneas por supuesto, con que sin abandonar al uno confrontábalo con la otra, y las capas geológicas, la formación de volcanes cobraban un interés especialísimo, porque el razonamiento científico florecía en terreno abonado por sentimientos y sensaciones inenarrables, que lejos, muy lejos de apagarlo le infundían extraño poder. Y así ocurrió que muchos años después en cierta oportunidad en que debí formar parte de una mesa examinadora, en la que las tres profesoras inclusive yo, ignorábamos la materia, atenaceada por la necesidad imperiosa de refrescar mis conocimientos de mineralogía y geología, leí horas antes el texto de las alumnas, y me encontré con que sabía todo eso y mucho más, apenas refrescóse en mi memoria lo aprendido en la Facultad de Ciencia Exactas, que durante más de 20 años mantuve en olvido.

El Liceo estaba entonces en la gran quinta de Santa Fe y Salguero, mis compañeras dedicadas a enseñar otras asignaturas se asombraron muchísimo de la rapidez con que suplí el alejamiento de tantos años, y de cómo me salvé y las salvé a

ellas de la situación embarazosa. Y es que aquello estaba bien guardado en los estratos de mi vida. Hecho que atribuyo más que a mi inteligencia, a la circunstancia señalada, de haber estudiado mezclando a mis estudios impresiones de belleza, de arte, de emoción.

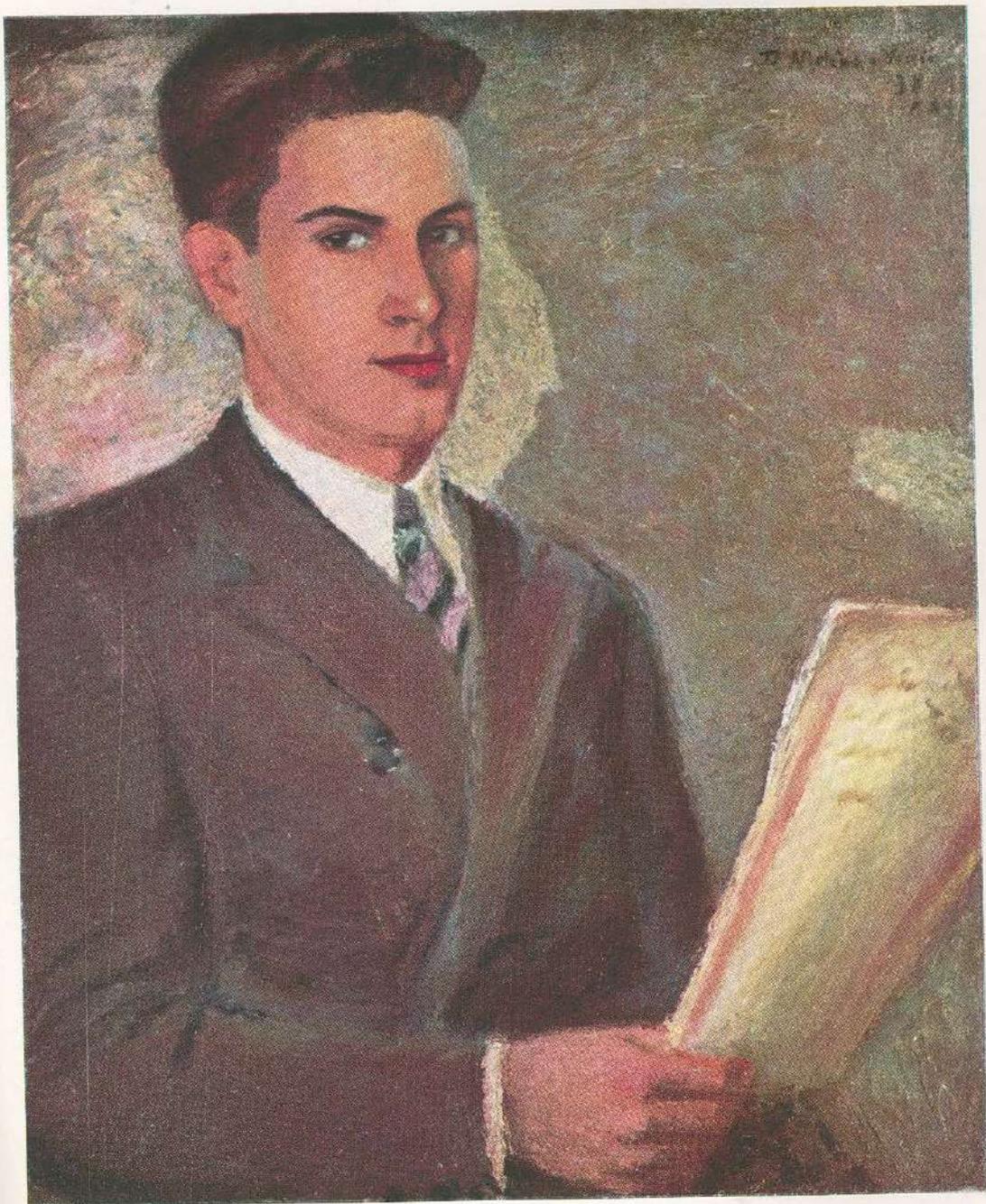
Cuando el curso no se prestaba para fantasías de otro orden, era la luz que entraba por la puerta, un rostro candoroso de algún compañero, una mano un poco sucia y que a la vez trasuntaba delicadeza o espiritualidad, o bien la bonhomía del profesor, pero necesitaba de cualquier modo mezclar belleza en la ciencia, unir a la razón el sentimiento.

Si hubiese distraído mi atención en detalles de esta clase en forma insistente abandonándome a su contemplación, claro está que no hubiera aprovechado las lecciones, y que se hubiera resentido mi preparación científica en forma fundamental, pero es que yo no me detenía en ellos mas que el tiempo preciso para que un halo de emoción perfilara el razonamiento en un ámbito nobilísimo, tonificante para mi corazón y mi cabeza de mujer sensible y estudiosa.

Pienso, por otra parte que estas escapadas mías de la imaginación son cosa corriente aunque los estudiantes, hombres o mujeres no se ocupen por lo común de manifestarlas. Creo que responden a una especie de imperativo vital, la necesidad de fundir emoción en el razonamiento lógico, y comprendo perfectamente lo que le ocurrió a Darwin cuando en la mitad de su vida se lamentó por haberse dejado dominar por el espíritu científico con demasiada exclusividad, añorando las sensaciones y sentimientos que dejó agostarse en su corazón, y que le produjeron para siempre la aridez desértica de los últimos años de su vida.

Quejas semejantes he escuchado en boca de mujeres universitarias a quienes la ciencia distrajo de tal modo que olvidaron la facultad de emocionarse ante un paisaje o una obra de arte.

Presenté un proyecto a la Comisión Nacional de Bellas Artes cuando la presidía Nicolás Besio Moreno, a fin de intensificar la cultura estética del pueblo, que no podía ser mejor y más



"RETRATO"

realizable pero que no se llevó a cabo porque en mi país, triste es confesarlo, las buenas iniciativas particulares no se consideran con la atención que merecen. Tienen que partir de los hombres de gobierno, y como éstos generalmente no tienen tiempo de pensar asediados por el "toma y daca" de los compromisos políticos, mucho de bueno y de realizable queda en barbecho.

En los largos años de enseñanza he palpado en mis alumnas el profundo anhelo que dormitaba en ellas de una educación estética más elevada. He comprobado que esto constituía una verdadera sed.

Felizmente logré yo, por puro instinto, orillar el gravísimo peligro de que se me agostaran las fuentes de la emoción, gracias a esa especie de acrobático ejercicio al que debo sin duda ninguna mucho de la fortaleza que me distingue como mujer.

Y la verdad es que esta aptitud invalorable se me despertó desde muy niña y cuando en verdad no existía peligro de que la razón triunfara imponiéndose a los sentimientos. Aunque en la Facultad comprendí que era llegado el instante de aprovechar mi aptitud, y la aproveché a conciencia, la rápida captación de incentivos emocionales, aun en medio de circunstancias poco propicias, me valió el conservar el espíritu alerta y ágil, y sobre todo me libró de la aridez que trae aparejada el predominio de la razón.

EJERCICIOS PICTORICOS

Para comodidad del lector he dividido en capítulos estas memorias a fin de que los interesados en alguna de mis actividades, o en lo que trasuntara mi experiencia al respecto, no se vean obligados a expurgar entre el conjunto, con la consiguiente molestia.

Aunque todo autor aspire a ser leído íntegramente, no hay que hacerse ilusiones, en estos momentos en que se lee poco y de prisa, en que el lector quiere en la forma más breve y liviana posible ir a lo que le interesa.

Empezaré por declarar que la pintura es de todas las artes la más sutil y valiosa como instrumento de vivisección espiritual.

Muchos factores concurren para ello: el estorbo material de limpiar pinceles, paletas, (estorbo que por sí solo reclama cierta dosis de heroicidad), preparar colores que a cada instante se concluyen, y que hay que elegir sólo entre los estables.

La circunstancia de que muchos se modifican después de secos. Los cambios de luz que transforman valores, y cuando ya es ardua tarea desprender a éstos de la coloración, atendiendo sólo a la intensidad luminosa; el acercarse o alejarse del modelo, en fin el cúmulo de pequeños y a la vez fundamentalísimos detalles que exigen una atención alerta y continua en un plano de reflexiones u emociones que debe mantenerse incólume a pesar de mil movimientos físicos, que lógicamente tienden a destruirlo; todo contribuye a un ajetreo espiritual y físico, que como esos movimientos a los que se somete una máquina a fin de poner al descubierto las fallas del mecanismo, ponen aquí también en descubierto, la pereza, la timidez o vacilación del ánimo, las virtudes y defectos en una palabra del pintor.

LA PINTURA INSTRUMENTO DE VIVISECCION

No existe nada, lo repito, comparable a la pintura en cuanto a ser instrumento de vivisección.

Como alguna vez sostuviera estos conceptos ante un artista francés en la época de mis estudios en París, éste me dijo que eso significaba que la pintura era mi vocación principal, como más tarde lo afirmaría Yrurtia, cuando me dió generosamente lecciones años atrás. Otros, que no yo, lo creyeron así.

Pero lo cierto es que por ella palpé mis condiciones y defectos de carácter como con ninguna otra de mis actividades.

¡Cuántas veces me hubiera aplicado las flagelaciones con que los monjes se castigan por sus pecados, después de arruinar por tozuda insistencia algún ensayo feliz!...

Lo que más me obstaculizaba era no poder independizarme del ambiente y de las personas que me rodeaban.

¡Qué se puede lograr cuando el artista compenetrado de la incomodidad del modelo se lo pasa pensando en él, y condoлиéndose de su situación, así se le remunere bien la molestia!...

El pintor Figari a quien consulté en alguna ocasión me dijo que yo pecaba por un exceso de inocencia, pero yo creo que él quiso decir que por un exceso de bondad. Ya que la inocencia no me parece que pueda ser nunca un defecto, tratándose de arte, aunque sí pueda serlo tratándose de negocios. ¡Claro!

Opinión que compartía conmigo, una vez que comentábamos el hecho, José León Pagano.

Recuerdo que a éste le asombraba muchísimo la forma en que yo le mostraba algunos ensayos.

—Nunca he visto a nadie que muestre sus obras como Vd. las muestra. De cualquier modo, sin preocuparse poco ni mucho por hacerlas valer sobre un caballete o con buena luz.

Y es que además de mi absoluta falta de empaque, siempre fui modesta y sencilla, anhelosa por descubrir mis lados débiles, y consciente de mi escaso dominio en el difícilísimo arte de pintar.

Yrurtia me reprochaba el exceso de espíritu crítico que él consideraba como un gran enemigo del artista, criticándome por-

que a mis hijos yo los aleccionaba en ese sentido. Llegó a decirme que consideraba un crimen mi conducta.

Para acicatearlos en punto a comprender y ver con agudeza, yo les pagaba monedas en proporción a la falla que descubrían.

Pero aunque el "*Nosce te ipsum*", pudo trocarse chuscamente en "*No se te hizo*", por lo lejos que quedé de alcanzar el indispensable dominio técnico, le debo sin embargo a la pintura la mayor conciencia de mi carácter que pueda deberle a algo.

Desde muy niña me interesó vivamente.

En la escuela primaria, el profesor Raimundo Rossi italiano que tenía la peculiaridad física de mover verticalmente la punta de la nariz cuando algo le interesaba, tal y como si lo captara por el olfato más que por la vista, solía decir al examinar los deberes de las alumnas: —"cuí si sente Molina", lo que me llenaba de secreta satisfacción, aunque negase la verdad de mi ingerencia con mucho desparpajo, pues en efecto les hacía los dibujos a mis compañeras, disimulando la satisfacción de que mis trazos denunciaran mi personalidad.

Todos mis hermanos, exceptuando a Miguel, el menor de los varones, demostraron aptitud para el dibujo o la pintura, afición que heredaron también mis hijos, y mi nieto Juan.

Mi gusto por el arte pictórico se inició y se desarrolló en forma semejante a como se desenvolvió la historia de la pintura.

Empecé con los dibujos cavernícolas de los niños, luego pasé a las miniaturas sobre marfil que permiten abarcar conjuntos más fácilmente, y que presentan la conveniencia de habituar a la exactitud, permitiendo corregir el trabajo en forma indefinida ya que el agua disuelve los colores quitando toda traza de los mismos.

A las miniaturas les debo mucho de la relativa pericia que alcancé más tarde para el retrato, pues además de ejercitarme en paciencia, me ejercité en abarcar el conjunto, cosa esencialísima que empezando con obras grandes, no se consigue tan fácilmente por causas que considero obvio señalar.

Pinté muchas miniaturas entre los 14 y 16 años, retratos de

mis abuelos maternos, de mi padre, de amigas como una hija de la señora de Portes, la niña Soledad Ortega y otras, y reproduce con colores a mi albedrío "La anunciación" de Burnes Jones, y otros cuadros famosos. El aprendizaje lo hice sin lecciones de ninguna especie.

Muchos años después don Rogelio Yrurtia que tenía fe en mi aptitud, me dió algunas lecciones. En el vestíbulo de mi casa en Belgrano, la misma que hoy habito, me puso unos cuerpos geométricos que dibujé a la perfección con carbonilla. Fué la primera prueba a la que me sometió a fin de comprobar mis condiciones. Por una temporada me estimuló tanto que yo dibujaba y pintaba durante días enteros sin más tregua que los momentos del almuerzo o la cena. Dibujé la entrada del vestíbulo, pinté naturaleza muerta. Luego por su carácter algo despótico, o quizás por culpa mía exclusivamente, nunca acerté a saberlo, nos distanciamos, aunque siempre conservo de este artista un recuerdo lleno de gratitud. No me han sobrado estímulos, y sí, antes bien me han faltado, de modo que mi reconocimiento es muy grande, y perdurará aunque nos hayamos alejado definitivamente.

Recuerdo que siendo yo una muchacha, mi padre nos ofreció cierta suma de dinero para el que ganase un concurso organizado en casa, con mis hermanos.

Cuando se trató de hallar juez, elegimos de común acuerdo al pintor Martín Malharro que vivía por entonces en la calle Congreso a un paso de Cabildo, relativamente cerca.

Allí fuimos todos. Malharro estuvo un instante indeciso, pero luego señaló el de mi hermano Adolfo como el mejor. Este hermano mío que murió joven a poco de casado, tocaba muy bien el violín, y sostenía a menudo que en arte todo era cuestión de tiempo, y que si a él le acordaran el necesario, se animaba a dibujar o pintar tan perfectamente como el mejor artista del mundo.

"Si quieres bien dibujar
no te canses de borrar"

decía parodiando un dístico que se aplica al juego:

“Si al pocker quieres ganar
no te canses de pasar”.

Largas y apasionadas discusiones sosteníamos a propósito de su teoría, pues yo no pensaba que todo se redujera a tiempo.

Don Martín Malharro que como buen artista era un hombre generoso y entusiasta, en aquella ocasión, ponderó nuestra actitud, no sólo porque nos gustara el dibujo sino por la forma como acatamos su dictamen.

Nos mostró acuarelas empezadas y concluídas, óleos, todos paisajes, y nos despidió con palabras de estímulo que nunca olvidé. En el fondo se resumían en que hay que perseverar, viniendo como a darle la razón a Adolfo. No se me despintan sus ojos azules de mirar austero y limpio, que recordaba el mirar de un gato hogareño, al que se le sumara la santidad del artista enamorado de su arte, ni la satisfacción que trasuntaba su gesto cordial, campechano, sin el menor asomo de empaque o engreimiento, aunque ya gozaba de sólida reputación.

Visitaba yo mucho el antiguo Museo que entonces dirigía Eduardo Schiaffino (*) y recuerdo que Sívori mostrándome un pequeño cuadro de Malharro me dijo una tarde:

—Diré de él lo que a mi juicio significa hacer el mayor elogio: Quisiera haberlo pintado yo.

Nobles palabras que no creo se oigan a menudo en boca de colegas.

El pintor De la Valle dirigía unas clases de conjunto en el piso alto, próximo al Museo, que yo visité algunas veces, como más tarde visitaría otros institutos similares en Europa, o aquí la Academia Superior del balneario, sola y en ocasión de la visita de Jules Simón. De las grandes capitales lo que más me atraía eran los museos de arte que recorrí palmo a palmo. En el Louvre copié “el Condotiero” de Antonello da Messina, un dibujo

(*) Autor de una importante obra “La pintura y la escultura en la Argentina”.

de Leonardo da Vinci cuyo original estaba en San Petersburgo, y que conservo aún.

En el Luxemburgo, "La falaise, de Boulard", "Mujer desnuda" de Carolus Durán, y el retrato del pintor Français, del mismo autor; además de L'Etoile de Degas, y otra bailarina "acroupie" al pastel, una marina de Monet, pintor este último por quien sentí siempre gran predilección, "La femme au bal" de Berthe Morisot, y pinté del natural unos alrededores con cielo cubierto, (y por la misma época en unas vacaciones inolvidables pasadas en Inglaterra en compañía de mi tía Amalia y mis primos Carlos, Max, y Missete Daireaux un paisaje del balneario de Eastbourne).

Durante el año y medio que viví en París, algo frecuenté la Sorbona, asistí a algunos cursos de dicción, y estudié canto, pero me dediqué a pintar especialmente. Concurrí a algunas clases de croquis rápido, en las que se cambia el modelo cada media hora, y aun cada quince minutos, sin recibir indicaciones, pero la presencia de otros en estas clases de conjunto, y máxime siendo, como lo eran, concurridísimas, me molestaba, de modo que las abandoné pronto.

Cuando alguien posee natural dinamismo, preocupación por aprovechar el tiempo y juventud, en un ambiente tan favorable como París, se puede conseguir un gran rendimiento.

Me propuse trabajar de firme, y trabajé a destajo.

Fué la época de estudio más intensa de mi vida, la que más ansié siempre renovar, la más densa de impresiones estéticas y la más limpia de toda otra preocupación que no fuese la de aprovechar el tiempo. Todos mis sentidos estaban concentrados en el estudio, y con la vehemencia que me distingue, todas mis energías concurrían a un solo fin: estudiar.

¡Años felices, aquellos!...

No sólo trabajé en los museos someténdome a las mil molestias que esto origina, largas caminatas en busca del guardián encargado de guardarme mis telas y adminículos, sino que debí soportar estoicamente la pesadísima caravana de visitantes y mirones, que parecen animados de la maligna intención de in-

comodar con reflexiones inoportunas. El egoísmo del hombre se revela en tales ocasiones con fuerza arrolladora, y para colmo de males por un exceso de efusividad o cordialidad, yo nunca pude aislarme de las personas que me rodearon hasta el punto de volverlas indiferentes e inocuas.

¿Por qué los que miran pintar son especialmente groseros e inhumanos? Es algo que me he preguntado una y mil veces. Quizás suponen que porque una no habla, no reflexiona, y que todo es mecánico o punto menos en el arte del pintor... pero lo cierto es que muy rara vez se da el caso de un curioso que observe desde lejos sin conversar, y con el respeto consiguiente.

Durante mi primer viaje no pinté a bordo. El movimiento del barco, el aire de mar y el ambiente materialista, desayunos, almuerzos y cenas desmesuradamente anunciados con el campanilleo habitual, y que abarcan en tiempo e importancia el interés del pasaje, además del hecho de viajar con la Señora Carmen Arce de Vedia parienta muy instruída, inteligente y conversadora que nos acompañó a mi hermana Carolina y a mí hasta Italia donde nos separamos después de pasar algunos días juntas en Génova, hizo que la travesía transcurriera rápidamente sin dar cabida a estudios de ninguna clase, a no ser los psicológicos a que se prestan los viajes, como quizás ninguna otra circunstancia de la vida.

Heredé de mi madre una gran curiosidad psicológica, unida a la aptitud de observar que siempre la acompaña. Algunos artistas teatrales, otros comerciantes, unas señoras, (las infaltables a bordo que no se sabe si son damas, mujeres, señoras o señoritas), y que no sueltan prenda por nada del mundo en lo que se refiera a sus misteriosas vidas, me acicateaban la imaginación. Forjábame novelas alrededor de estos compañeros de viaje.

A menudo también los contemplaba con ojo de pintora, componiendo una hipotética tela al aire libre, sin las fatigas del ajetreo pictórico, y con la ventaja de renovar la inspiración a cada instante.

No creo que exista ser humano alguno, que en alguna medida no se sienta pintor hallándose en pleno océano.

Mi gran placer consistía en abstraerme durante largas horas en la contemplación del mar y aunque no pintaba materialmente, pintaba sí con mi fantasía, me lo iba adentrando en el corazón. Para amar de verdad, acendradamente algo, hay que dedicarle mucho, muchísimo tiempo, y mis repetidos viajes a Europa me sirvieron para compenetrarme de la maravillosa vastedad del océano y de las espumas efímeras y renovadas en el eterno azul, espectáculo que nos ata los sentidos de tal manera, que al desprendernos de él sufrimos como un íntimo desgarramiento.

Pinté el mar por primera vez en Eastbourne, y todo el que lo ha pintado sabe cuantas luces y cambios se suceden en breve espacio de tiempo, pero también sabe que algo queda de inmanente en el fondo de esos cambios, que el horizonte es siempre más oscuro y más gris que el agua próxima, al revés de lo que ocurre con los árboles que a la distancia son más claros a causa de que la atmósfera interpuesta, aclara los colores oscuros y viceversa oscurece los claros.

De ahí uno de los principales escollos para quien busca obtener lejanía en el mar, pues la calidad de oscurecimiento que requiere el horizonte debe participar del tono más cercano y luminoso y a la vez distanciarse millas y leguas.

Oscurecer y acercar es fácil pero oscurecer y alejar, no. Todo pintor sabe que es preferible usar pocos colores, y un sólo azul. ¿Pero cuál azul? En Mar del Plata frente al muelle de Lavoyante (poco después arrasado por las olas), viví horas de intenso escudriñamiento. El azul de ultramar era demasiado chillón, el cobalto demasiado gris, el violeta de cobalto con azul cerúleo blanco y un poco de ocre o de tierra de Italia, según la luz, daban un resultado sino perfecto satisfactorio para el cielo, pero el agua ya era otra cosa. ¡Cuánto más cambiante y difícil de apresar! Recuerdo que un día algo nublado se produjeron franjas, entre verde botella y verde cobalto tan luminosas que el deleite de contemplarlas me producía tal deslumbramiento que me inhibía para captarlas en la tela. En una de esas ocasiones un transeunte que si mal no recuerdo se llamaba Enrique Giannatassio,

(cosa que supe posteriormente), me pidió permiso para fotografiarme, interesado quizás por la expresión de arrobamiento y de meditación que trasuntaría mi persona, pues ni mi físico ni mucho menos mi indumentaria podían atraer la atención de nadie.

Siempre pequé por despreocupación en el vestir. Despreocupación que a menudo lindaba con el atorrantismo, y pintando mucho más, porque necesitaba de modo absolutamente imprescindible despreocuparme del traje y mancharme de pintura a mis anchas, con tal de mantener mis cinco sentidos atentos a la obra.

Este señor a quien nunca más ví, tuvo la gentileza de enviarme una ampliación de aquella fotografía, rasgo verdaderamente excepcional por el absoluto desinterés de su gesto.

Además del muelle Lavorante, pinté a plena luz del día la rotonda próxima, con un banco azul en el primer plano, unos muros de piedra sin mayor interés y que se prestaban espantosamente para mamarrachear, y unas casas semi-ocultas por la barranca tomada cuesta arriba. También un atardecer, con un farol, y la playa de los ingleses.

Allí oyendo de tanto en tanto pregonar a los pescadores, "La belleza do mar"... "La vera belleza"... pasé horas de íntimo contacto con el paisaje espléndido.

Pero retomando el relato en forma más cronológica recuerdo que trabajé en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, siempre sin profesor en las sesiones con modelo vivo cuando esta Sociedad estaba en la calle Maipú. Algunas veces iban por allí el pintor Miguel Victorica, Ernesto de la Cárcova, a aprovechar los modelos, y Emilio Centurión, Ripamonte, Collivadino, y otros a quienes no ví trabajar. A todos les interesaba lo que yo hacía, Victorica me hallaba condiciones, de la Cárcova me preguntaba con qué colores había hecho un desnudo de mujer cuyo fondo era una mezcla de ocre blanco y verde esmeralda.

Ripamonte decía que lo mío estaba asentado en el suelo y que a él le chocaba particularmente ver figuras que parecían

no estar sostenidas y como volando por el aire, sin intención de que volaran realmente.

Centurión también me encontraba condiciones, y posteriormente en una exposición individual organizada por el Club de Mujeres donde abundaban los trabajos incompletos, unas sesenta telas que representaban una muy ínfima parte de mis ensayos, el pintor Alberto Rossi me dijo que yo tenía pasta de pintora, que él distinguía perfectamente a quienes pintaban por pintar, pero sin ser pintores y a los que tenían verdadera aptitud, y que yo era pintora. No añadió quizás por cortesía lo que seguramente pensaba *aunque me quedase a mitad de camino*, por falta de pericia, por falta de técnica.

—¿Y cómo explica Vd., — me saltará alguno al paso esa falta de técnica, si con lo que pintó hubo de sobra para alcanzar maestría?

—No, no hubo de sobra. A mí me faltó lo que decía mi pobre hermano Adolfo: Tiempo.

EXPERIENCIA PEDAGOGICA

MAESTRA A LOS 16 AÑOS

En la Escuela Casto Munita de Belgrano, donde cursé los últimos años de la primaria, la directora Trinidad Gastaldi me utilizaba a menudo en la tarea de suplir a maestras enfermas, por haber descubierto mi vocación pedagógica, y preferirme a mí entre las compañeras mayorcitas, y así aconteció que a poco de dejar la escuela vino a proponerme la suplencia de Nicanora Bettinotti, maestra de 1er. grado con nada menos que setenta inscriptos.

Una pequeña ciudad. Cosa que ya no se ve.

La aludida se preparaba para casarse, y dejar después el empleo.

Acepté la suplencia que era sin goce de sueldo al principio, y que por la circunstancia de haberse suicidado en el Tigre el novio, un tal Zimmermann, ya a punto de casarse, se prolongó después con suplencia paga.

Profundo misterio rodeó al trágico desenlace, y la pobre Nicanora por poco se suicida también tal fué su desesperación.

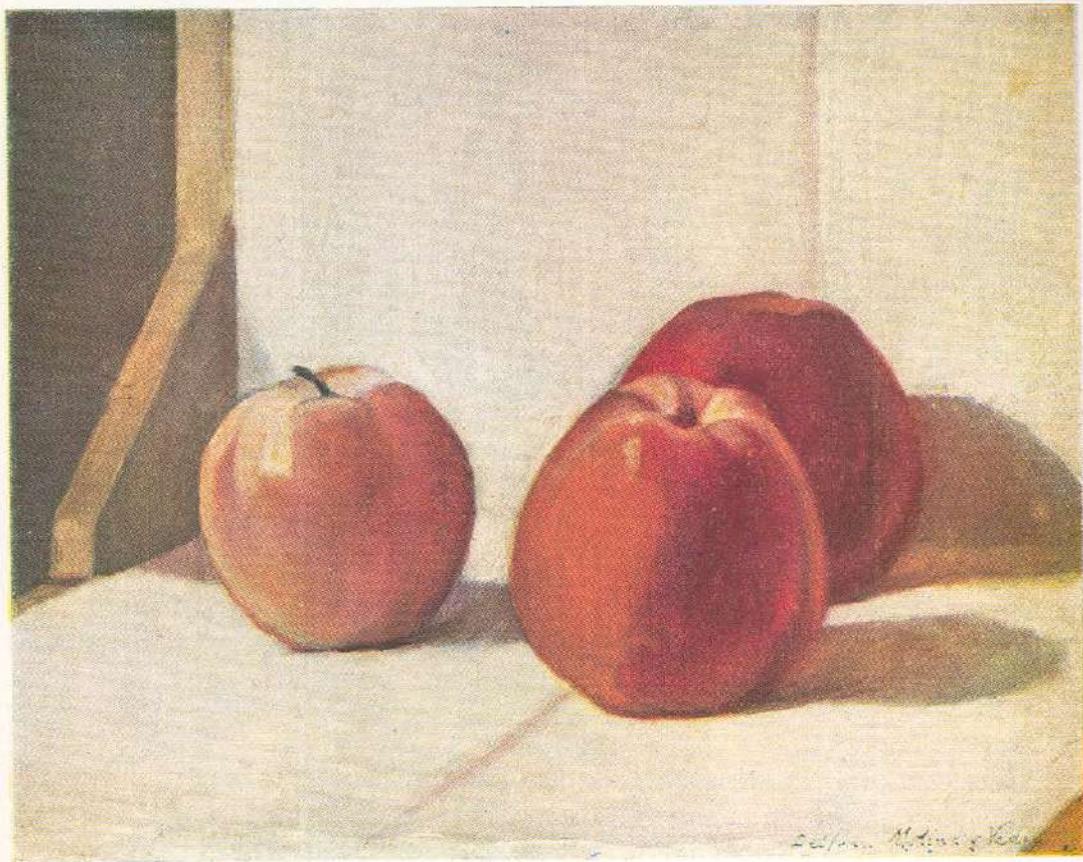
Trabajé con ahinco, me desempeñé con verdadero entusiasmo.

Tuve de alumna a mi hermana menor Celina, a Blas Pico a quien no volví a ver, (como años más tarde tendría en el Liceo de Señoritas N° 1, del que fuí fundadora, a mi hija Laura).

Contaba entonces apenas 16 años, pero representaba como he representado siempre más edad. Lo que facilitaba mis funciones frente al grado.

Me consideré obligada a los mayores sacrificios, en mi afán por extraer de mis alumnos lo más que pudieran dar.

Todo era poco. Hasta los llevaba a mi casa que distaba pocas cuadras para enseñarles canto, preocupada por lo mal que



"MANZANAS"

lo enseñaban en la escuela, donde los obligaban a gritar, y para como canciones tontísimas.

Yo les enseñaba los tradicionales cantos: "En España hay una niña"... "Mambrú se fué a la guerra"... etc., casi a boca cerrada para acostumarlos a matizar, y espiritualizar el sentido de la letra y de la música.

Este empeño, como tantos y tantísimos míos, era absolutamente desinteresado. Guiábame el anhelo de que no perdieran su afición a la música.

La gimnasia que hacíamos con clavas, (por disposición de las autoridades), la amenizaba yo con juegos en los que intervenía a la par de ellos.

Cierta día, a uno de mis diminutos alumnos se le antojó sentarse en medio de un largo manubrio de madera, para ser llevado por otros dos.

Con verdadero espanto lo ví girar de su asiento sin soltarse, y dar con la cabeza en tierra. Aquel ruido repercutió de tal modo que me quedé paralizada de terror. Sonó como un tiro.

Felizmente no tuvo ni la más mínima consecuencia, fuera de un chichón que me apresuré a disminuir atándole una moneda de cobre de dos centavos, y mojándole con agua helada la cabeza. Esta era enorme, y muy redonda.

El niño se llamaba Tacchiolli y solía llegar tarde. Entonces se detenía en la puerta como un torito que husmeara en el aire la hierba, (aunque lo que husmeara fuese una reconvencción), miraba a uno y otro lado esperando permiso, y por fin sin decir palabra se encaminaba a su banco.

Distinguíase de los demás por su carácter reconcentrado, y veraz.

No explicaba sus retardos porque probablemente no tenía una explicación satisfactoria, y a él no le gustaba mentir. Me daba cuenta de ello y no le preguntaba nada. Su expresión era tan noble, y de tan rara vida interior a sus años, que me inspiraba respeto, además de cariño.

Lo recuerdo como si lo tuviera ante los ojos.

Las maestras llevábamos todas un libro de temas diarios

donde se podía apreciar la importancia que yo le daba al lenguaje. Las lecciones de moral las reducía casi por completo al significado de las palabras, que amenizaba con pequeñas historias inventadas a la medida de ellos. Mentira, bondad, egoísmo, generosidad, amor al trabajo, holgazanería, etc., se definían aprovechando sucesos reales o imaginados que les interesaban vivamente.

Los resultados eran tan satisfactorios que nunca dejaban los inspectores de visitar mi grado cuando iban a la Escuela, pues la directora me tenía en gran concepto.

Modestia aparte; merecido.

El libro de lectura era "El Nene". Por cierto nada pedagógico. Yo no tenía nada que ver en la elección.

Baste para muestra un botón.

"Onésimo tiene un sueño pesado. Sueña como si oyera un cañonazo".

Evidentemente lo que quiso decir el autor era que ni un cañonazo despertaba al tal Onésimo, que bien pudo llamarse Pedro, Francisco, o Juan, para que el cañonazo del insólito esdrújulo no sacudiera, paralizándola, la atención de las pobres criaturas.

(Aunque todo bien mirado era mejor asustarlas de entrada, así no se daban cuenta del disparate que venía al punto).

Me dediqué con tal empeño al grado, que aquello no era ya trabajar, aquello era un frenesí, un desvivirse, con palabras de mi madre: "un matarse y la vida quitarse".

Solía decir ella: —"Yo no sé a quién sale esta chica (por mí), con ese afán de aporrearse la existencia".

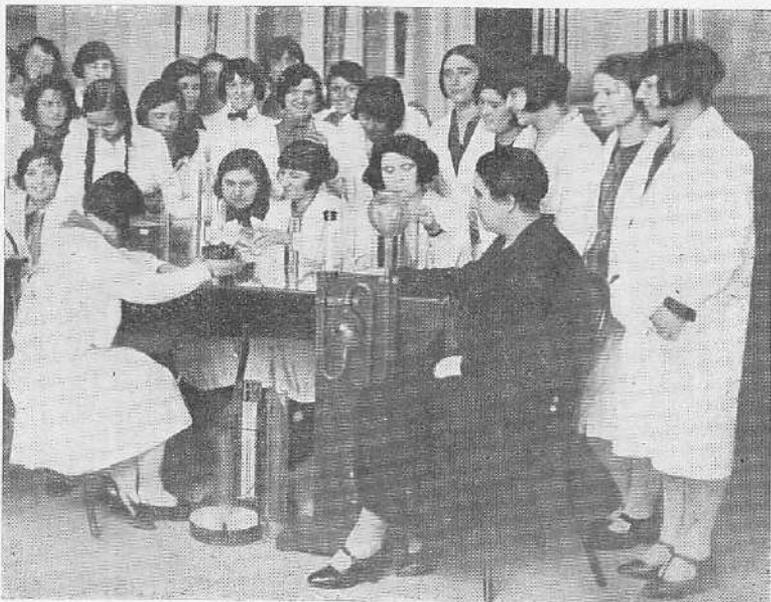
Me prodigué de tal modo que caí enferma, y tuve que abandonar el grado. De joven pequé, por lo que aun pecho hoy, por exceso de celo.

Repuesta más tarde, seguí el bachillerato en el Colegio Central y la Universidad. Concluídos mis estudios obtuve en vez de un puesto directivo que solicité al crearse el Liceo, dos cátedras en el mismo, en el año 1907. Como faltaban profesores me inicié enseñando química, física, botánica y mineralogía, instrucción

cívica e historia argentina, en varias divisiones del Liceo Nnal. de Señoritas N° 1. Trabajaba por valor de seis o más cátedras y cobraba dos.

Así durante varios años.

Después de diez conseguí el título de profesora de Enseñanza Secundaria en Ciencias y Letras, que otorgaba el Instituto Na-



En el gabinete de Física del Liceo Nacional de Srtas. N° 1.

cional del Profesorado Secundario. Posteriormente obtuve dos cátedras más y en los últimos años dictaba 4 horas diarias en ocho divisiones, castellano y física en los cursos superiores, del Liceo Nacional de Señoritas y la Escuela Normal N° 10 donde concentré mi labor pasando de la N° 6 por la ventaja de vivir en la manzana contigua, (y con dolor pues fui fundadora como del Liceo también de la Escuela Normal N° 6).

En el Liceo Nacional de Señoritas N° 1, bajo las direcciones

sucesivas de Ernestina López, Leopoldo Herrera, Berta Wernicke y Amaranto A. Abeledo, en lapso de 32 años dicté diversas asignaturas y por fin física en 4º y 5º año, con el máximo de horas por cátedra, a razón de 4 horas diarias.

Trabajaba, y hacía trabajar. Y aunque en los primeros tiempos no enseñaba castellano siempre me preocupé porque se expresaran correctamente, colaborando de este modo con los profesores de esa materia que en mí tenían una amiga tan incondicional como ignorada.

Varias personas ilustres visitaron mis clases, además de algunos inspectores.

Entre las más importantes recordaré en orden cronológico la del doctor O. Boeltz, ex-ministro de Instrucción Pública de Prusia, visitó el Liceo en 1927 acompañado del doctor Antonio Sagarna quien era entonces nuestro ministro de Instrucción Pública. En "La Nación" de fecha 8 de noviembre de ese año se da cuenta de que estuvo en mi clase de física, donde vió a mis alumnas manejar la bobina de Ruhmkorff, y realizar diversas experiencias.

Se mostró comp'acidísimo, y creo que influyó en su espíritu el que usáramos el texto de Kleiber y Karsten traducido en Barcelona, y en el recreo conversando conmigo se extrañó de que yo no estuviera en un puesto directivo.

A propósito de esto referiré que el doctor Rómulo S. Naón me ofreció cuando fué ministro de Instrucción Pública la dirección del Liceo de Paraná, a los pocos momentos de conversar conmigo, y de verme por primera vez. Pero no acepté por la imposibilidad de dejar Buenos Aires donde trabajaba mi marido y estudiaban mis hijos.

Siempre que se me presentó la oportunidad, luché por interesar a las autoridades en favor de los anormales de tipo superior, sacrificados injusta y torpemente en bien de la medianía, por un erróneo criterio sentimentaloides (*).

(*) En el "Código de los derechos del niño, y finalidades de la nueva educación" del doctor Pascual Albanese, se me cita a propósito de mi interés por los superdotados.

El mismo que todavía sacrifica a la mejor maestra encargándola de los peores alumnos, y castigándola así por su excelsitud. ¡Crimen abominable!

¿Por qué han de gozar de la protección y mimo del Estado, los sordos-mudos, débiles, ciegos o retardados, y no ha de otorgarse la más mínima atención a los superdotados?

Fuera del ensayo que realiza en Mendoza, Raffo de la Reta, no sé que se haya contemplado, en la Argentina, este asunto con interés condigno.

En la Asamblea del Profesorado Secundario del año 32 de la que fui vice-presidenta formulé una moción en ese sentido que tras reñida lucha conseguí fuese aprobada, así como otra referente a la intensificación de la educación estética, que no levantó parecidas oposiciones.

Son los dos puntos en que las cosas pueden mejorarse notablemente, con nada más que un poco de buen sentido pedagógico.

Durante el ejercicio del profesorado hice cuanto estuvo a mi alcance por subsanar dentro de la esfera de mi acción las fallas apuntadas, llevando a mis alumnas al Museo de Bellas Artes o al Salón Anual, e incitándolas por las sendas del arte, aunque mi asignatura poco se prestara a esta prédica.

Lo que yo hubiera verdaderamente deseado en punto a pedagogía no lo pude realizar nunca.

Dirigir un grupo de alumnas, 30 ó 40 y educarlas con un plan exclusivamente mío y en internado de modo a sustraerlas del influjo pernicioso del ambiente. Un plan semejante al que yo soñé para mí, perfeccionado por meditaciones posteriores a mi auto didactismo y en el que la educación estética y los ejercicios de introspección tuviesen papel preponderante.

Pero volviendo al tema de las visitas en mis clases.

La doctora María de Maeztu a quien fui a recibir junto con la doctora Lidia Peradotto a Montevideo, como delegadas del Liceo N° 1, también asistió a una clase mía después de la cual dijo que le había llamado la atención el interés que demostraban las alumnas: —Esas no son caras, —dijo— son soles.

En unas palabras que pronunció en 5to. año antes de retirarse aquel día hizo especial mención de mi curso.

Mister Percy Alvin Martin profesor de historia de la Universidad de Stanford en California, que después se ligó a nosotros visitándonos en Belgrano y presentándonos a los esposos Dawson, norteamericanos amigos suyos residentes en La Plata, donde él trabajaba en un alto puesto en el observatorio astronómico, y que más tarde fundara la asociación "Amigos de la astronomía".

El doctor Amado Alonso (*) en la cátedra de castellano, quien propuso como tema una poesía de Rubén Darío. Elogió mi clase y se sorprendió sobre todo de las alumnas, una de las cuales le dió una contestación que en la Facultad, al decir de él, le habría valido un 10 a cualquier alumno.

Lo que distinguía a mis discípulas era precisamente que razonaban con agudeza y con una madurez especial que no excluía la natural juventud. En los exámenes, siempre oía decir que la preparación sobrepasaba en mucho a lo que pedían los programas.

Insistía en las composiciones, en prosa y en verso. Un concurso con regalos para las que se expresaran oralmente mejor, y sobre todo, análisis de carácter estilístico, para que adquirieran conciencia del por qué gusta más una cosa que otra, me dieron resultados sorprendentes.

Me desvelaba pensando cómo variar sugerencias, cómo afinarles el sentido poético y las jóvenes que son por naturaleza, en la Argentina muy sensibles al interés que despiertan, compensaban con creces mis desvelos, demostrando tal curiosidad y dinamismo que yo no sabía por fin si ellas me arrastraban a mí, o yo a ellas, como en el cuento de la carretilla.

"La hora más hermosa, castellano, llegó",

escribía en 1er. año Marta Gerlero, refiriéndose a mi clase.

Siento no tener en mi mano deberes que lógicamente devolvía corregidos, pero Avelino Herrero Mayor, cuyas ideas hispa-

(*) Con quien disiento en cuanto al uso de la "ll" castellana castiza, que no empleamos, ni debemos emplear.

nizantes no comparto, que estuvo en una de mis clases y oyó leer algunas poesías estrictamente auténticas, (pues se escribían en mi presencia y con algunas someras orientaciones previas), se quedó asombradísimo.

En forma muy abreviada relataré algunos de los ejercicios.

La poesía de Amado Nervo que empieza:

Abril. Cesó la lluvia... etc.

me sirvió para demostrarles por qué una parte aparecía superior a otra. Y fué así. Sin que se pudieran poner de acuerdo, ni sugestionarse recíprocamente, les pedí que marcaran de la poesía el verso o el trozo que más les gustaba. Algunas señalaron,

"Yo me detengo a oler embelesado,"

pero la inmensa mayoría optó por el verso siguiente:

"Las húmedas matitas del camino".

Les hice observar que este verso contenía todas las vocales, a diferencia del anterior donde faltaban la "u" y la "i". Destaqué la importancia del acento en la segunda sílaba que por el hecho de corresponder a esdrújula se valorizaba más aún. Les recordé ejemplos como el principio del "Nocturno" de Silva donde los esdrújulos juegan un papel primordialísimo y nos detuvimos en "música", de aquellos primeros versos. Después seguí con otro ejemplo similar de Santos Chocano en "Ahí no más". Analizamos los otros versos de la misma poesía cotejándolos con el preferido, y donde fuimos señalando juntas leves imperfecciones. No es para contada la búsqueda fervorosa de rasgos significativos que se despertó en mis alumnas, ni como las azuzaba yo en el empeño de captar matices, intenciones, ya fuesen materiales, es decir de orden sonoro o rítmico, ya psicológicos.

Largo fuera detallar paso por paso aquellos ejercicios de los que doy un somero ejemplo para poner de manifiesto que en punto a enseñanza del idioma, lo primero, a mi juicio, es despertar o estimular el sentido idiomático por el camino del arte, pues sólo con amor despierto por las palabras y las formas, el apren-

dizaje de la gramática puede ser eficaz y ameno, de ningún modo sin aquella condición previa, preferentemente por medio de la poesía.

Tuve la satisfacción de que el doctor Amado Alonso que me honrara con su visita alabase fuera de mi presencia la orientación que yo daba a la enseñanza del castellano, referencia que obtuve por el doctor Gregorio Halperín.

OBSERVACIONES LINGÜÍSTICAS

En el canto y la composición literaria está precisamente el campo de mi mayores aptitudes. Por natural disposición poseo agudo sentido psicológico y lingüístico, y que además he cultivado con observaciones personales en todo lo referente a uno y otro pues ambos me apasionan. A menudo ocurre cuando la tendencia a observar predomina sobre la tendencia a estudiar, que el observador como vulgarmente se dice "descubre América" cuando ya está descubierta, pero también algunas veces descubre lo que no ha sido descubierto con anterioridad.

Por ejemplo yo descubrí hojeando el diccionario de catamarqueñismos de Lafone y Quevedo que la vocal "e" es muy poco frecuente en quichua, aymarará, cacano y otros dialectos aborígenes, y llevando la observación más lejos también muy poco frecuente en ruso.

Deduje después de otras observaciones, que la "e", por ser vocal intermedia entre las otras en cuanto a la posición, del aparato sonoro requerida, tiende a evitar los saltos bruscos de la garganta a los labios. La palabra "naguas" del nahua't al pasar al español se transforma en "enaguas", con el mismo sentido semántico. Además descubrí que la causa de la mayor musicalidad del acento argentino y en general americano, con respecto al castellano castizo, consiste en que la emisión de los sonidos por la colocación de la lengua más baja de la parte media, rehuyendo las oclusiones de la "s" apical castiza, y la "ll" tiende a dar a todos los sonidos un punto de resonancia en la bóveda palatina que los aproxima en modo semejante a lo que ocurre en el canto, lle-

vándolos comparativamente algo más hacia los labios, sin bruscos cambios de posición.

Doy una muestra de mis observaciones que en éste, y otros campos fueron variadísimas, para significar que aunque una descubra lo que ya está descubierto, el interés y sobre todo la calidad del conocimiento varía en forma fundamental. Si bien estudié no poco, mi tendencia es auto didacta, netamente autodidacta. No he asimilado, en realidad de verdad más que lo mío, lo que yo misma descubría reflexionando. Sin que esto importe negar el estímulo de conocer y palpar ideas ajenas.

En materia de enseñar a escribir yo puedo dar lecciones eficaces a cualquiera, así se trate del mejor dotado. La técnica de cualquier arte está indisolublemente unida al carácter o idiosincrasia de quien la emplea, y si bien es cierto que existen leyes más o menos generales, toda indicación que no se funde en preferencias o repudios de orden psicológico resulta siempre más o menos ineficaz. De modo que aparte del buen gusto, y dominio del arte se necesita sentido psicológico en grado sumo, para que la crítica toque a fondo, y en el resorte justo en que es necesario tocar.

LA INGRATA TAREA DE CLASIFICAR

En toda mi carrera sólo dí lugar a una reclamación. Tratábase de una alumna inteligente pero haragana, de las que se preparan para ser interrogadas de cuando en cuando conseguir buenas notas y validas de ellas pretenden pasar en la prueba de fin de año sin saber la asignatura. En el examen demostró su ignorancia y se la aplazó. Ella alegando su colección de buenas notas durante el curso reclamó. Cuando solicitaron mi informe en mi calidad de presidenta de la mesa examinadora, dije que yo no tenía ningún inconveniente en tomarle nueva prueba, que no hacía cuestión de amor propio, con tanto mayor motivo cuanto que ésta demostraría que el aplazo era justo, con tal de que se tomara en breve plazo.

No se formó la mesa sin embargo, por considerar las autori-

dades que sentaría mal precedente discutir las sanciones de los examinadores, y la alumna se conformó.

Claro que una serie de buenas notas durante el curso entrañan punto menos que la obligación de que el alumno pase, pero el hecho es que en cursos numerosos de más de 40 alumnas no es fácil apreciar con exactitud la preparación de cada una en particular, máxime cuando alguna de ellas se propone con todas las tretas imaginables arreglar su negocio de pasar sin saber, haciéndose la enterada con escaso bagaje y aprovechando las ocasiones para engañar al profesor, y si a esto se agrega que hay profesores dadivosos (y yo soy uno de ellos), que prefieren equivocarse a favor más bien que equivocarse en contra, se explica el hecho, que con toda seguridad se repite a menudo en la enseñanza secundaria.

De mi tarea, precisamente, lo que hallaba más ingrato, era clasificar.

Experimentaba la certidumbre de no poder cumplir a la perfección tal cometido, por más que me empeñaba en hacerlo lo mejor posible. La alumna que se clasifica con 6 (en la escala de cero a diez), lo mismo puede merecer 5 ó 7 y otro tanto se diga de éstas y las próximas. Pero cuando se saca el promedio anual la diferencia es muy importante, y así se explica la presión que ejercen antes de recibir los boletines, el asedio de fin de bimestre, y la caza de notas, con que tanto se mortifica a los profesores de ambos sexos.

Y si ingrata es la tarea de la clasificación oral, mucho más ingrata es la clasificación de deberes escritos, mal redactados, confusos o incoherentes, en la que se pierde un tiempo tan enorme que casi nadie se resigna a entrar por el aro, y corregir a conciencia. Basta multiplicar 40 ó 45 por 4 ó 5 carillas que es el término medio de lo que escribe cada alumno para medir el ímprobo esfuerzo que representa. Añádase, que dos, tres y más divisiones de otros colegas se suman a los propios alumnos, por el sistema de las pruebas cuatrimestrales vale decir que aquellas multiplicaciones siguen multiplicándose, y se tendrá una idea de la agobiadora montaña de trabajo.

DISTRACCIONES

Confieso que muchas veces me sentí aturdida, exhausta. En los últimos años atendía más de 300 alumnas repartidas en 8 divisiones y a razón de 4 horas diarias seguidas. Soy por idiosincracia propensa a abstraerme y recuerdo que una mañana salí a la calle, con un zapato de taco alto y otro de taco bajo. Me encaminé a la barranca de Belgrano, hasta el colectivo, bajé en Santa Fe y Anchorena, caminando en total unas dos cuadras renqueando, y como si ello estuviera en el orden de las cosas.

Sólo al entrar en el Liceo me dí cuenta de lo que me pasaba. La jefe de celadoras quería a todo trance que yo tomase alguna determinación, que fuera a comprarme un par de zapatos en un recreo, a fin de no presentarme ante los cursos en semejante forma.

—Pero si eso no tiene ninguna importancia, —le dije.

Al entrar al aula en la 2^a hora las chicas como si se hubiesen puesto de acuerdo me miraron los pies. Como si se tratase de algo importantísimo, la noticia se había propagado como reguero de pólvora.

—Sí, son zapatos distintos —les dije sonriendo con gran calma— supongo que esto no cambiará el curso de los astros.

Y pasé toda la mañana sin inmutarme en lo más mínimo, y volví a casa como había salido. Las clases salvo la impertinencia de mis chicas de mirarme los pies al entrar, transcurrieron como de costumbre.

Ya otras veces había salido con zapatos diferentes. Tuve la mala idea de comprarme dos pares idénticos de forma pero de distinto color y fui a una exposición de pintura con uno negro y otro marrón.

Casi siempre compraba de a dos pares por la dificultad de hallar el momento de hacer compras, y para evitarme ese fastidio.

No costaba tiempo en mirarme al espejo. (Rasgo que heredé de mi madre para quien los espejos eran punto menos que inútiles) No recuerdo haberla visto nunca frente a uno de ellos. Su aversión era singular. Recuerdo sí, haberle oído criticar acerba-

mente a alguna visita porque se contemplaba en el espejo del comedor o de la sala.

Tampoco le gustaban las fotografías, de las que había muy pocas en casa y casi ninguna de ella. La oí reirse de la costumbre de poner el retrato de los dueños de casa en la sala, como si no fuera bastante con que estuviesen de cuerpo presente.

Colmar las paredes con retratos de los dueños de casa y a lo sumo los hijos, es una manera desfachatada de proclamar a los cuatro vientos el egoísmo de la familia.

Egoísmo que es mejor, evidentemente, disimular.

Ni mamita ni yo, ni en general las personas de mi familia caeríamos en ello.

Esta digresión sirve para explicar mis distracciones, que de haberme vestido con ayuda de espejo no se hubieran producido; lo reconozco.

ENTRENAMIENTO BIEN ENTENDIDO

Mas retornando a mi experiencia pedagógica aunque el exceso de tarea me fatigaba anulándome para pensar o estudiar, (inclusive para la lectura), no faltaba a clase porque prefería disminuir el esfuerzo físico gracias al entrenamiento. Levantarme muy temprano, vestirme, tomar el desayuno a la misma hora (pues todas las mañanas tenía a mi cargo cuatro divisiones seguidas), mecanizar los actos materiales hasta no sentirlos era condición que necesitaba forzosamente para desempeñarme con eficacia.

En cambio en lo espiritual huía de lo mecánico, y encaraba los asuntos como si por primera vez los viera.

Sistemáticamente trataba de olvidar (no en forma absoluta, ¡claro!) la materia, pero sí lo suficiente para que algún aspecto nuevo se presentase de improviso, y el interés mío despertara el interés de mis alumnas.

Proponía meditaciones que orillaban cuestiones metafísicas, por ejemplo que el punto de fusión del hielo, fuese el mismo que el de solidificación del agua, la no reversibilidad del rayo de luz cuando llega al ángulo límite, en la refracción, de lo que

no hablan los textos, y otros asuntos por el estilo. La corrección de la lengua me preocupaba constantemente, como que el lenguaje constituye quizás mi vocación máxima.

Fué enseñando física como descubrí el poder de embotar la atención que tienen los sonidos idénticos al repetirse con insistencia.

En una de mis primeras clases, las alumnas aprovechaban poco los fenómenos de inducción eléctrica, por el solo hecho de usar yo la designación de "positiva" y "negativa" para la electricidad. Mas en cuanto troqué los términos por "vitrea" y "resinosa" todo marchó como sobre rieles.

No paró allí la experiencia. Me preocupé de evitar asonancias y consonancias, de tal modo que mis lecciones resultaban nítidas y amenas en grado especial.

La propensión a estar alerta, y captar con rápida ojeada el grado de aprovechamiento me sirvió enormemente.

Pero por mucha aptitud que se posea como don natural, creo que se necesitan 5 años de práctica, por lo menos, para ser un buen profesor. Tengo conciencia de haber enseñado mal, y aun pésimamente en los primeros años de mi profesorado, así como tengo conciencia de haber enseñado bien más tarde.

Las que daban física en el ingreso a las facultades de medicina o matemáticas, no hallaban dificultad y me confesaban que recordaban, mejor que otras asignaturas, la que yo les había enseñado.

Me han querido como a pocas profesoras, y muy especialmente las que fueron alumnas de castellano, porque yo las estimulaba, poniendo reparos que no herían las raíces de sus entusiasmos, y que verdaderamente las ayudaban a superarse.

Como una vez le explicara a una colega mía la enorme fe que me inspiraban, ella me dijo estas palabras:

—Le envidio su fe, yo no las veo así con tan buenos ojos.

Quizás me querían tanto porque yo también las quería entrañablemente.

La insistencia con que yo las conminaba a fin de que se ex-

presasen correctamente desterrando las odiosas muletillas, la acentuación de monosílabos, el tartajeo, etc.:

—A lá corriente de inducción... decía alguna.

—¡Alá es grande y Mahoma es su profeta!, —le replicaba yo.

Esta insistencia mía, repito, en conseguir de ellas una expresión fácil y elocuente, les fué utilísima, (como no podía menos de suceder), para lo demás.

Pero el provecho mayor lo obtuve yo misma en el asiduo trato (en más de 30 años de profesorado), con jóvenes inteligentes animosas y rebozantes de optimismo y buena voluntad.

Les debo mucho, infinitamente más de lo que ellas me deben a mí. No diré que el primero, pero sí el segundo sostén de mi vida han sido, mis queridas muchachas. Y aunque algunas veces les he expresado mis sentimientos de gratitud profundísima, no he compensado ni remotamente mi deuda, que es de las que no pueden saldarse con nada.

En trágicas horas de quebranto, con el pretexto de leyes físicas me refugié en sus corazones generosos sin que ellas mismas lo advirtiesen.

Cuando inclinadas sobre los bancos se daban a resolver problemas o dibujar alguna máquina, paseaba yo la vista por los blancos delantales, por las expresiones preocupadas y candorosas que irradiaban sus rostros, las cabelleras sueltas, aureoladas de juventud, y me sentía confortada por el efluvio de sus espíritus sanos y rebosantes de bondad y hondo sentido de compañerismo. Mi alma se bañaba en la pureza de sus almas, como en pila bautismal, en estrecha comunión de perfeccionamiento. Era una sensación de religiosidad, telúrica, muy honda, inenarrable, que robustecía hasta en sus raíces más sutiles mi ser con nuevas tensiones, como si en mí convergieran las vidas de todas ellas, en una sola corriente racial, caudalosa y pujante.

¿CONVIENE POSEER MAS DE UNA VOCACION?

Es frecuente dar con personas que preconizan la exclusividad, tratándose de ocupaciones, la especialización, tratándose de arte o de ciencia, (y con mayor motivo si de esta última), por aquello de que "el que mucho abarca poco aprieta".

Y lógicamente tenía yo que hallar en mi camino oposiciones, reparos y críticas.

Cuando vivíamos en la casa paterna la gran familia unida, junto con los hijos de mi hermano Julio, Roberto uno de los mayores acostumbraba a llamarme: "Las artes reunidas", en son de "titeo".

En innúmeras ocasiones tropecé con quienes me aconsejaban que no pasase de aquí o de allá. Si mi maestro particular de música Alberto Williams, que me dedicara sólo al piano, y que dejase todo lo demás. Si de pintura, Rogelio Yrurtia, que abandonase cualquier otra afición y que me concretara a pintar; si de canto como lo pretendía Goula, al canto solo; si profesor de Química, como Atanasio Quiroga, a la ciencia únicamente; si de formación del carácter como Andrés Braly, a perfeccionarlo y nada más. Y aún hubo quién, como mi marido, me soñara fregona dedicada a los trabajos domésticos, con exclusión de cualquier otra actividad.

Al rememorar estas advertencias echo de ver que en punto a literatura no hubo nadie que me aconsejara exclusividad, exceptuando a Soto y Calvo, que por supuesto no fué mi maestro, ni creo que lo fuera de nadie. Espíritu muy antagónico al mío, y que me recordó más de una vez la anécdota de aquellos perros que se encerraron en una habitación, y que se odiaban tanto que al abrirla no hallaron ni las colas.

En uno de mis viajes tuve ocasión de alternar con esta per-

sona que viajaba con su mujer (hermana del poeta Rafael Obligado, excelente y fiel compañera suya), su sobrino Jorge Obligado, y Max Rhode, escritores ambos, en el vapor Madrid de ida y de vuelta en mi último viaje a Europa en el año 26.

Francisco Soto y Calvo poseía un exterior patriarcal, melena y barba larga, muy de acuerdo con su íntima naturaleza bonachona, hospitalaria y afable, pero padecía, la tan frecuente equivocación de cabeza, de creer que tenía talento, sin tenerlo en lo más mínimo. Si se hubiese limitado a ser un buen hombre como lo era, en efecto, no hubiese ocurrido lo que paso a referir.

Un rector de Colegio Nacional de provincia descubrió en una Antología de Alemany Vila, un breve poema mío que yo ignoraba estuviese allí, y probablemente extraído de la revista "Nosotros", pues no figura por olvido mío en ninguna otra parte, (y por cierto que no es el único abandonado). Se leyó ante un grupo de pasajeros y gustó. Lo reproduciré aquí para que se comprenda mejor la polémica que sintetizo provocada por su lectura.

"TARDIA LUZ"

"Crec, Señor: ayuda mi incredulidad"

San Marcos, cap. IX.

*Han pasado los años,
y sentada a la sombra de mis amados plátanos,
perdida en mis ensueños,
a flor de alma me sube, tu recuerdo.*

*Siento como el anuncio
de una revelación, en el callado mundo
de la memoria, siento,
que una nueva verdad se abre en mi pecho.*

*Al compás de la vida
del cielo y de la tierra, en la sombra suspira,
con hondo y tierno ritmo,
su recordar, mi corazón tranquilo.*

*Al compás de la hora,
bajo el susurro leve de las propicias trondas,
surge en la calma augusta,
la nueva luz que mi razón alumbrá.*

DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI

Extraño amor, el que era
todo anhelo de amar, y a la vez impotencia...
extraño amor, aquel,
que era tan sólo, anhelo de querer...

Sincero como un niño,
—Quiero amarte, y no puedo —me decías, contrito.
—Eres fría, severa...
Miedo, temor, me impone tu presencia.

Sonreía al oírte,
buenamente... —Y con todo, —seguías triste y firme—,
Sólo a tí quiero amar.
¡Ayúdame a labrarme voluntad!

—Quiero quererte... ¡Enseñame
a amar! ¡Dame la fe que me falta! ¡Consuélame
de esta horrible vergüenza!
¡Líbrame de esta vil, atroz, miseria!

Sonreía al oírte,
buenamente... —Tu mal no tiene cura, —dije—,
Jamás pudo ninguno
beber por el sediento, jamás pudo

nadie, salvar a otro.
Fuí en verdad, fría y cruel. Hoy bien lo reconozco.
No supe responderte,
comprender tu llamado y comprenderme.

Fuí en verdad fría, dura,
severa hasta el exceso. Y lo que es peor, injusta.
Me ganó tu flaqueza.
No supe ver en lo hondo de tu pena.

Mas hoy al recordar
tu acento suplicante, de niño en la orfandad,
veo, en lo hondo de tu alma.
Cobran nuevo sentido tus palabras.

Veo, en tí y en mí misma,
lo que entonces no supe ver, el ansia infinita,
el amor, que celaba
tu profunda y quemante desconfianza.

A REDROTIEMPO

*Veo, tardíamente,
que tú sólo podías con buen amor quererme,
con amor como el mío.*

Que eres tú quien de veras me ha querido.

Enero, 1923.

Alguien pidió que lo leyese de nuevo yo misma, a lo que accedí. Gustó más.

Pero Soto y Calvo con esas mezquindades que distinguen a los que sin poseer talento alardean de él, hasta el punto de adquirir rasgos exteriores que engañan a los tontos, me saltó con que yo debía haberme dedicado a la literatura, exclusivamente, y explayó sus ideas al respecto en punto a especialización, recordándome algunos incidentes de mi vida, tales como presentaciones de gentes malintencionadas pero que fingían estimación por mí, y en las que aparentando exaltarme buscaban lo contrario.

—Fulana de Tal... es universitaria, escribe, pinta, canta (entiéndase entre paréntesis, es una chapucera, todo lo hace mal).

Como el hombre tocaba el meollo de mi personalidad que consiste en ser la feliz dueña de diversas aptitudes, mi réplica fué vivísima, y al decir de ellos más tarde, muy elocuente. Siempre es elocuente aquél que defiende lo más entrañado de su alma.

El me había dicho entre otras cosas:

—Vd. ha corrido detrás de muchas liebres.

—Pero —le argüí yo— mi poemita les ha agradado a Vd. y a sus amigos, ¿sí o no?

—En efecto, —convino— es muy bueno, es de categoría superior.

—Así lo creo yo también. De modo que su reparo, no es oportuno. Porque si corriendo detrás de muchas liebres, hecho que reconozco, y del que no me aparto, consigo interesar más que lo que consigue Vd. que no corrió más que detrás de una sola, no veo verdaderamente a qué viene el reproche.

Se explicaría si no lo hallara claro, redondo, sincero, espontáneo y por añadidura de alta categoría, si le pareciese abortado, inconcluso, en fin pobre o vulgar, pero que ante algo que le agrada, me salte Vd. con que yo podría ser distinta de lo que soy, otra cosa, por ejemplo, en vez de morena, rubia, no lo acepto.

Mi psicología femenina penetraba como en el fondo de un vaso de agua lo sustancial del reparo.

—Por otra parte, —continué— supóngase Vd. que yo a mis liebres las corro a sabiendas de que no las he de alcanzar, porque me aviva el espíritu perseguirlas.

Con ello veré más paisajes, ensancharé mis horizontes y mi corazón. Supóngase que más que alcanzarlas me interese que corran para poder ir yo detrás de ellas, se justificaría por completo mi conducta.

—Pero su obra se perjudica.

—No está probado porque simplemente se afirme. Lo que acabamos de oír y que Vd. alaba sin reservas, ¿trasuntaría acaso una recia personalidad de mujer y de madre, la cordialidad y vigor, la humanidad en fin que revela si yo me hubiese constreñido por la vanidad de "llegar...", si yo me hubiese sofocado a mí misma en artificiosos empeños, en búsqueda de notoriedad más bien que en procura de vivir el libre juego de mis anhelos?...

Yo respondo a mi naturaleza, y le repito, que corriendo detrás de muchas liebres suele ocurrir que alguna extraviada entre malezas me salga al encuentro, y se me ponga al alcance de la mano.

Pero Vd. que se propone alcanzar una sola, y no la alcanza, ni ofreciéndole caramelos... (tenía él la costumbre de ofrecer caramelos), Vd. puede decir que ha fracasado.

Aunque la polémica fué bravísima, y mis conceptos hirientes, el tono ágil y risueño disimuló la contundente arremetida mía, y tanto más cuanto que yo pensaba, y sigo creyéndolo, que él era un buen hombre que había errado su vocación. De modo que no se enojaron conmigo, y me invitaron a pasar algunos días en la "Vuelta de Obligado", con verdadera afabilidad, e insisten-

te requerimiento, y a tal punto que cuando cediendo a las instancias, le dije a la Señora que iría a visitarlos:

—Será para nosotros un verdadero regalo —me dijo muy contenta.

No cumplí la promesa, arrancada un poco a contrapelo, porque en otras conversaciones me enteré, por referencias de ellos mismos, de que habían echado malamente a algunos visitantes porque no elogiaban los libros de él o las telas que ella pintaba, y no quise comprometer mi independencia de juicio, ni menos pagar con ello un trato que en verdad no me atraía mayormente.

Por supuesto que en otras oportunidades, los que me objetaron mi falta de especialización no cayeron siempre en la actitud mezquina de querer regatear méritos escudándose en pretendidos lados débiles que se explotan sorpresivamente, no con limpio propósito aleccionante, y sí con el inconfesado de minar la propia confianza, restando ánimos en la lucha, o hundiendo al prójimo para destacarse.

También dí con personas de limpia intención como Rogelio Yrurtia que al aconsejarme me dedicara a pintar, abandonando lo demás, no lo hacía mas que por creer que de ese modo alcanzaría perfecto dominio en este difícil arte para el que me consideraba con aptitud.

—¿Pero, —me pregunté siempre—, es que existen personas con una sola vocación?

No lo creo. Lo que ocurre es que casi nadie discierne bien cuál es su vocación primordial, y se dedica a esto o aquello por exigencias del momento, a veces por ganarse el pan cotidiano, aficionándose después a lo que en un principio fué actividad más o menos forzada por las circunstancias. Las vocaciones están en estado latente en la mayoría, en la inmensa mayoría de las personas.

Lo prueba hasta la evidencia el escaso resultado de los Institutos Vocacionales, y lo poco que se ha conseguido realizar pedagógicamente en el sentido de orientar a los niños o jóvenes, a fin de que discernan, por sí mismos, el camino preferido.

Además así como hay vocaciones prematuras y efímeras, las hay tardías. Recuérdese el caso de Rimbaud en la poesía, y el de Gauguin en pintura, por citar algunos.

Por supuesto que al decir que el problema es arduo, no intento desmonetizar la búsqueda de la solución. Al contrario. Trátase del más importante de los problemas educacionales, para quienes opinan como yo que el Estado debe atender especialmente a los superdotados, o anormales de tipo superior intensificando la educación estética, desde la escuela primaria hasta la Universidad, fomentando especialmente las vocaciones.

Pero volviendo a mis memorias, yo nunca dudé de mi vocación literaria musical o pictórica. Cultivando una descansaba de la otra, y aprovechaba más el tiempo.

Mi imperativo categórico era "trabajar". Y en cuanto a trabajo, creo muy difícil hallar personas que me superen, porque además de los hechos todos exactos que aquí se refieren, omito muchísimos otros, y las tareas hogareñas en las que no hallé estímulo ninguno y que sin embargo llenaron muchísimas horas de mi vida.

En este mismo instante la cocinera muchacha joven y algo inexperta me acaba de llamar para que calcule la sal del puchero, y de unas chauchas con polenta, que con el caldo constituirán nuestro almuerzo.

Si no me hubiese ejercitado en pasar de una cosa a otra, no podría seguir el hilo de mis memorias. He encerado pisos, he lavado ropa, preparado platos de cocina, y perdido por lo menos un cuarto de mi vida en llorar desventuras que no relato porque no sirven para entonar a nadie.

Sin embargo y ya en la pendiente de la vida que lleva a la nada, no me arrepiento por haber cultivado mis diversas vocaciones, inclusive la de ama de casa que es la que menos satisfacciones me ha deparado, por la falta de simpatía de mi marido, dispuesto a abultar lo malo y desconocer lo bueno. Achaque por otra parte común en los dueños de casa, que invierten tal disposición inamistosa cuando se trata de extraños.

—Candil en el hogar, y luminaria en la calle... suele decirse de ellos.

Más ateniéndonos a lo que decía respecto a las vocaciones, yo no tuve jamás el menor impulso de abandonar ésta o aquella para concretarme a una sola.

Más, muchísimo más, que ser una pianista o cantante de fama universal, me interesaba vivir mis propias inquietudes, satisfacer mi hambre de belleza, donde y como la hallara.

Cuando debía prepararme para los exámenes de bachiller o de la Universidad era cuando más vivamente me asediaba esta sed de arte. La ciencia me interesó profundamente pero más me interesó el arte, y en las ocasiones mencionadas surgía de lo más hondo de mi ser tal apetito de belleza, que muy a menudo no lograba sofocarlo, y con riesgo de los exámenes pintaba o escribía, con insensata despreocupación por mi suerte.

Al conciliar el sueño me asaltaban pesadillas tremendas; que estaba frente a la mesa examinadora y que no sabía responder, porque todo lo había súbitamente olvidado, o que estaba en camisa desesperada por no hallar modo de disimular mi indumentaria, esforzándome por correr y esconderme y sin poder dar un paso.

Si la agitación nerviosa llegaba a desvelarme hacía escalas en un piano mudo y después me enfrascaba en algunas fórmulas de Química Orgánica, u otra asignatura que no fuese Matemáticas, pues esta me despejaba la cabeza alejándome del sueño.

—Vd. tiene más asuntos que un ministro —decía de mí un pariente que vivía con nosotros, añadiendo—: Delfina quisiera subir en 10 ó 15 globos y al mismo tiempo estar en todos y seguir en distintas direcciones.

Idea que me pareció un poco extraña, por lo de los globos, pero no por que no tradujese un apetito de expansión, una inquietud de universalismo, que en efecto padecía.

Siempre me atenaceó como una culpa el sentimiento de no haber realizado más, pero nunca me arrepentí porque en mí se hubiesen polarizado diversas vocaciones.

Trabajé y trabajo aún más que la mayoría de las personas

que me rodean, pero por natural idiosincrasia soy perezosa, profundamente perezosa.

Y ahora que estoy haciendo este recuento de mi vida me pregunto si no le debo más a la pereza, que a la lucha.

Me pregunto, si aquellas horas que pasé contemplando al pájaro solitario de la torre de Pérez del Cerro, próxima a mi balcón, aquél pájaro prodigio de serenidad, fiel compañero de mi vida, que por instantes clavaba en mí sus ojos girando la cabeza con una majestad sublime, en un vibrar alerta en el que se concentraba todo el infinito sentido del universo. Ahora me pregunto si el ocio no da mejores frutos que la actividad frenética con las que malgasté tantas horas robadas a la contemplación.

Cuando miraba a las avispas veteadas horadar la arena de aquellos grandes caminos tan adentrados en mi alma, o seguía los ajetreos de una ratona dando de comer en el pico con materna solicitud a un chorlito, cinco veces más grande que ella. ¡Cuánto me conmovía aquel espectáculo! Apenas oía el piar del chorlito resonar en el jardín, me encaminaba al sitio con las precauciones del caso a fin de no turbar la calma propicia al conmovedor encuentro. La magnolia era el árbol preferido.

Desde la gruta yo escondida esperaba la llegada de la ratona, que no tardaba en venir presurosa. ¡Qué admirable diligencia la de aquella madrecita! Batiendo las alas depositaba en su pico el alimento. ¡Y qué aire bobalicón el del hijo postizo, con sus largas patas y su aspecto desgarrado!

Al principio pensé que era ciego, pero no, porque la saludaba aunque con algún desgaire. Quién sabe por qué causa no sabía buscarse los granos o bichitos que ella le procuraba solícita.

¡Aún tengo en los oídos el piar de aquel huérfano desheredado que halló sin embargo mayor fortuna que otros, gracias a la ratoncita cuya sublime abnegación tanto me emocionaba!

La tendencia contemplativa cuando es exagerada, como lo era en mi caso, suele interponerse como un motivo de atracción opuesto a otro propósito, como en el instante en que deseamos concentrarnos en otra dirección a fin de captar detalles o rela-

ciones encaminadas por otros caminos que los del gozo despreocupado frente a la naturaleza.

Ante una te'a, la calidad de la contemplación se modifica profundamente, es de otro cariz, en el que interviene una vigilancia psicológica, un factor intelectual, utilitario, casi antagónico, al del placer desnudo que caracteriza a aquélla.

Cierto es que me desesperaba cuando después de largo empeño echaba a perder algún cuadro que más o menos había llegado a agradarme. Cierto es que a cada momento palpaba la importancia de una técnica segura y el terrible escollo que significa no poseerla, pero la dificultad enardecía mi ánimo de luchadora.

Sólo la falta de salud por la que atravesé en algunas épocas y ahora el debilitamiento de la vista levantaron diques infranqueables frente a mi tesón.

La experiencia me dice que no existe antagonismo entre las artes y sí por el contrario perfecta relación e identidad en lo más básico de las mismas.

Puede objetárseme que esto no explica mi afán por abarcarlas, ya que sé cuánto tiempo requiere una sola si ha de alcanzarse dominio técnico. Pero el asunto es que todas me han atraído por igual, o casi por igual. Y que yo he vivido mis afanes aunque no haya alcanzado eso que llaman llegar.

¿Llegar a dónde?... repito.

Sé que lo mío es imperfecto cuando no rematadamente malo, especialmente si se trata de pintura. Pero también sé que imperfecto y todo traduce un alma valiente, desinteresada, y austera, y prefiero cierta clase de fracasos a cierta clase de éxitos.

A mí me ha sido útil luchar sin estímulos, sin guía en algunos momentos, sin comprensión junto a mí.

¿Qué mejor hubiese sido otra cosa? ¿Quién podría afirmarlo?

¿Que el que mucho abarca poco aprieta? ¡Quién sabe! Quizás el que mucho abarca, aprieta, cuando aprieta, más, que el que abarca poco.

Creo que los hombres pueden compararse a las máquinas,

que no todas tienen la misma capacidad de trabajo. Las hay que realizan mucho en pocos segundos y otras que en horas u años realizan menos. Hay personas a quienes todo el tiempo les es poco para no hacer nada.

Yo creo que mi escaso logro, es atribuible más que a dispersión de energías, a los rozamientos, los obstáculos que hallé a mi paso, pero no a la diversidad de mis apetitos que lógicamente elevaron mi espíritu, ampliando el campo de mis sentimientos e ideas, y lo que es mucho más valioso el campo de mis luchas.

No quiero callar ya que estas memorias algo tienen de testamento, que tuve en mi vida un sostén invalorable, verdaderamente excepcional. Fué un ser en parte, en mucha parte real, y en parte forjado por mi fantasía y mi necesidad de apoyo.

Sostuvimos, (o por mejor expresarme sostuve yo, pues escribía mucho más frecuentemente que él) una correspondencia de muchos años que constituyó sin habernos tratado personalmente, el bálsamo de mis penas, el apoyo moral y el sostén más grande de mi vida.

¿Qué era aquello? ¿Amor, amistad, solidaridad de artistas? ¿Unión por simple afinidad espiritual? ¿Soledades que juntas ven pasar las horas?

¿Qué fué aquello?...

No acertaría a definirlo a quienes no estén capacitados para penetrar en este divino, sobrehumano misterio.

Soledad que echa ancla en otra soledad. Ansia de sostener y de ser sostenida. Comprensión, íntima comprensión de dos seres que por circunstancias de la vida hállanse en distintos hemisferios. Amor exento de carne y que a la vez revela todo lo que de corpóreo tiene el espíritu. Amor comparable al de Santa Teresa por Jesús.

Inmenso, acendrado amor.

—¿Si fuí correspondida?

—Quizás sí, quizás no. ¿Pero qué importa? En punto a amor, más cuenta amar que ser amado.

A menudo oí reprochárseme el que viviese fuera de la realidad.

Tratándose de este sentimiento el reproche creo que era justo. Mi realidad no coincidía con la realidad cotidiana de quienes no creen en el poder sobrehumano de la ilusión, pero era realidad para mí, realidad y a la vez ensueño inaccesible.

¿Cómo no ha de ser realidad lo que sostiene nuestra vida, lo que es aliento y sangre del espíritu, lo que nos conforta, lo que nos ensancha el corazón, vuelve más vívida la luz que nos alumbraba, el azul del cielo, la frescura inmaculada de la flor recién abierta, la esplendidez del universo en todos sus aspectos?

¿Cómo no ha de ser realidad, y realidad de la mejor y más perdurable, la que llena de esperanzas inmarcesibles nuestro ser y de tal modo que el transcurso de los años asentando las horas de contemplación colma todos los ámbitos de la memoria, fundiendo en un solo, presente, pasado y porvenir?

¿Cómo no ha de ser realidad el presente que unívoco y al mismo tiempo renovado, nos perfuma de santidad el camino?

Cuando ya en la pendiente que nos precipita hacia la nada contemplo aquel amor exento de deseos carnales, y que como dije y lo repito, me demostró todo lo que de carne tiene el espíritu, cuando contemplo mi devoción, me rindo cabal cuenta de que allí estuvo y está encerrada toda mi realidad, y sin disputa, mi vocación más fervorosa.

Tal comprobación no me impide reconocer que yo me forjé un arquetipo ideal a fin de entregarle mi corazón, pero el hecho real, realísimo es que jamás mujer enamorada alcanzó felicidad comparable a la mía, ni consiguió, por lo menos en la medida en que lo conseguí yo, encarnar su ensueño en quien no defraudara su ilusión.

Mucho de materno hubo en mis sentimientos. Sabido es que las madres perdonan todo, y la verdad es que apenas si tuve que perdonar algo, muy poco, por no decir nada en absoluto.

Lejos estuvo mi existencia de lo que le ocurrió a aquella madre que habiendo sido decapitada por su propio hijo, habló al rodar la cabeza cuando tropezó él en la huída y cayó, preguntándole:

—¿Te has hecho daño hijo mío?

DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI

No, el que me inspiró la "Plegaria" de mi "Delfíneas" "Junto al mar" y otras poesías, padre e hijo a la vez, era demasiado mío en espíritu, y demasiado suya yo, para que pudiese caer en pecados de inhumanidad conmigo, ni yo con él.

Y esa fué entre todas mi vocación mayor.

Junto a las cuales lo demás es nada.

QUINTUAY PURRAN

No es experiencia que a muchos les haya sido otorgada la de convivir durante muchos años con una india pura, sin la menor mezcla de sangre.

Conté ya en otra parte de mis memorias las circunstancias que trajeron a esta singular mujer a casa, y algo dije respecto a su carácter reconcentrado en verdad impenetrable, pero no la retraté en forma cumplida. Y como con ella, yo, y todos los míos tenemos una gran deuda de gratitud que saldar, deseo perfilar su imagen y relatar su triste fin, dedicándole unas líneas afectuosas, que quizás lleguen a robarla del total olvido que nunca mereció por cierto.

De cabellos renegridos como el cabello de todos los indígenas, muy lacios y sin brillo, facciones bastante regulares, nariz un tanto aguileña, boca bien formada, (ésta era el mejor rasgo suyo), los ojos algo oblicuos, (y no muy grandes pero tampoco tan pequeños como suelen tenerlos los araucanos), a no haber sido por el aplanamiento de la parte posterior de la cabeza, consecuencia de la costumbre de algunas tribus de atar los niños recién nacidos a una tabla, de la que ella fué víctima, habría podido llamarse una mujer hermosa.

Sus manos eran perfectas.

Su estatura mediana, y el cuerpo bien formado.

Daba interés a su persona, esa ingénita prestancia física y espiritual del indio que incita al respeto de las almas nobles.

El aplanamiento de la cabeza, única deformación importante, se disimulaba con un rodete, que ella trataba de sostener con habilidad, de los mechones centrales, a fin de rellenar el hueco normalmente.

Hay que decir que sin conseguir del todo su propósito. Aunque sí consiguiera, a fuerza de tesón, domeñar la rigidez de sus cabellos, a los que enrulaba cotidianamente.

Muy prolija en todo y cuidadosa de su persona, estaba rodeada de un halo de serenidad en extremo confortante y simpático. Imposible imaginarla en un ataque de cólera, ni siquiera levantando la voz. El pasado parecía no existir para ella. Recuerdo que muchas veces intenté penetrar en los años de su infancia, pero no "soltó prenda". Quizás por avergonzarse de su origen, quizás por haber sido arrancada desde muy niña a su tribu, no hablaba más que español. Yo le confiaba sí, mis cosas, alentada por el cariño que a mí, y a todos mis hermanos, y especialmente a Adolfo, (a quien llamaba risueñamente "escuerzo"), nos profesaba, pero de su pasado sólo referíase a lo más reciente, y esto en dosis mínimas.

La temporada en el hogar de doña Justa Varela de Láinez, a quien como a todos sus hijos quería entrañablemente.

Si el callar está ligado, (y creo que casi siempre lo está, en efecto), a la profundidad de sentimientos, Quintuay era un ejemplo vivo de cómo se puede sentir mucho y hablar poco, o nada.

De la hondura de su vida interior, y del poder de sus afectos da fe el triste fin que tuvo, y la fuerza con que en breves trazos, logró retratar a aquéllos a quienes recordaba.

Precisamente, al azar de las horas, vine a ponerme en contacto, por teléfono, no ha mucho, con la señora Lucía Láinez de Mujica Farías, y nos hablamos por primera vez como si nos hubiéramos conocido desde mucho tiempo atrás.

—¿A Vd. le sorprenderá, sin duda? —me dijo ella— ¿que yo le hable como si la conociera y la hubiera tratado desde la infancia?, y es que la conozco y la he tratado a través de Quintuay.

—No, no me extraña, porque lo mismo me ocurre a mí, que la conozco y la he tratado a través de ella. ¿Vd. sabe que se suicidó?

—Sí, lo sé, fué engañada por un obrero del que se enamoró perdidamente.

—¡Ah!, ¿Vd. estaba al tanto? ¡eso sí que me asombra!...

—Sí, él pintó el dormitorio chino de mi madre. —Mientras

me hablaba, llena de emoción yo evocaba la imagen de aquella mujer dulce y silenciosa.

Lo que no sabía es que yo conocí a ese hombre, que trabajaba en casa, donde ella lo vió por primera vez y que una tarde los sorprendí conversando. Quedamos en reunirnos para recordar juntas a la pobre india y al antiguo Belgrano.

Jamás olvidaré la expresión de Quintuay cuando impensadamente la sorprendí.

Estaba enamorada. ¡Y de qué modo! ¡Pobre mujer!...

Sucedió lo fatal, que engañada con la promesa de matrimonio, se entregó y que, cuando ya no pudo ocultar su estado de gravidez, huyó de casa, para matarse a los pocos meses, y antes de dar a luz su hijo.

No recuerdo, (tal fué el estupor que me produjo la noticia), por qué circunstancia nos enteramos después de algún tiempo. Vagamente me parece que fué por un proveedor.

Lo que sí recuerdo es que yo les reprochaba a todos y me reprochaba a mí misma por no haber impedido su trágica resolución.

El culpable, que con toda seguridad valía infinitamente menos que ella, tal vez siga por ahí muy campante y despreocupado, como si tal cosa.

No supimos más.

Fué uno de los tantos dramas de amor que se diluyen en la vida del universo como esas gotas de agua que absorbe la arena.

Pero, ¿cómo es que su imagen no se me despinta, y cómo es que lo poco que ella hablaba servía para infundir tan vívida realidad a sus relatos, que las personas apenas nombradas o evocadas por ella cobraban perfiles imperecederos?

Así se explica el extraño interés que despertaban sus impresiones, y cómo de brevísimas referencias hechas al desgaire, pero cargadas de intensa vida interior, (y en las que trasuntaba la respetuosidad que caracteriza a los espíritus selectos), nos formáramos yo y la señora de Mujica Farías, una idea recíproca tan cabal como si nos hubiésemos tratado íntimamente.

Sólo conocí una mujer de gran dulzura, que física y moralmente me la recordaba a Quintuay, (salvo el ser mucho menos silenciosa), y ésta era italiana del sur. Cosa sorprendente, pero no tanto si se tiene en cuenta que vivió la mayor parte de su vida en Buenos Aires, y que el influjo geográfico pampeano es poderosísimo, como que es el factor primordial en la formación del gaucho.

A menudo puede más el medio, que la sangre. Y he conocido gauchos por asimilación social y geográfica que no tenían en sus venas ni una sola gota de sangre americana.

Pero Quintuay no era propiamente una gaucha, le faltaba el cruce de otra sangre, carecía de la agilidad y perspícaz viveza que caracteriza a este tipo. Era una india dulce y soñadora que todo lo hacía sin llamar la atención, abnegada hasta el punto de que deseaba que nos enfermáramos para cuidarnos.

Su espíritu, sólo en muy mínima parte parecía tener contacto con el mundo exterior. Recuerdo que escuchaba con virajes de interés momentáneos lo que se le decía. Por momentos como ausente y en otros vivamente atraída por algo que inusualmente concentraba su atención. Tenía mucho gusto para vestirse, o arreglar las flores del jardín, y el rasgo más saliente de su carácter era su afectuosidad. Tanto más exquisita cuanto que emanaba de un fondo de reserva realmente singular y profundo.

Su habitación no estaba en el ala destinada al servicio, sino próxima a las de nosotros en la torre que conducía al mirador, no comía con los sirvientes tampoco, con quienes no recuerdo haberla visto conversar nunca. El cuarto del enrejado que era a la vez cuarto de plancha, le servía de comedor y allí la atendían a ella sola los sirvientes, llevándole la comida. Aunque en su dormitorio dominaba la ausencia de adornos casi absoluta, existía cierta contradicción en su indumentaria personal, pues usaba sombrero para salir, sombrilla y guantes, y muy frecuentemente se vestía con mayor lujo que nosotras las mujeres de la familia.

(Este rasgo es común en las americanas de sangre aborígen

para quienes el confort y el lujo son motivos de ostentación más bien que necesidades orgánicas).

Repasando a redrotiempo su actitud y su conducta en casa, no recuerdo nada, absolutamente nada, ni el más mínimo hecho criticable en ella.

Pero el que más tarde fué mi marido, me refirió que en la oficina donde él trabajaba le habían dicho que yo no era hija de mis padres, y sí de un cacique indio. Pensé entonces que el único posible origen de aquello no podía ser más que Quintuay, y el que ella se hubiese apropiado mi nombre en alguna ocasión. Sospecha que nunca pude corroborar, y que quizás fuese injusta. Aunque insólita en su conducta intachable, la mentira pudo hallar asidero en la admiración que la pobre me profesaba.

HACIA FUERTEVENTURA

Nos embarcamos en el vapor "Atlanta" de la línea Cosulich, (el año 24), mi hija Laura y yo con rumbo a las islas Canarias.

Llevaba el barco, casi exclusivamente de carga, unos 20 pasajeros más.

Un viejo serbio, con gran anillo de brillante de genio apacible, en sus buenos tiempos marinos, o quizás contrabandista, a juzgar por algunos hechos que relataba, y que me sirvió de modelo para una cabeza al aire libre y con fondo de mar, distinguíase por su extraordinaria capacidad crítica en punto a pintura.

Todas sus observaciones eran atinadas, hasta el punto de que yo las seguía estrictamente, y además las formulaba con suma delicadeza como si temiese herirme.

De anchas mandíbulas su cabeza encuadraba casi en un triángulo con la base hacia abajo, y no sólo por ser de rasgos característicos, cuanto por su impasibilidad me resultó un modelo de primer orden.

Le pagaba, no recuerdo cuántas liras, por sesión aunque él hubiese preferido quedarse con mi estudio sin recibir paga, y gracias a su tranquilidad maravillosa pude ahondar en la observación de mi modelo como pocas veces me ocurrió pintando.

Un aventurero, de los que nunca faltan en los viajes, como-dín que organiza fiestas, y que como Dios está en todas partes y nadie lo puede ver, que en los puertos se ingeniaba para pasear a costillas de otros, y en el pocker para quedarse con el dinero ajeno, absorbía con sus manganetas la atención del pasaje.

La tripulación triestina, casi en su totalidad, nos agobió literalmente a fuerza de cumplidos y atenciones incesantes.

Paseábamos, y apenas topábamos con un oficial:

—Buona passeggiata —nos decía descubriéndose como si ya

no nos fuera a ver, y aunque a los tres minutos se repitiera la escena.

Leíamos. . .

—Buona lettura. . .

Jugábamos al ajedrez.

—Buon divertimento.

Nada digamos de la lluvia de votos que acarreaba un estornudo.

Levantarse de la mesa sin saludos a diestra y siniestra y sin los consabidos —¡Buen provecho! — ¡Ni qué pensarlo!

Esto me recordaba la tontísima manía de los locutores argentinos, que no pueden cederse el micrófono, sin repetir a cada instante.

Muchas gracias, Evita, — y ésta a su vez: —Muchas gracias, Zutano, muchas gracias Perengano.

Y menos mal que las mujeres no aplican diminutivos a los hombres, pues para éstos, todas son Juanitas, Carmencitas, y Tilinguitas.

Tras una travesía lenta, a paso de tortuga, llegamos a Las Palmas.

No sabiendo qué hacer la tripulación para agasajarnos, nos brindaron un banquete de despedida que resultó graciosísimo, con platos alusivos "Gelato a la Laura", y otros nombres desopilantes. Los mozos disfrazados de pajes, con dulces alumbrados interiormente para cuyo lucimiento hubo que oscurecer el comedor, y en fin un boato *descomunal* y *tremendo*, que diría Don Quijote, en medio de un regocijo general.

A mí las comidas y las fiestas, nunca me gustaron, y mucho menos si me están dedicadas, pero en aquella ocasión pusieron tanto afecto, tan cálida simpatía en sus demostraciones que llegaron a conmovirme.

Las Palmas como Tenerife, que conoceríamos un año más tarde viajando toda la familia junta, se distingue por la nitidez del aire que la rodea, y que presta a la llegada al puerto un encanto sólo comparable al que ofrecen las divinas costas de Grecia.

El ocre claro de las casas, junto al blanqueado de brillante cal, tan luminosa como si fuese fosforescente, destacábanse en una franja de vida esplendorosa, entre el azul y verde de cielo y mar.

Sumérjese la mirada en un baño deleitoso de frescas armonías, todo el cuerpo pide nuevas ventanas para absorber la gracia de línea y de color que fluye del paisaje. Los ojos no alcanzan para abarcarlo de un golpe.

Atrás, abajo, más arriba, por todos lados, se escapan azules y ocres, verdes y blancos, casándose en el día radioso.

No detiene su vuelo la gaviota que al pasar nos lanza su ojeada sobradora, alerta al pez, que apenas asoma en la superficie del mar es atrapado prestamente.

Mi hija Laura y yo, estábamos absortas ante la belleza deslumbradora de aquel cuadro, donde todo, lavado en virginales fuentes de inocencia, brilla con un fulgor recién nacido.

Al bajar renuévanse las expresiones de afecto de la tripulación. Salimos en caravana a recorrer la ciudad, en un estado de euforia casi delirante.

El aventurero, con tal de no pagar, arregla en varios autos a los excursionistas con suma diligencia.

Uno de los pasajeros nos refiere que los primitivos habitantes de las islas los "guanches" habitaban en cavernas que cavaban en las rocas de barrancos y montañas.

Al percibir unos vecinos que nos miran con extrañeza, el aventurero los saluda con grandes manifestaciones de amistad. A cada momento se para en el coche y con ademanes de loco gesticula y canta a todo trapo, mientras el auto se desliza entre ciudadanos tranquilos o chicos boquiabiertos.

Después de dejarlos en el puerto donde volvieron a embarcarse, fuimos a un hotel, donde paramos poco y del que no recuerdo más que las camas que eran tan enormes que lo mismo se podía dormir a lo largo que a lo ancho, y en las que una se hundía como si los colchones fuesen de goma.

El profesor canarino Don Agustín Millares que tuvo a su cargo por algún tiempo la dirección del Instituto de Filología de

esta capital, nos dió antes de partir una carta para su familia. Al visitar su hogar, modelo de rancias virtudes españolas, nos recomendaron un alojamiento en Santa Brígida, a unos quince minutos de Las Palmas, a donde nos trasladamos inmediatamente.

El hotel contruido para extranjeros y especialmente para ingleses a los que el clima de las Canarias encanta, y con razón, hallábase entonces punto menos que deshabitado.

La sala, con cortinados celestes, y un juego liviano de caoba de un gusto fino y gracioso me emocionó porque los muebles eran idénticos a los que adquirió mi madre (cuando se deshizo del antiguo juego de brocato con su gran sofá de tres medallones, tradicional en los hogares porteños, con rosas talladas en la parte superior), y tan distinto de este último de estilo inglés.

Las maderas crujían al andar por los grandes corredores con camino de linoleo. Las bañaderas empotradas en la pared con reborde de madera poseían las "canillas", (que en España llaman grifos), más gordas y abundosas que haya visto en mi vida. El constructor sin duda se propuso dar que hablar con ellas, porque era imposible no mentarlas, y con ello no contribuir a la propaganda del hotel.

La bañadera se llenaba en un abrir y cerrar de ojos, como por milagros de agua caliente, y el reborde con escalón de madera bien lustrada, evitaba el antipático contacto del esmalte frío.

Tomar un baño allí, donde por lo demás las reglas del confort se habían extremado hasta llegar al máximo de la comodidad, era un gratisimo placer.

Por la mañana nos despertábamos en medio de una algarabía de pájaros cantores. (Cantos desconocidos que se repetían al atardecer). En unas acequias próximas se oía conversar a unas lavanderas.

Me quedé con la curiosidad de saber, pero no por culpa mía pues pregunté a cuantos pude, qué clase de aves cantaban así tan dulcemente. Quizás fuesen ruiseñores.

Nos embarcamos hacia Fuerteventura en uno de los vapor-

bitos, algo más grandes que una lancha de pescadores, casi exclusivamente destinados a carga, que hacen el recorrido de las islas, Lanzarote, Gomera, etc., pero en viaje directo a aquélla.

Más como se nos dijera que bajando un puerto antes y yendo por tierra se ahorran algunas horas de marcha, (y que el vapor olía a pescado), hicimos el último tramo del viaje así, utilizando el ómnibus, y a fin de conocer mejor la isla.

Nos causó asombro los muchos medios de transporte de Fuerteventura así como de la Gran Canaria si se tiene en cuenta lo escaso de la población, y se me quedó grabado el violento cambio de temperaturas que experimentamos en aquel trecho del viaje, hecho común en los lugares montañosos.

Llegamos a Puerto de Cabras, (donde nunca ví una cabra ni en sus alrededores), varias horas antes que el vapor de la carrera de modo que nadie nos esperaba.

Un hombre con aspecto de policía nos empezó a observar con insistencia estúpida.

Estaba parado junto a una puerta frente a nosotras en actitud de espía.

Luego supimos que era efectivamente un guardián puesto por el gobierno de Primo de Rivera para cuidar que no se escaparan Unamuno y Soriano, confinados allí por razones que al decir de este último eran totalmente injustas para el primero, porque no había dado motivo para semejante pena.

Durante los días que estuvimos allí este hombre no nos molestó en lo más mínimo pero cuando nos fuimos a embarcar acompañadas por los dos presos tuvo la idea de regalarme un laúd de cartón celeste que me pareció muy gracioso obsequio y se lo agradecí con toda cordialidad, sin darme cuenta de que aquel bruto había querido burlarse de mí diciéndome con ello, "que me fuese con la música a otra parte".



Puerto de Cabras.

Mucho tiempo después recordé que Unamuno, quien nada tenía de cándido, y que se preciaba de ser, por el contrario, astuto, observó la escena con un cierto velo de desconfianza.

Quizás captó de un golpe lo que yo tardé tanto en comprender.

La falta de comodidad del hotel, que más que hotel era una modestísima casa de pensión, hizo que Unamuno se mudara a casa de unos amigos, a fin de dejarnos su dormitorio, lo que vino a ocasionarle una molestia que estaba muy lejos de nuestro ánimo infligirle.

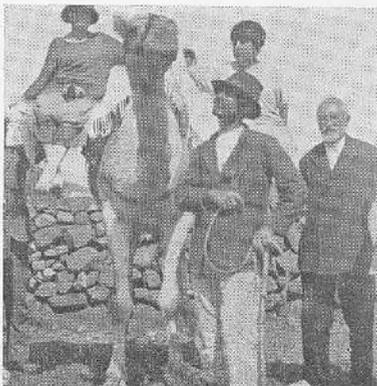
Protestamos, pero hubo que ceder.

—Con esta cortina —nos dijo, a tiempo que nos mostraba cómo había que hacer,— hay que trabar la puerta, pues con el viento se mueve.

Con él y Soriano, almorzábamos y cenábamos todos los días en una pieza muy desmantelada, que servía de comedor, y que por la noche, como el resto de la casa, se alumbraba con gas acetileno.

Unamuno, de costumbres austeras hallábase muy a sus anchas en Fuerteventura, cuyo clima es maravilloso y cuya pobreza se avenía a sus gustos, tan sobrios como para no poderlo ser más, en cambio Soriano, aunque no se quejaba mayormente, estaba habituado a vivir con más confort.

Yo tenía un zapato roto, por no haber tenido tiempo de comprarme unos en Las Palmas, pues las diligencias que imponen los viajes no dejan tiempo libre, y para colmo el suelo de Fuerteventura está formado de durísimas piedras puntiagudas, de modo que por consejo de Unamuno compré para las dos, zapati-



Laura Bastianini y su madre con Miguel de Unamuno.

llas de suela de sogá, además de unos zapatos para continuar el viaje (*).

Las zapatillas eran sencillamente indispensables allí, y ellos también las usaban como los demás isleños.

Nos contaron que existía en la minúscula ciudad una fábrica de paraguas para la exportación a pesar de que llovía muy rara vez, una o dos lluvias por año, cuando mucho, y breves.

Sin embargo la alfalfa daba tres cortes anuales, lo que se explica porque las raíces se alargan hasta dar con la napa de agua dulce.

Hicimos algunas excursiones en medio de una naturaleza de escasa vegetación. Probamos algunas frutas exquisitas, y contemplé los paisajes más hermosos que haya contemplado en mi vida.

El color es único. La tierra sonrosada con ondulaciones y algunas montañas de escasa altura. El aire transparente. El mar de un verde esmeralda, sa picado a menudo de cabrillas.



Paisaje de Fuerteventura

Nunca tuve ocasión de visitar Mallorca, pero dificulto mucho que exceda en hermosura a esta isla y en general a Las Canarias. Entre estas, especialmente Fuerteventura, por los colores del suelo y la amplitud de horizontes, se presta para inspirar a un pintor sensible a las armonías claras y a las líneas desnudas, austeras, donde

camellos sufridos realizan las funciones que en otras partes efectúa el caballo, dar vuelta a la noria, transportar hombres o mercaderías, aunque en honor a la verdad no creo que exista sitio del mundo donde se comercie menos.

(*) Debo confesar que por lo menos 4 quintos de mi vida yo los he pasado con zapatos rotos. Una no sabe en qué momento hay que tirarlos, pues como rotos resisten por años el uso, y que los que han tomado la forma del pie, son infinitamente más cómodos, iba dejando para otro momento renovarlos.

En esos días una goleta francesa estaba a punto de arriar en busca de los presos, de modo que éstos solían salir en su búsqueda, sin comunicar a nadie sus proyectos, cuando llegó la noticia de que unos hijos de Unamuno llegaban a Las Palmas con intención de ir a visitarlo.

Se les telegrafió que no lo hicieran, a tal punto estaban dispuestos a fugarse de un momento a otro.

Soriano estaba animadísimo, no así Unamuno, que nos confesó a nosotras que preveía dificultades.

—Ahora viene lo peor, —nos dijo mientras por el rostro triste pero sin una mueca de dolor, le corrían lágrimas silenciosamente.

Y es que él se hallaba a gusto rodeado del cariño de los isleños.

—Para mí, aunque hubiera preferido estar solo, esto no es un castigo, y sí, todo lo contrario, —nos había confesado en otros momentos.

Sin embargo durante los días que pasamos allí en ningún instante observamos desinteligencias entre ellos aunque psicológicamente se diferenciaban mucho.

Soriano nos colmaba de atenciones, y al volver consiguió que nos destinaran un camarote reservado, de lujo.

—¿Todas las argentinas son como Vds.? —nos preguntó durante un almuerzo— porque Vds. no pueden ser mejores —concluyó antes de esperar la respuesta.

No le perdonaba a Unamuno que caminase ligero, sin atender a que el otro pudiese o no seguirlo, recordando sus incursiones a la costa en busca del velero, que vez a vez los defraudaba.

Pude comprobarlo por mí misma en los pocos paseos a pie que hicimos.

En cuanto a Unamuno, lo más grave que dijo de Soriano fué que era colérico.

Sonrí para mis adentros cada vez que recuerdo las rela-



Miguel de Unamuno, Delfina M. y V. de Bastianini y su hija Laura, en Puertoaventura

ciones de estos hombres tan niños, conviviendo allí por los azares de la vida, uno extrañando el confort al que estaba acostumbrado, el otro feliz en medio de la pobreza y de la soledad, y no soñando sino con estar más solo aún.

La serenidad de espíritu de este último, explicaba la crítica que le oí del otro. En efecto era imposible imaginarlo con un ataque de cólera. La pasión que después de observarlo a mis anchas me pareció más ajena a él.

Nada cortés, es cierto, por su prevención ante lo convencional, pero de una bonhomía oceánica. De una sencillez y austeridad verdaderamente abismales.

Su vida, podía sin desmedro, cotejarse con la de cualquier anacoreta.

Cuando nos preparábamos para embarcarnos de vuelta, nos pidieron que lleváramos a Las Palmas unas valijas, y por el temor de incomodarnos Soriano se deshacía en disculpas.

—No representa eso para nosotras, ni la más mínima molestia le contesté— y lo siento, pues desearía que fuese una molestia, a fin de hacer algo por Vds.

Ví que a Unamuno le agradaba mi contestación porque quizás él sin manifestarlo tanto, también temía originarnos molestia.

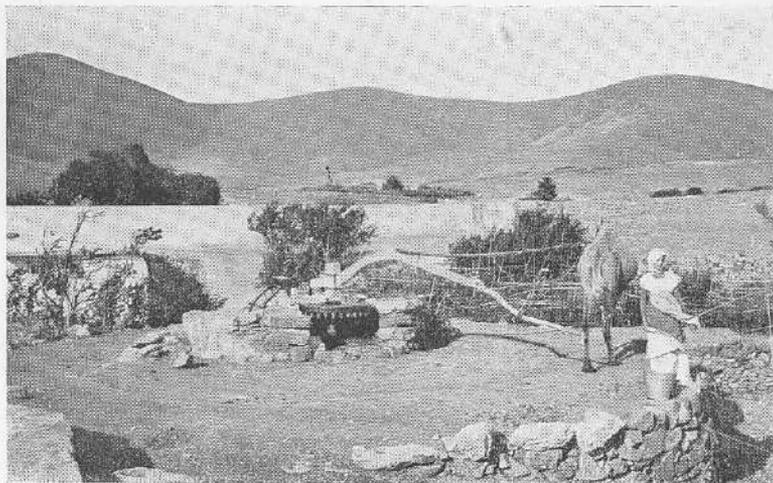
Pero el destino se encargó de que en efecto pudiéramos hacer algo por ellos, y fué avisarles de la inminente llegada del velero, con el cual nos cruzamos, para mayor fortuna antes de tocar el otro puerto de la isla.

Me informé antes por un oficial de que efectivamente era el barco esperado y bajé apresuradamente a enviarles unas líneas, por medio de un chasque.

Por Soriano supe después que el aviso les resultó muy útil. El hijo mayor de Unamuno, Miguel y su esposa simpatiquí-

A REDROTIEMPO

simos y muy cordiales en el trato nos esperaban en Las Palmas, previamente advertidos.



Camello tirando una noria en la isla

Más tarde nos volveríamos a encontrar en París, donde visitamos juntos algunos lugares, en amable compañía.

RUMBO AL CERCANO ORIENTE

El 10 de diciembre del año 25, nos embarcamos en el Cap Polonio los 5 que constituíamos la familia.

Antes y después de este viaje realizaríamos otros que fuera largo contar, particularmente el último dedicado a Alemania, por la circunstancia de ir con un grupo de llamados intelectuales y recibir tales demostraciones por parte del gobierno que sólo en un volumen especial podrían describirse.

Contaré, saltando a Montevideo, Santos, Río de Janeiro, que ya conocía y Tenerife, algo sobre Lisboa en donde desembarcamos el 25 del mismo mes.

Lo que más llama la atención son los frentes de muchas casas cubiertos de mayólicas, y la cantidad enorme de gatos que salen al atardecer y por la noche, con hábitos de dueños de la situación. Se ve que no son perseguidos.

La ciudad es pintoresca sobre todo por los alrededores, y por Cintra que es un lugar de extraordinaria, romántica, belleza.

Allí, después de visitar el Palacio de la reina Pía, tomado a los moros y que se conserva hasta con juegos de porcelana y de cristalería que pertenecieron a su última moradora, la suntuosa cocina, cuyas chimeneas forman las cúpulas del palacio, los baños cubiertos de azulejos y por cuyas paredes salen los chorros de agua en forma original, fuimos al otro, el "da Pena", defendido por un largo trayecto en subida que no posee ningún medio de comunicación como no se trate de peatones.

Muchas maravillas nos tocó ver en diferentes viajes, pero Cintra por lo poético y solitario del lugar, por el camino que conduce al Castillo "da Pena", bordeado de árboles dignos del pincel de Sis'ey, y por las ruinas del "dos Mauros", y otras más simples que le anteceden, a las que se llega por serpeantes sendas, es de un encanto que no se puede olvidar.

A REDROTIEMPO

La vegetación no es tupida como la de los bosques paraguayos, y sí por el contrario raleante. Los troncos delgados, aunque a veces alcancen gran altura, de un verde grisáceo delicadísimo.

Los contornos que rodean a esta peña bifronte, y que se dominan desde la altura, también se distinguen por la delicadeza de los verdes u ocres, de una armonía acariciadora, dulce como una canción de cuna.

El castillo mismo "da Pena", es una mezcla de estilos, más original que otra cosa. Amplio, tan pronto morisco como medieval gótico, o romano. De todo tiene. Aquí severo hasta la austeridad, allá riente y claro. Largas escaleras exteriores, puente levadizo a la entrada, y habitaciones, todo más o menos desconcertado, sorpresivo.

En Madrid, que ya conocía, me dediqué a visitar diariamente el espléndido Museo del Prado. Espléndido no tanto por sus dimensiones, cuanto por sus obras, y por una rara coordinación de sus elementos que lo hacen único.

Tuve la oportunidad de reclamar una copia (que obtuve), encargada en otro viaje, de Van der Weyden, para la que adelanté dinero al copista un señor Hua'de, muy entendido.

Visitamos nuevamente el Escorial, Toledo, Barcelona, y por primera vez Niza, Montecarlo, y en las inmediaciones de aquella "Les gorges du loup" notable desfiladero, en una excursión a Grasse, (llena del nombre de Fragonard, estatua, avenida, Museo); Vence y Gourdon.

Este último, en la cima de una roca de más de mil metros, que contemplado desde el pie parece inaccesible, con muchas casas de piedra, abandonadas.

MILAN

Desde la divina Niza, bajando en Ventimiglia, llegamos a Milán, donde nos dedicamos a ver cuanto tiene digno de visitarse, con mucho frío pero tiempo despejado.

Subimos los 512 escalones que es menester subir para llegar a la aguja de la maravillosa catedral.

Vimos la cruz roja de gran tamaño con que San Carlos de

Borromeo recorrió la ciudad cuando fué azotada por la peste, y la tumba del santo, así como obras de Benvenuto Cellini.

Pasando de España a Italia casi sin transición, se advierte lo mucho que ésta ha influido en la psicología y las costumbres argentinas.

En Milán en una galería parecida a la galería Güemes nuestra, aunque el aspecto era más alegre, las vidrieras, los transeuntes nos daban la impresión de estar entre compatriotas, mucho más que en Castilla.

Recuerdo que un año antes hallándome en Fuerteventura Unamuno me preguntó si Italia había influido mucho en la Argentina, con un tono que buscaba disimular su inquietud.

—La influencia de sangre ha sido enorme, —le contesté—. Porque aunque adivinaba que mi contestación no le agradaría, me consideraba obligada a decirle la verdad.

Pese a la lengua, nos hallamos más cerca de italianos y franceses que de españoles. Y esto se lo pude decir, porque ya había visitado Italia, y observado el parentesco espiritual que nos une.

VENECIA

Salimos de Milán con mucho frío, aunque en un tren bien caldeado y llegamos a Venecia haciendo el trayecto de día por un paisaje cubierto de nieve. Estaba completamente helada la Laguna a la izquierda de la vía, y nos enteramos de que en lo que llaman "El confino", había bajado la noche antes, el termómetro a 23 grados bajo cero.

Desde antes de la guerra del 14 no se recordaban temperaturas tan glaciales.

Los canales de Venecia despiden feo olor. Sus habitantes dicen que es la sal del agua la que huele así, pero sin duda esto disminuye el encanto, con ser éste muy grande, de la ciudad. Sobre todo magnífica en la parte que por agua conduce a la plaza de San Marcos.

Visitamos el Palacio Ducal minuciosamente, y las Prisiones; La escalera de los Gigantes; la Sala del Senado; la Sala del Trono, donde entraban los embajadores con la máscara puesta; otra antesala donde eran reconocidos previamente y esperaban; el

A REDROTIEMPO

"Concilio dei Dieci", con la puerta secreta por donde salían los condenados para su destino, (el destierro o la muerte en las prisiones); la sala del "Concilio dei Tre", con la puerta secreta por donde estos tres personajes entraban; la sala donde esperaban los acusados antes de pasar al "Concilio dei Dieci", y a la cual se llegaba desde las prisiones preventivas pasando por el puente de "Los Suspiros", dividido en dos por un tabique que separaba a los presos políticos de los criminales, y que se llama así porque los condenados al atravesarlo para ir al "Concilio de Dieci" suspiraban pensando en su suerte.

El calabozo donde voluntariamente se hizo encerrar Byron, y que era enfermería en los tiempos de la República, el sitio donde a los condenados se los decapitaba con los tres agujeros en el piso para dejar correr la sangre, o se los ahorcaba cuando la ejecución era secreta, la puerta hoy tapiada por donde se pasaba el cuerpo a la góndola para ser arrojado al mar.

La sala de armas con muchos objetos históricos. Los buzones donde se depositaban las acusaciones, en secreto, y a menudo anónimas, uno para cada clase de delitos, el de los políticos con dos cerraduras.

Se me apretaba el corazón al evocar las crueldades de los hombres, pálidas sin embargo si se comparan con la que revelan la sala de las torturas que visitamos en Nüremberg, con su virgen de hierro (armadura que se abre para colocar al ajusticiado, y que hueca contiene en los sitios de los ojos y los más vitales del cuerpo humano unos pinchos gruesos que se introducen en las carnes provocando una agonía atroz).

FLORENCIA

Después de ver el Lido, la catedral, la famosa fábrica de vidrio que entonces era de Pauly, y de un paseo al Rialto por la vía dei Fabbri, fuimos a Florencia, una de las ciudades italianas de más merecido prestigio.

Se me grabó singularmente en la memoria el hermoso puente sobre el Arno, por donde pasan vehículos como por una calle común, exteriormente cerrado con construcciones. La plaza "degli Uffizzi" y sus estatuas, el David.

Visité con especial atención la galería "degli Uffizzi", y el palacio Pitti.

La casa de Dante, construída sobre lo que queda de la auténtica casa de los Alighieri.

Hicimos una excursión a Pisa donde subimos a la famosa torre inclinada, visitamos "il Duomo" y el cementerio. El trayecto diurno bordeando el Arno con las cimas nevadas de los Apeninos. Probé el eco del Batisterio, vimos el lugar donde estuvo la "Torre della Fame", de Ugolino.

Otra excursión hicimos a Fiésole, famosa por su teatro romano, el templo y las termas, y porque en su "Museo Cívico" se hal'a el mayor tesoro de restos etruscos que se conozca.

De Florencia a Roma hicimos de día el trayecto por los Apeninos hasta enfilear el valle del Tiber a fin de apreciar el país y su paisaje, viendo a ambos lados del tren, montañas nevadas a lo lejos, y cuando ya llegábamos a la capital, juncos y plantas acuáticas, en el terreno por instantes pantanoso.

ROMA

En esta gran capital que ya conocía, pude comprobar una vez más que las restauraciones de frescos y obras famosas no van dejando una pulgada auténtica. A cada momento tropezábamos con pintores en la tarea de restaurar.

Nadie se atreve a decir la verdad, y hay que decirla. Cuando las restauraciones se extreman en la forma en que se han extremado en Italia, ya no se puede hablar de tal o cual pintor del renacimiento, porque el cuadro ya no es aquél. Y el que lo retocó muy hábil, y todo lo que se quiera, es un buen señor de nuestros días atento a destacar lo anecdótico o teatral de la obra maestra con el fin de que los turistas no se desilusionen.

Las esculturas quizás se hayan salvado. Por lo menos no me tocó ver restaurar ninguna.

De las ruinas lo que más me impresionó fueron las "Termas de Caracalla", a las que hallé más grandiosas que el mismo Coliseo, (del que tenemos en casa dos Piranesi notables), y la casa de Nerón.

Visitamos todo lo que ofrece interés, que es decir muchísimas cosas. El Foro, la catedral de San Pedro subiendo hasta la bola de oro que corona la cúpula, y dentro de la cual caben 16 personas, a 140 metros de altura. Las tumbas de los papas, el tesoro, la dalmática que dicen usó Carlomagno cuando se coronó emperador, los seis candelabros, y el crucifijo de plata maciza dorada de Benvenuto Cellini, el topacio más grande del mundo, del tamaño de un huevo de gallina. El mausoleo de Vittorio Emanuele III. La prisión Mamertina, próxima al arco de San Severo del que tenemos en casa un buen trabajo a pluma. La vía Appia, hasta más allá de la tumba de Cecilia Metella, las catacumbas, donde el aire me faltaba, alumbrándonos con escuálidas velas que a cada momento amenazaban apagarse.

El Museo del Vaticano, y la Villa Borghese por sus obras de arte estupendas fueron objeto de reiteradas visitas, pues a mí lo que en las grandes capitales me interesaba, muy por encima de lo demás, eran los museos, y de éstos la pintura.

(Como que hallándome en Suiza en otra oportunidad hice un viaje ex-profeso a Basilea para conocer su Museo y la colección de obras de Boecklin).

Visitamos Tívoli a una hora de automóvil, su encantadora "Villa d'Este", y en el camino la "Adriana" con un alto muro de proporciones que deleitaban los ojos.

NAPOLIS

Se percibe netamente el influjo dejado por los españoles. Es de todas la que más recuerda, por el carácter de sus habitantes, a la patria.

Su fama de suciedad se la debe al viejo barrio de estrechas calles y ropas tendidas de lado a lado, pero la otra parte es limpia.

En un día de excursión en automóvil visitamos Pompeya, Amalfi, Sorrento.

La costa del golfo de Salerno, costeándolo entre estas últimas ciudades es de una belleza extraordinaria, más grandiosa y agreste que la costa de Niza.

Posílipio, el acuario, el Vesubio, Pozzuoli con su famosa gruta del perro que dicen inspiró a Dante su Infierno, y que así se llama porque el anhídrido carbónico más pesado que el aire forma una capa de unos 80 centímetros de espesor, que mata al animal pero lo bastante irrespirable también para el hombre como para salir a escape. Vimos como se apagaban las teas de los guías, por la acción de este gas, y la lava en minúsculos volcanes hirviendo. Cerca de estos volcanes apagados que emiten humo por entre las grietas, está la capilla de San Jenaro en donde se dice que Napoleón obligó a los frailes a que hicieran hervir la sangre, que se resistía a producir el milagro.

BRINDIS

Tras una noche, en tren, penosísima, pues no los había con cama, llegamos al amanecer a esta simpática ciudad, limpia aun en sus casas pobres, a diferencia de Nápoles. Tuvimos algunas horas para recorrerla, y contemplar una de las columnas de Hércules, pues la otra se halla semi-derruida, la salida de la Vía Appia que comienza en Roma y termina allí. Una antiquísima iglesia abandonada, y en cuyo portal se admira uno de esos alardes arquitectónicos de los que se ven en antiguos edificios de Europa, una moldura que debiéndose caer, no se cae, pero que nos asombra mucho menos que la Torre de Pisa.

Es Nuestra Señora del Casale.

Allí aprovechando la soledad pruebo la voz. Suena como con un velo de humedad. El campo es poco movido pero atrayente, asemejándose aunque menos pintoresco al de Grecia, que pronto veríamos.

En el puerto con un frío glacial esperamos el "Remo", que atraca dificultosamente provocando los comentarios de la gente reunida en el atracadero. A poco tendríamos una prueba más de la nula pericia del capitán, al atravesar el canal de Corinto. Allí el barco da una costalada contra una de las orillas y se inclina peligrosamente. Todos nos asustamos.

Ibamos encajonados entre altas paredes blancuzcas y por espacio estrecho, pero como él nos pareció un chambonazo de

primera, la costalada nos tuvo en suspenso hasta la salida del canal, que une el mar Jónico o golfo de Tarento con el de Egina próximo al Pireo.

Quizás las horas de temor sumándose al contraste entre el inameno estrecho favorece el deslumbramiento que experimentamos frente a la risueña costa helénica, pero lo cierto es que encandilados por la hermosura del espectáculo se nos humedecen los ojos de emoción.

Algo nos recuerda a las islas Canarias, la temperatura, la limpieza del aire. No exageran los que hablan del clima de aquellas y de Grecia como de un clima privilegiado. Lo es en verdad en grado sumo.

El "Remo" es un barco pequeño y muy lujoso, lleno de decorados, donde con la consiguiente sorpresa nos informan de que a los billetes griegos hay que cortarles un quinto con tijera, y negociar después esos pedazos.

Trátase de un empréstito forzoso, que el gobierno realiza al parecer con gran éxito, desvalorizando la moneda y haciendo con ese quinto una deuda a pagar en determinado plazo. Por supuesto que nos apresuramos a negociar esos diminutos pedazos al mayordomo.

Cuando refiero en Buenos Aires la operación muchos la encuentran bien pensada. Pero para los turistas que deben viajar con una tijera y cortar a cada momento los billetes no resulta el empréstito forzoso nada práctico.

ATENAS

Desembarcamos en el Pireo pequeño puerto a poca distancia de Atenas, y allí al revisar los documentos de identidad se incomodan porque uno de mis hijos se llama igual que el padre. No les parece bien.

Deduzco que en Grecia no se acostumbra a repetir los nombres de familia, lo que yo encuentro atinado, pues es crear dificultades inútiles al hijo o nieto. Yo no lo hubiese llamado René además por otros motivos, por ser palabra francesa unida a un nombre italiano, porque mucha gente ignora que con dos "ée" es

femenino, como que la mayoría de las personas sólo conocen la propia lengua, pero como el francés fué la lengua materna del padre, a él se le llamó así sin el menor preciosismo, y simplemente porque se hablaba en su hogar el francés. Lo que de ahí fluye, sin mayores explicaciones ya se comprende.

Era cómica la protesta de los empleados aduaneros, éstos forman en todas partes del mundo una casta sui-generis, una especie de raza internacional en la que la posibilidad de propinas o coimas produce caracteres psicológicos idénticos. Lo que nosotros con frase familiar llamamos familiarmente "el rebusque", vale decir una serie de sutiles y recónditos acomodados para sacar tajada o provechho, con maña finísima, pues es necesario que no se adivine la intención y que al mismo tiempo el hecho pueda producirse.

Un matrimonio con tres hijos que están "cantando a la legua" su condición de turistas, no da calce para muchas ilusiones, en cuanto a descubrir contrabandos. En Constantinopla sin embargo sacaron de valijas y bau'es, todo, volcándolo en las mesas. Lo que representó para nosotros un trabajo fastidiosísimo. Tuve que dar explicaciones por unas telas pintadas, que adquirí en España y en Italia, y que sino hubiera sido porque ambas eran de tema religioso, me hubieran costado quién sabe qué suma de derechos. Lo que más les interesa



Grupo de familia en Atenas

descubrir es el tabaco, (para fumarlo gratis sin duda).

Grecia se distingue por el color blanco de los caminos, por-

que estos no son arbolados como aquí en Buenos Aires y suburbios, donde los árboles adquieren enorme desarrollo.

Atenas está toda a la vista, como desnuda. Se respira en ella una mezcla de arte y austeridad, sencillez y bonhomía singularmente gratas. Creería uno que las ruinas son más o menos iguales en todas partes, y no. Las de Grecia por influjo del paisaje y de las gentes son más claras, graciosas, y trasuntan, —sin que una pueda explicar por qué—, mayor humanidad.

Algunas de Roma son más grandiosas, como las termas de Caracallá, el Coliseo, etc., pero las de ninguna parte superan el encanto indefinible de las griegas.

Visitamos todos los monumentos, el Museo Nacional, de arquitectura ligera donde los sabios en arqueología tienen piezas raras para estudiar.

Se distingue el pueblo por su vivaz inteligencia y su espíritu servicial, y ileno de curiosidad. Su aire alerta no puede ser más simpático. La gracia exenta de todo matiz superfluo, produce un de'eite apaciguador, añadiéndose al encanto de la naturaleza de clima excepcional.

Cerca del Templo de Teseo al pie de la Acrópolis, unos chicos jugaban al fut-bol con absoluta despreocupación del venerable pasado.

Yendo a Eleusis vimos un casamiento con trajes típicos.

En los primeros días de febrero nos embarcamos en el "General Metzinger" rumbo a Constantinopla. Antes de entrar en los Dardanelos una niebla obligó al vapor a pararse. Ibamos casi solos. El barco temblaba constantemente, por un defecto de construcción, aunque



Grupo de familia en Atenas

era muy confortable.

Contemplamos a Chanak, pueblito de la costa de Anatolia con sus tres graciosos alminares. A la salida del estrecho Gallípoli en la costa europea.

CONSTANTINOPLA. SOFIA. BELGRADO. PANCHEBO

La entrada a esta ciudad se cuenta como uno de los espectáculos más hermosos del mundo. Y esa reputación no es robada. Las mezquitas que son muchas, con sus minaretes, introducen variedad arquitectónica. El cuerno de oro, brazo de mar que divide a Estambul de Pera, y que contemplado desde el Cementerio de Eyub, ofrece un panorama movido por sus curvas, y sobre todo Eyub me impresionaron profundamente, a él le dediqué un capítulo en mi "Delfíneas", y una poesía.

El viejo serrallo donde se observa una extraña mezcla de pobreza y de lujo, las magníficas mezquitas, (y para mi gusto la más hermosa, la del sultán Ahmed) por su luz interior celeste, le hicieron decir a mi hijo mayor que él se sentía mahometano, de tal modo impresionan por su ambiente religioso.

Sin embargo pocos son los fieles que a ellas concurren aunque los almuecines desde los alminares conminan con cantos en trémolos excéntricos a concurrir a la oración. Alguno que otro se observa lavándose los pies a la entrada, donde así fieles como turistas deben ponerse sandalias para penetrar.

Después de visitar cuanto digno era de verse y de una excursión por el Bósforo hasta la desembocadura en el Mar Negro, dejamos el hotel de la Gran Calle Pera donde nos miraban como a bichos raros, para dirigirnos a Sofía.

En Bulgaria el tren se detiene de noche, pues no está permitido el tránsito más que de día. La capital es relativamente pequeña, de anchas calles y grandes plazas y edificios modernos. Adviértese un color singular en el empedrado que es con ladrillos de mayólica de color crema, y los objetos que se venden en los comercios revelan un gusto particular.

La catedral de Sofía soberbiamente emplazada, de estilo ruso con sus grandes cúpulas redondas es de una riqueza extraordinaria.

Refiérenos que en el año 25 una bomba arrojada por un comunista mató a más de 200 personas. El hotel recordaba los que en París se dedican a atender a artistas, se siente allí más espiritualidad que en Constantinopla y aunque las costumbres

se van volviendo más occidentales el cambio teniendo en cuenta la relativa corta distancia es muy grande.

En Belgrado se acentúa la observación pero quedando un saldo artístico a favor de Sofía.

Desde la ventana del hotel se ve la confluencia del Danubio y del Save.

Sopla un viento huracanado, el bora, el mismo que en Trieste obliga a utilizar cuerdas en las calles (por suerte algo amainado al llegar hasta allí).

Pánchebo a una hora de vapor de Belgrado es un pueblo de casas bajas y de buen aspecto.

El Danubio tiene un color terroso, que recuerda el del Arno y el viento lo agita como un mar. Las orillas en ese trayecto son pobres y monótonas.

Otra espléndida ciudad situada a sus orillas conoceríamos, Budapest, en realidad formada por dos, Buda en la ribera alta, y Pest, la mayor de las dos, en la baja, ambas con su avenida costanera. En la última el grandioso "Parlamento", el "Jardín Zoológico", y el "Mercado"; en Buda el Burgo donde está entre otros edificios el "Palacio Real", la "iglesia de San Mateo", todo trasuntando distinción, y lujo medido, sin una nota de aparatosidad. Sus puentes son magníficos.

El pueblo impresiona mucho mejor que el de Viena, posee la compostura del serbio, y el espíritu más ágil, pero sin caer en la disipación o frivolidad del vienés, que es de cuantos he conocido uno de los que menos me gusta.

Como en Bulgaria y Serbia se ven, de vez en cuando, tipos vestidos a la usanza regional. En punto a idiomas son de una ignorancia enciclopédica, sólo el propio, y por muy rara excepción algo de alemán.

En Grecia era bastante frecuente hallar quienes supieran inglés, y en Constantinopla, se habla bastante español, especialmente en el mercado famoso. También en el tren yendo a Bulgaria dimos con uno que lo hablaba, quizás descendiente de los antiguos sefarditas expulsados de España en tiempos de Isabel

la Católica, como los que tanto nos asombraron en la ciudad turca.

Viena es una ciudad de más importancia comercial y artística, pero no más encantadora que Budapest, ni más simpática. En ella hay mucho que ver, el viejo "Palacio Imperial", el "Mausoleo de los Habsburgos", en el Convento de Capuchinos; "Museo de Historia del Arte", valiosísimo por su pintura, donde se destaca las grandes salas dedicadas a Tiziano, y a Rubens, y a la antigua pintura flamenca.

"La Academia Nacional de Bellas Artes" también galería notable, donde ví un Van der Goes maravilloso representando a Eva y Adán en el paraíso que en materia de luminosidad es lo más estupendo que haya admirado en mi vida.

Hicimos la infalible ascensión a la torre de la catedral de San Esteban, muy poco más baja que San Pedro de Roma, y de donde se domina una gran extensión; visitamos el Castillo de Schönbrunn, el palacio Liechestein, el Museo de Historia Natural, asistimos a la representación de Salomé dirigida por Strauss con un vigor y animación notables, y en fin aprovechamos el tiempo lo mejor que pudimos.

De Viena pasamos a Zurich, como todas las ciudades suizas, notable por su limpieza, y la honradez de sus habitantes, situada en el extremo del lago que lleva su nombre. A semejanza de Budapest una parte de la ciudad está en el llano y la otra en una loma en anfiteatro, aunque el aspecto es muy otro. En el Museo



Grupo de familia en Viena

de Arte "Kunsthaus", ni muy grande ni muy rico, vemos varios cuadros de Boecklin.

Llama la atención, tanto o más que en Viena la cantidad de mujeres que transitan solas hasta en altas horas de la noche, lo que no se ve en Buenos Aires.

Unos aficionados al ajedrez jugaban al pin-pon, divirtiéndose en el hotel, el espectáculo de la destreza con que instantáneamente contestaban las jugadas, despachándose un partido en un abrir y cerrar de ojos.

Para llegar a Berna atravesamos el Aar, cuyas fuentes dantescas en otro viaje conociéramos, saliendo de Interlaken, tras una recorrida por otras ciudades suizas, Lausanne, Lugano, Basilea, etc., todas pintorescas, amables, y escrupulosamente cuidadas en punto a higiene.

La parte antigua de Berna, con su foso de los osos, legendario, el viejo y el nuevo puente de Nydeck, la iglesia del mismo nombre, la calle con la Torre del reloj, en su extremo, la estatua ecuestre de Rodolfo de Erach, trasunta más abolengo que otras ciudades suizas, más tradición.

La parte nueva de la ciudad, con el Palacio del Parlamento, el Casino, el Museo Histórico, las fuentes pintadas, y los alrededores con árboles frutales en las calles dan variedad particularísima a Berna.

En cuanto al carácter de los suizos es digno de señalarse, además de la honradez y limpieza, la mesura, discreción y sencillez que los distingue, la total ausencia de snobismo.

Después de pasar en París una corta temporada que aproveché en el Louvre y el Luxemburgo, reviendo mis obras predilectas antes de embarcarnos en Vigo rumbo a Buenos Aires, visitamos nuevamente a Unamuno en Hendaya, en marzo del 26.

PROPAGANDA DOMESTICA EN FAVOR DEL ARTE

Mis tres hijos heredaron mi afición por las artes. René, el mayor de los varones particularmente por el violín, cuya técnica y materialidad de instrumento, le interesa como me interesó el canto. Es muy entendido en música, escribe y habla con rara corrección, y ha heredado además, *superándola*, (lo que no es poco decir), la vocación pedagógica de sus padres.

En este sentido no sé de nadie que lo supere.

Cuando niños me empeñé en despertarles el amor por la música, la poesía, la pintura, y recuerdo que en cierta ocasión mientras yo les explicaba lo que siempre creí, que "*el arte es el mejor compañero de la vida*", con el calor y la maternal elocuencia que es de imaginar, Carlos el menor, daba vueltas de carnero sobre unos almohadones, alardeando desentenderse de mis consejos.

—Yo no voy a ser poético, ni cantético... —saltó de improviso—. Yo voy a ser mecánico.

Nos reíamos a coro de su ex-abrupto.

Como muestra de su sentido humorístico relataré también que al llamarlo para que sacara de una torta el pedazo que le correspondía dijo:

—Venga con su tata —al punto que lo extraía cómicamente, como queriendo darle un abrazo.

A pesar de su rebelde expresión de niño, ha publicado ya dos libros de poesías, compone música, y para la escultura posee una capacidad notable.

Es profesor de matemáticas con cátedra.

De todos la más estudiosa sin embargo, ha sido Laura, y la de mayor sentido humorístico también.

Tendría no más de 12 años cuando al llegar yo de mis clases me dice muy seria: :

—¿No lo encontrarás más bajo a Carlos? — Juntos habían salido a recibirme.

—¿Más bajo? —le contesto extrañadísima y un tanto alarmada, pensando que se hubiese roto una pierna o que le pasara algo. —No entiendo. ¿Por qué?

—Se ha bañado, —concluye con la mayor seriedad.

Se hablaba de cambio de servicio en otra ocasión.

—Los sirvientes tienen que ser buenos, pero hay que tener cuidado de que no sean mejor que los patrones, —sentenció muy seria.

Ella es la de mayor vis cómica. Tan dada a los trabajos hogareños, que hasta se ha dado el caso de que le dijeran por la calle:

—¡Adiós hacendosa!

Es de creerse que se le conocía por encima de la ropa su gran predilección por las tareas del hogar.

Las que no impidieron, sin embargo, que siguiera estudios en la Facultad de Filosofía y Letras donde se recibió de profesora de castellano y literatura, (los estudios que yo debí realizar en mi juventud), sin que hasta ahora, a pesar de haber pasado varios años y a pesar de hallarse en mejores condiciones que la mayoría, haya obtenido cátedra.

Tiene en la actualidad dos hijos, Juan y Eduardo a cual más encantador, pero de los que no hablaré porque el reverdecimiento de un corazón de abuela, tan sensible como el mío, es asunto peligroso.

El humorismo en la literatura o en la conversación, es una



Con el hijo menor Carlos Octavio

de las tantas formas del arte, como lo es la caricatura con respecto al dibujo, y aunque en mi familia no faltan personas que posean este don, mis hijos han heredado más de su padre que de mí, dicha aptitud.

Por dar una muestra de su sentido humorístico, contaré que en cierta oportunidad, adquirí en un remate unas botellas de vino para él, pues yo no bebo más que agua, y ansiando ponderar la compra le dije:

—Es un vinito que tira a Oporto.

—Tira a Oporto y le pega al cliente —me contestó al punto.

Otra vez en la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, comentaba con el señor Esaú Udina, (gran amigo de la S.A.D.E.L.) la dificultad de convencer a ciertos hispanizantes puristas.

—Hay que traerlos al buen camino sin espantarlos, como ocurre con los batitús que hay que cazarlos en coche.

DOS PALABRAS DE EPILOGO

En el fondo de la casa que aparece en la fotografía vivo en la actualidad en unas piezas independientes. Mi habitación da a una terraza con pérgola diseñada por mí, y la escalera que baja al jardín también ha sido construída, después de largas cavilaciones con dos descansos y un material de portland con polvo de mármol que evita las caídas por falta de rozamiento, según mis indicaciones, y sacando el mejor partido del espacio disponible.

El jardín, de la casa baja (a'quilada), también ha sido construído por mí, teniendo como punto de mira la mejor utilización del espacio libre, para lo que apliqué mis conocimientos respecto a las ilusiones ópticas.

Es de carácter andaluz, con una fuente de mayólica diseñada y en parte hecha hasta materialmente por mi mano, frente a un banco azul, y ce'este, (sobre dos peldaños de azulejos minúsculos con dibujos sobre fondo crema, combinados con baldosas), dibujado por mí.

Preferentemente trabajo en el comedor que por sus grandes ventanales es la pieza que posee mejor luz de toda la casa, y que me permite vigilar el manejo doméstico. Mis sirvientes dicen que nunca han visto trabajar tanto, ni siquiera nada que se parezca.



Jardín de la casa 11 de Setiembre 2262

Aprendí a escribir a máquina forzada por la necesidad a causa de mis funciones de secretaria de la S. A. D. E. L., y este aprendizaje que recomiendo a todos mis lectores, me ha permitido abreviar el tiempo que reclamaban mis memorias, tantas veces comenzadas y abandonadas a mitad de camino.

Muy lejos están de ser completas, pero espero que sean gratas y útiles, desde diversos puntos de vista.

Esta obra se terminó de imprimir en Buenos Aires el día doce del mes de Noviembre del año mil novecientos cuarenta y dos en los Talleres Gráficos de Proventas S. A., Sarmiento 4550